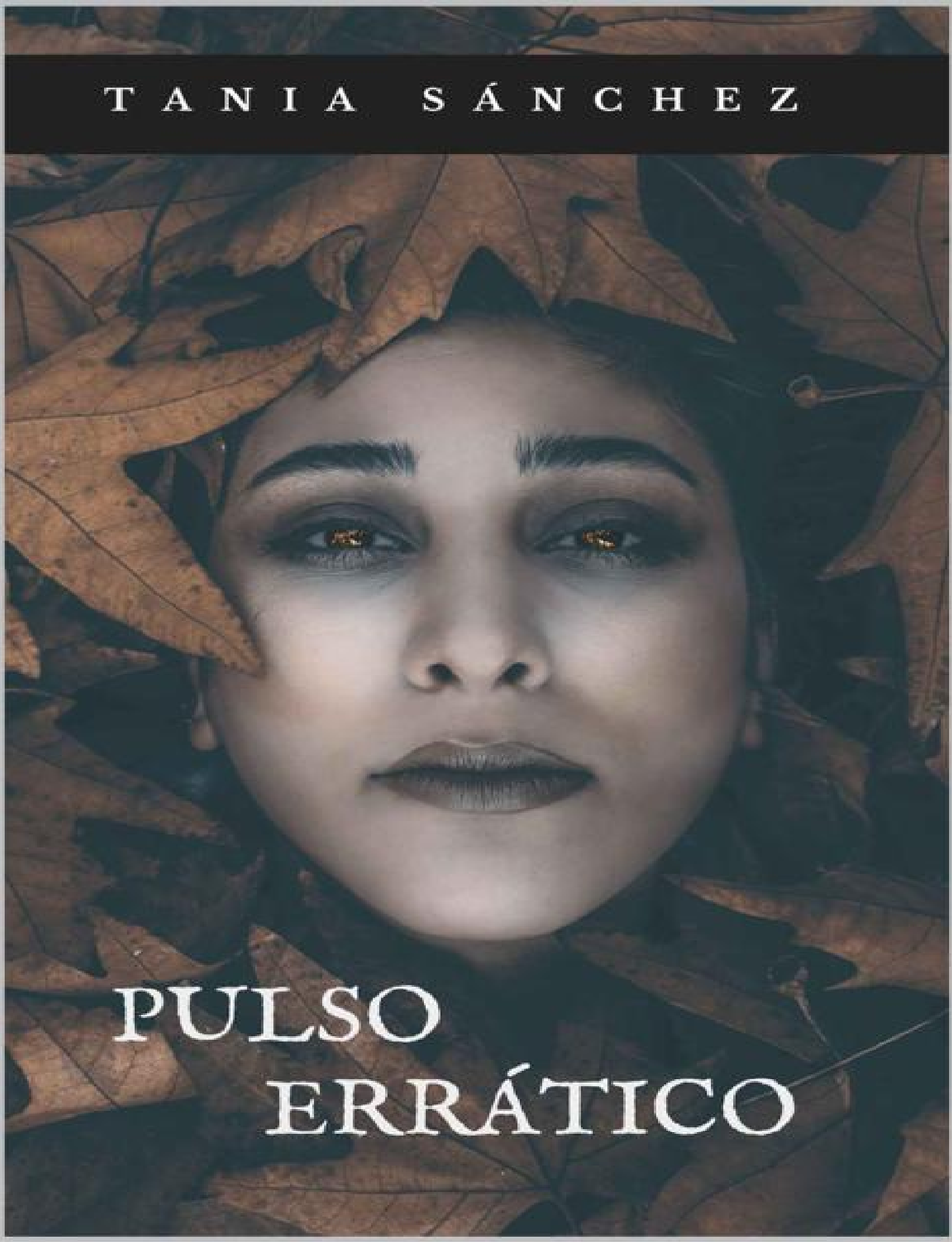
TANIA SÁNCHEZ



PULSO ERRÁTICO

PULSO ERRÁTICO

TANIA SÁNCHEZ

Copyright © 2024 Tania Sánchez
Todos los derechos reservados.

Todo el mundo ve lo que aparentas ser,

pocos experimentan lo que realmente eres.

Maquivelo.

Te necesito tanto que me duele el corazón.

Frida Kahlo a Diego Rivera

VACACIONES FORZADAS

Se apoyó con ambos brazos en la barandilla del balcón de su habitación y escondió la cabeza entre sus manos para intentar calmar su respiración. Tras unos segundos, volvió a levantar la cabeza, sacándola de su escondite y observó detenidamente los jardines que rodeaban la piscina del hotel. Era prácticamente un paraíso, no le faltaba ningún detalle, la playa estaba a menos de doscientos metros, con una amplia oferta para la diversión, pero ella había ido a descansar, a desconectar, a relajarse. Relajarse, qué acción más complicada. De pronto, comenzó un bullicio en la zona de la piscina, un grupo de jóvenes gritando, riendo, tirándose al agua, bebiendo diferentes cócteles, bailando enérgicamente al ritmo de la música y algunos de ellos, sentados en las tumbonas situadas alrededor de la piscina, simplemente disfrutando del sol mientras conversaban divertidamente. Todas aquellas acciones anunciaban la fiesta del final del verano. Una auténtica juerga que, además, había empezado temprano, ya que no era ni medio día.

—Joder… — susurró Marta entre dientes mientras era testigo de toda aquella escena.

Ahora no le parecía tan buena idea aquel viaje. Se suponía que era un viaje de desconexión y visto el panorama que se desarrollaba en la zona de la piscina, no tenía pinta de llegar a su objetivo. La inestabilidad emocional llevaba instalada en Marta desde hacía unos meses, estaba irascible, malhumorada, era déspota en sus contestaciones, estaba realmente insoportable. Así que, Andrea, su mejor amiga desde hacía más de tres lustros, intervino aconsejando a Marta o, mejor dicho, la obligó a hacer una escapada para alejarse de todo lo negativo que rodeaba su vida en ese momento. Andrea le dijo que no debía preocuparse de nada, ella se encargaría de todo. Andrea conocía a su amiga, sabía que, si lo dejaba en sus manos, se echaría atrás, así que, reservó el hotel, los billetes de ida y vuelta en avión, hasta incluso fue capaz de hacerle la maleta. Marta solo se dedicaría a disfrutar sin límites en su pequeña escapada.

—Andrea, te voy a matar… — musitó Marta en voz alta mientras observaba desde el balcón de su habitación, como la piscina se iba transformando en una pequeña bacanal.

Ella no tenía ganas para esos excesos. Observaba como los jóvenes de la piscina estaban cada vez más ebrios, la música más alta y cada vez llevaban menos ropa, acabando todos en ropa de baño, mientras entraban y salían de la piscina aleatoriamente. Un chico llamó la atención de Marta, no dejaba de bailar sobre una de las mesas del jardín, daba igual la música que sonase, sus movimientos no variaban, eso sí, por muy enérgicos que fuesen cada uno de sus movimientos, tenía controlada la copa que llevaba en la mano, ni una gota se derramó a pesar del continuo vaivén. Junto al chico que iba pinchando los diversos temas de la actualidad musical, tres chicas bailaban con bastante soltura las canciones que iban sonando una detrás de otra. Esas chicas,

también mostraban la misma destreza implacable para contener sus bebidas dentro de los vasos, a pesar de sus exagerados movimientos. Marta sonreía al ver como cambiaban las prioridades de una persona dependiendo de la edad que se tenga. Ella tenía muy claro que no tenía ni ganas ni energía para algo parecido. Su mirada viajó alrededor de todo el lugar hasta observar cómo dos chicos al borde de la piscina, se empujaban entre ellos hasta que uno consiguió tirar al otro al agua. Cerca de ellos, otro chico, alto y atlético, invitaba a bailar a una de las chicas de la fiesta, los dos bailaban sonrientes y cada vez que sonaba el estribillo de la canción, se acercaban peligrosamente minimizando al máximo la distancia entre sus cuerpos. Benditas hormonas. Poco a poco, se iban sumando más jóvenes a la fiesta, hasta convertirse en una fiesta descontrolada y todavía no era ni la una de la tarde. Marta se incorporó sobre la barandilla del balcón, con la intención de volver al interior de su habitación, pero una escena llamó su atención y se quedó observando fijamente lo que sucedía. Descubrió a una chica sentada en el borde de una de las jardineras, era la única en toda la fiesta que todavía conservaba la ropa puesta. Algo sencillo, un pantalón corto vaquero y una camiseta ancha de tirantes que dejaba ver el bikini que había debajo de ella. Marta la observó durante unos minutos, su curiosidad se despertó al encontrar en aquella joven, un ritmo totalmente descompasado al resto de los jóvenes. Sonrió al descubrir que todavía existía esperanza para algunos jóvenes, esa chica que todavía delataba algo de cordura, que mantenía su estado de lucidez en medio de toda aquella bacanal, era la prueba de ello.

Marta entró en su habitación y decidió mantener una guerra con la almohada, no tenía fuerzas para enfrentarse a la fiesta hormonal que se estaba viviendo en la piscina. Su cansancio y agotamiento mental ganaron la batalla. Aprovecharía el día de su llegada para recargar pilas, dormir y leer, era lo que más le apetecía, mucho más que la juerga que estaba descontrolándose en la piscina. Descansar la mente después de tanto estrés, era el objetivo a alcanzar. Cerró la ventana y corrió las cortinas, pero no fue capaz de caer en brazos de Morfeo, su cabeza trabajaba a mil por hora y cada vez que cerraba los ojos, su mente proyectaba imágenes de los casos que llevaba su comisaría y no habían resuelto. Y esa era la dinámica que sufría cada noche desde hacía tiempo. Mucho tiempo. Marta dio varias vueltas por la cama intentando buscar la fórmula idónea para dormir, para deshacerse del sueño acumulado que pesaba en sus hombros y se reflejaba en sus ojeras. Dio tantas vueltas sobre las sábanas, que la cama terminó completamente deshecha. Así que, resignada, le dio la oportunidad a uno de los libros que había metido en la maleta. Cuando llevaba una decena de capítulos, un rugido proveniente de su estómago, la obligó a detener la lectura, se sorprendió al darse cuenta de que llevaba varias horas mimetizada completamente en la historia de aquel libro. Quería continuar metiéndose de lleno en la historia de amor y coraje que describían aquellas líneas, decidió, entonces, aprovecharse del servicio de habitaciones y pedir la cena para que se la llevasen y no tener que salir. Ya que no era una opción, prefería seguir holgazaneando mientras se sumergía en su libro. Después de varios intentos, se dio por vencida, el teléfono no funcionaba y fue imposible contactar con recepción. Por lo cual, no tuvo más remedio que aceptar su mala suerte y resolver el pequeño contratiempo. Tendría que bajar a recepción para pedir la cena y después se daría una ducha relajante y bien merecida.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? — la recepcionista recibió a Marta con una enorme sonrisa.

—Buenas tardes, pues primero informarle que el teléfono de mi habitación no funciona, así que he venido a pedir la cena para que me la lleven a la habitación, por favor.

—Claro, informaré para que subsanen el problema del teléfono y por supuesto, dígame que

desea para cenar y se lo llevarán a la hora que usted me indique.

Marta sonrió como respuesta cuando la recepcionista le entregó de forma muy amable la carta para elegir su cena. Seguía sin decidirse, cuando sus ojos viajaron por encima de la carta y descubrieron como una chica joven, la miraba fijamente desde la otra punta del mostrador de recepción. En el momento que sus ojos se cruzaron, Marta aprovechó la protección que le ofrecía la carta y con un gesto rápido, se volvió a esconder detrás de aquel papel que, en ese momento, se le antojaba estar protegida por una fortaleza más sólida que la de los mismos templarios. A los diez segundos, se atrevió a volver a levantar ligeramente la vista y comprobó que aquella chica continuaba observándola, le dedicó una atrevida sonrisa ardiendo en picardía, Marta huyó dirigiendo su mirada hacia la recepcionista e ignoró a la descarada chica que continuaba sonriéndole sin apartar sus ojos de ella.

—Un sándwich mixto con huevo, una ensalada y patatas fritas, eso será todo, gracias — Marta le devolvió la carta evitando en todo momento el contacto visual con la chica del otro extremo de recepción.

—¿Para beber?

—Agua, será suficiente.

—Muy bien, ¿a qué hora?

—Sobre las ocho y media, gracias.

Marta continuaba meneando levemente la cabeza, fingiendo atención a la chica de recepción, mientras su mente divagaba por la sonrisa de aquella chica que la miraba tan descaradamente.

—De acuerdo, seremos puntuales — la recepcionista le dedicó una amable sonrisa mientras tomaba nota de todo el pedido.

Los ojos de Marta hicieron un fugaz movimiento, sin que pudiese controlarlo, comprobando que la joven continuaba con sus mismas intenciones, no cesó en su intensa mirada y dibujó una enorme sonrisa pintada en los labios. Las comisuras de Marta se elevaron dibujando una atractiva curva, la joven ladeó su cabeza y amplió todavía más su sonrisa. La respuesta de la joven indicaba que Marta había sido descubierta, un calor espontáneo invadió su cuerpo y antes de que comenzase a sentir el sonrojo en sus mejillas, se despidió de forma educada y caminó precipitadamente hacia los ascensores, huyendo de su propio bochorno, buscando el refugio y la soledad de su habitación. Sonrió avergonzada cuando se cerraron las puertas del ascensor y se sintió a salvo, protegida en el interior de aquel cubículo que la llevaba a su destino. Caminó por la habitación negando con la cabeza, sintiéndose avergonzada de como una chica joven, pero descarada, había conseguido subirle los colores con una simple sonrisa. Aunque en el fondo la sonrisa no era tan simple. Marta había estado los últimos años en una relación voluntaria con la soledad. Asumida en su trabajo y alejada de una vida social donde incluir algún tipo de coqueteo, así que se sentía muy oxidada frente a un descaro tan desvergonzado por parte de una desconocida, pero debía reconocer que su vanidad había aumentado levemente, sorprendiéndose al descubrir que todavía era capaz de provocar interés en mujeres más jóvenes que ella. Miró el reloj, faltaban casi tres horas para que le trajesen la cena, así que tenía tiempo suficiente para un baño relajante. Se sumergió en el agua perfumada con olor a jazmín, estiró las piernas y acomodó la cabeza hasta lograr una postura cómoda y relajante. Nota mental: pedir vino para estas sesiones de “yo-mi-me-conmigo-misma”, pensó cuando cerró los ojos para intentar entrar en el estado zen que todo el escenario le proporcionaba. Marta se quedó sorprendida ante el silencio tan abrumador que envolvía su momento de relajación, disfrutó de esa paz, del sosiego de una calma que llegó acariciando su piel como una suave brisa de verano. Dejó libre su mente para viajar dulcemente por esos recuerdos que la transportaban a su remanso de paz, pero sus

pensamientos la traicionaron, bombardeándola con imágenes de casos no resueltos en los que se había obsesionado tiempo atrás. Viviendo de nuevo en su recuerdo, la soledad en la que se sentía cada vez que llegaba a casa, las horas de insomnio que se apoderaron de ella en algunas frías noches. Una lágrima desleal rodó por su mejilla, generando una presión en su pecho alterando su respiración, se permitió llorar. Llorar libremente y sin reservas. Se desahogó como no recordaba jamás. Ese sentimiento que abrasaba en el interior de su pecho, tenía nombre propio, dejó rodar libremente las lágrimas que caían sin pedir permiso. Se prometió a sí misma, que daría un cambio radical a su vida, que se permitiría entrar a alguien que le hiciese sonreír, que le acompañase en esas largas noches de soledad. Marta sabía que debía pasar página, y de eso trataba este viaje, de seguir adelante, de renacer, volver a sus costumbres, a sus hábitos, ser la que siempre fue, ser el ave fénix. Estuvo perdida durante los últimos años, y ahora lo podía ver desde la distancia. Dedicó todas sus fuerzas a remar por un barco que iba a la deriva desde mucho antes del comienzo de la batalla. Marta no resistió el dolor y se dejó vencer por un estado de letargo, donde floreció la peor versión de ella.

Tres golpes en la puerta de su habitación la sacaron de sus pensamientos, se apresuró a ponerse el albornoz para salir a recibir su cena. El camarero la recibió con una encantadora sonrisa, empujó el carrito suavemente hasta dejarlo en el interior de la habitación, le deseó que todo estuviese a su gusto y se marchó feliz por la generosa propina que le entregó una agradecida Marta. Se sentó sobre el borde de la cama y destapó el plato, la pinta del sándwich era digna del mejor restaurante gourmet. Sonrió al descubrir la felicidad que le podía producir un simple sándwich, un buen libro y un poco de música clásica ambientando la estancia. Organizó el balcón para disfrutar de su momento, el sol comenzaba a ocultarse frente a ella, tiñendo el cielo azul de naranjas y rosas. El paisaje frente a ella parecía un cuadro de Monet. Dejó la bandeja con su cena en la mesita de mimbre, se tumbó en la hamaca y estiró las piernas para acomodarse, abrió el libro por la página señalada y dio paso a su momento más que merecido de relax. Recordó cuando su amiga Andrea le hizo prometer que retomaría su hábito de lectura. Fue uno de los cambios más significativos, ahora que estaba comenzando un libro que le había enganchado desde la sexta página, no entendía como había dejado de hacerlo. Desde niña siempre le había encantado vivir mil vidas, sumergida en las diversas historias que leía. Comenzaba a disfrutar de las pequeñas cosas de la vida y así empezaba, realmente, el gran cambio de su vida. Continuaba inmersa entre las líneas de la historia de amor que narraba detalladamente aquel libro, cuando se terminó toda la cena que había encargado casi sin darse cuenta, aquel gran amor descrito por la autora con sumo de detalles, la tenía completamente encantada. Iba a pasar de página cuando unos gritos llamaron su atención, levantó la vista y pudo ver como el grupo de jóvenes descarrilados regresaban a la piscina con toda la intención de continuar la juerga que arrastraban seguramente desde la playa, se les veía claramente en un estado de euforia. Marta se incorporó en la hamaca y los observó curiosa durante unos minutos, risas, bailes, abrazos, algún beso robado y empujones traicioneros para acabar bajo el agua, eran una clara muestra de las ganas de diversión que se mezclaban con un coctel desorbitado hormonal que conllevaba ese periodo de juventud. Era una fiesta digna del fin del verano con todos los ingredientes. Marta recorrió con sus ojos lentamente todo el jardín que rodeaba la piscina, sonriendo al ver el comportamiento más primitivo de aquellos jóvenes, de pronto, su mirada se detuvo junto a unos arbustos en la esquina de la piscina, estaba la joven que le había sonreído descaradamente en recepción. Estaba tranquilamente tumbada en una de las hamacas de

la piscina, la chica parecía disfrutar de un momento de relax en medio de toda aquella bacanal. Marta podía distinguir como sonreía mientras declinaba todas las invitaciones a unirse a la fiesta, rechazando educadamente a cada chico, medio desnudo y en estado de embriaguez, que se le acercaba. Cuando fue consciente de la sonrisa que se abría paso entre sus labios, al descubrir la cordura de aquella joven, volvió a tumbarse sobre su hamaca para enterrarse de nuevo en aquellas líneas que narraban un amor épico de verano. No le costó más de unos segundos conectar su mente con aquella historia. Pasaron las horas sin darse cuenta, estaba embelesada con ese libro, el remolino de sentimientos que describía la pasión de un amor salvaje, tenía a Marta cautivada. Paso de hoja y se sorprendió al ver que comenzaba un nuevo capítulo, levantó la vista y observó el cielo oscuro que anunciaba una noche calurosa, fue en ese preciso instante cuando se percató del silencio que existía en la piscina. Se preguntó en qué momento se fueron los jóvenes con la fiesta a otra parte, porque ni se dio cuenta de la ausencia de la juerga en la piscina. Se levantó de la hamaca y se apoyó en la barandilla del balcón, disfrutando del silencio, observó las estrellas detenidamente, y eso era algo que no recordaba cuando fue la última vez que lo hizo. Disfrutó de la suave brisa que movía su pelo de una manera dócil, cerró los ojos y se dejó mecer por toda aquella quietud. Esa noche fue capaz de conciliar el sueño como hacía tiempo que no lo conseguía, volvió a sentir esa fuerza imparable en su interior que derramaba ganas de volver ser ella, esas ganas de vivir y de sentir. Un sentimiento que la abandonó durante algún tiempo y ahora volvía a nacer en su interior.

El sol apenas se levantaba, pero hacia una mañana bastante calurosa, decidió bajar a la piscina justo después del desayuno, con la esperanza de que los enérgicos jóvenes estuviesen todavía descansando en sus habitaciones. Ahora sí que estaba disfrutando de sus forzosas vacaciones. Colocó una de las tumbonas al borde la piscina para poder meter un pie en el agua mientras continuaba leyendo a la par que disfrutaba del sol del amanecer. El silencio y la quietud eran sus cómplices mientras fantaseaba con aquella historia alocada, donde se describía la adrenalina que da atreverse a vivir un amor tan pasional. Estaba prisionera de aquel libro, cuando un grito ensordecedor la distrajo, solo le dio tiempo a ver una sombra por encima de ella y como uno de los jóvenes corría hasta llegar al borde de la piscina, muy cerca de donde se encontraba ella, para coger impulso y saltar por encima de sus pies cayendo de pleno en el agua. Se acabó su tranquilidad. La euforia con la que aquellos jóvenes se lanzaban a la piscina, terminó por empapar algunas páginas de su libro e incluso a ella. Con un humor de perros, arrastró su hamaca hasta llevarla a una esquina alejada de la piscina e intentó volver a disfrutar de su libro, estaba en la mejor parte y nadie iba a estropearle la fantasía de aquella bonita historia de amor. Consiguió aislarse del ruido que formaba el grupo de jóvenes. De repente, una sombra la privó del sol que doraba su blanca piel, Marta, pensando que era alguno de los jóvenes con alguna excusa barata para incordiarla, levantó la vista claramente molesta por la interrupción.

—Con el calor que hace, deberías meterte en el agua — la chica que no dejaba de sonreírle cada vez que se cruzaban, estaba plantada frente a ella.

—No, gracias — Marta le hizo un gesto con la mano para que se apartase y dejase de taparle el sol.

—Gracias, las que tú tienes — la chica era verdaderamente una descarada.

—Si no te importa, estoy leyendo — Marta levantó el libro y fingió su sonrisa.

—Bueno, sigo pensando que deberías meterte en el agua — la joven se lanzó al agua con un estilo que rozaba la profesionalidad.

Marta fingió volver a la lectura, pero sus ojos traicioneros se alzaban por encima del libro, fijos en el escultural cuerpo de aquella joven. Salió de la piscina con el mismo estilo con el que entró, aquella imagen se fue proyectando como diapositivas a cámara lenta en la retina de Marta. La joven caminó hasta su tumbona para coger su toalla y envolverse en ella, y lo hizo de una forma demasiado sugerente, se sentó al borde de la tumbona y le dedicó a Marta una sonrisa ardiendo en picardía. Y Marta, sin saber cómo gestionar ese flirteo, recogió con prisas sus cosas y caminó sin levantar la vista del suelo hasta llegar al ascensor. Se apoyó en la pared del fondo y se abanicó con el libro en un intento de bajar el calor repentino que sentía. Notaba como sus mejillas ardían, su risa fue sonora al sentirse como una adolescente, aquella chica tan descarada, era capaz de desbordar su libido y su timidez a partes iguales. Se acercó al balcón nada más entrar en su habitación casi por instinto, al igual que un depredador en busca de su presa, buscó a la joven alrededor de la piscina. Cuando la encontró, sus miradas se cruzaron de una forma muy intensa, a pesar de la distancia. La joven estaba de pie sobre el borde de la piscina y su gesto llamó la atención de Marta que se quedó sorprendida. Frunció el ceño sin entender exactamente aquella forma de gesticular, hasta que cayó en la cuenta, la joven señalaba con su dedo índice los balcones de cada planta haciendo un exacto cálculo. De pronto, sus pies se movieron con rapidez, llevándola al interior de su habitación a cubierto, con la esperanza de que no le diese tiempo de memorizar cuál era su balcón. Rezó para que no le hubiese dado tiempo a fijarse bien. Se tumbó sobre la cama negando con la cabeza por lo ridícula que se sentía con aquella joven y comenzó a reír pensando en todo lo que le diría su amiga Andrea por cobarde. Total, no era más que una joven cualquiera y ella una mujer adulta y empoderada.

Dos golpes suaves en su puerta, detuvo de forma súbita su risa. Miró fijamente la puerta como si pudiese ver a través de ella. Dos golpes más, la obligaron a levantarse de la cama y caminar hacia la puerta decidida a abrir, con la esperanza de que fuese el servicio de habitaciones, pero la peor de sus sospechas se hizo realidad, la joven de la piscina estaba en su puerta y no se había preocupado en vestirse, seguía luciendo su diminuto bikini y el pelo mojado cayendo por sus hombros.

—Hola — sobresalió su encantadora sonrisa — lo siento, si por mi culpa te has ido… no ha sido mi intención molestarte.

—No te preocupes, no tienes tanto poder… — Marta prácticamente escupía cada palabra, no sabía de donde nacía tanta antipatía por aquella joven — solo quería leer mi libro tranquilamente.

—Vale, pillo la indirecta — la joven se mordió el labio inferior y recorrió sin vergüenza el cuerpo de Marta de arriba abajo — aunque es una pena…

De pronto, la vista de Marta se difuminó y sintió como una luz blanca e intensa la cegaba. Se apoyó sobre el marco de la puerta y se aferró con su mano para no desvanecerse allí mismo. Sentía como sus piernas flaqueaban, incapaces de mantenerla de pie.

—Tranquila, respira despacio… — la voz de la joven llegaba a sus oídos y sentía su calor mientras la rodeaba con sus brazos y la llevaba hacia la cama con cuidado de que no cayese al suelo — no te dejaré caer, no tengas miedo…

El olor a cítricos y madera, llenó sus fosas nasales a cada intento de respirar profundo. Marta tenía la cabeza apoyada bajo el cuello de la joven, gruñó levemente al notar que perdía el contacto mientras la chica joven la dejaba con mucha delicadeza sobre la cama.

—Me encantaría quitarte el vestido, aunque debo reconocer que te queda como una segunda piel… estás espectacular… y viendo el escote, se deduce la ausencia de ropa interior… y me temo que no nos conocemos lo suficiente para esas confianzas… — Marta intentó enfocar su

vista en la joven y pudo descubrir un leve sonrojo en sus mejillas — así que mi intención es simplemente aflojarte el vestido para evitar que nada te presione y puedas recuperar tu respiración normal.

Marta la siguió con la mirada y observó en silencio como aquella joven cuidaba de ella con extrema delicadeza.

—Gracias… — susurró en apenas un hilo de voz.

—¿Te sientes mejor? — Marta observó como la joven se incorporó frente a ella — ¿necesitas que llame a alguien?

Marta continuó observándola en silencio, realmente era una joven atractiva. Intentó incorporarse, pero todavía estaba algo débil y sintió como la joven volvía a sujetarla para evitar que se precipitase sobre el suelo.

—¿Me estás acosando? — preguntó Marta, algo confundida.

La joven, sin mostrarse ofendida por su pregunta, volvió a ayudar a Marta a recostarse sobre la cama.

—Te diría que eres un poco grosera, pero estaría abusando de la situación… No, no te estoy acosando, simplemente quería disculparme.

—Pero… si no sabes ni quién soy…

La joven la miró detenidamente y frunció su ceño.

—¿Debería saber quién eres para disculparme?

—Resulta extraño… — Marta la observó con los ojos entrecerrados, intentando adivinar las intenciones de la joven.

—Eres muy atractiva — la joven se sonrojó levemente ante su propio comentario y le brindó una enorme sonrisa llena de encanto propio.

—¿Estás de coña? — Marta puso los ojos en blanco y negó con la cabeza ante el comentario tan directo de la joven. Sintió como la fuerza volvía a apoderarse de su cuerpo.

—No seas grosera — la joven se incorporó frente a Marta y la miró fijamente — mis disculpas son sinceras… además deberías de agradecerme que haya evitado que te abrieses la cabeza al caer al suelo… ¡Casi te desmayas!

—Solo ha sido un… mareo tonto — Marta hacía gestos con las manos — un momento de… debilidad… — terminó confesando.

—¿Sabes? Mucha gente sufre ataques de ansiedad, por diferentes razones, y no considero que eso las vuelva débiles.

Marta miró el reflejo de la chica en el espejo frente a su cama, la observó tranquila y calmada. Su actitud la hizo sentirse bien otra vez.

—Bueno… vale… de acuerdo… — Marta se incorporaba de la cama un poco nerviosa — pero ya estoy bien, así que gracias — amablemente le señaló la puerta de salida.

—Tranquila, ya me voy — la chica sonreía ampliamente — yo ya he cumplido con mi propósito…

—¿Propósito? ¿De qué hablas? — preguntó extrañada Marta.

—Salvar a una damisela en apuros… — la joven se encogió de hombros.

—Primero, no soy ninguna damisela, y segundo, estoy muy lejos de estar en apuros — sentenció Marta mientras la chica no dejó de sonreír en ningún momento.

—Bueno, eso depende de tu percepción de los hechos… — la joven dio un paso acercándose a Marta — tuviste un… un desafortunado momento y mi reacción fue evitar que te precipitases al suelo, pudiendo desencadenar en un fatal desenlace, creo que eso debería contar… qué lástima…

—Detesto la condescendencia o la lástima, así que tampoco la ofrezco.

La joven observó a Marta, se dio cuenta de que había dejado de lado su acusación barata de acoso, tenía la oportunidad de entablar una conversación más serena. En la chica se instaló un sentimiento de sorpresa cuando descubrió a Marta acercándose peligrosamente a ella. Se mordió el labio inferior con los dientes ante aquella imagen.

—No quiero ser maleducada, pero te agradecería que salieses de mi habitación… — Marta pronunció cada palabra sin desviar su atención de los ojos de la joven.

La chica giró sobre sus talones y se fue por donde había venido, dejando a Marta con la palabra en la boca, que fue incapaz de pronunciar nada más al ver el contoneo de sus caderas. Se movía de una forma tan sugerente, que un calor inesperado se manifestó en el lugar donde sus piernas convergen, sorprendiendo a Marta, pero ella continuaba con la mirada fija en cada paso que daba la joven, alejándose de ella. Cada uno de sus movimientos tenía un magnetismo adictivo.

—Vale, llevo demasiado tiempo sin sexo — susurró para ella misma cuando la joven desapareció por el pasillo.

Se volvió a dejar caer sobre la cama, con la resignación recorriéndole por el cuerpo, sonreía al sentirse como una joven, casi adolescente, como era posible que una joven tan descarada que no conocía de nada, fuese capaz de avivar un fuego que llevaba extinguido tanto tiempo, ni se acordaba de la última vez que tuvo sexo. Negó enérgicamente con la cabeza en un intento de sacar esos pensamientos de su mente y estiró el brazo hasta alcanzar el libro que descansaba en su mesita de noche. Su objetivo era centrarse en el libro, volver a disfrutar de esas pasionales confesiones, pero le resultó imposible. La imagen de aquellas curvas perfectas, contoneándose a cada paso, bombardeaban su mente de una forma tan feroz que aumentaba exponencialmente la excitación en su centro. Frustrada, dejó caer el libro sobre la cama, tenía que saciar su libido si pretendía concentrarse en el libro y sacar la imagen de la joven rubia descarada de su mente. Cuando su mano se coló por debajo de su ropa interior, recordó que hacía demasiado tiempo que tampoco se masturbaba, no era capaz de recordar ni tan siquiera su último orgasmo. Tardó tan solo seis minutos en sentir como su cuerpo convulsionaba cuando llegó al clímax. A pesar de la relajación física que experimentó su cuerpo, tuvo una reacción inesperada, comenzó a derramar lágrimas imposibles de controlar y pasó así varias horas. Fue una revelación demoledora, recordar todo el tiempo que llevaba muerta, siempre fue una mujer muy sexual. Aquel orgasmo le recordó cuanto tiempo llevaba así, demasiado tiempo sin sentir. No pudo con tanto cúmulo de emociones y se quedó dormida sobre la cama en la misma posición en la que se encontraba. Descansó un par de horas y cuando se despertó, una revelación espontánea invadió su mente, cada día de su vida tenía la oportunidad de cambiar las cosas, para ser quien ella quisiese ser y para hacer lo que quisiese en su vida. Aquel orgasmo había conectado con su interior de una forma despiadada. Sonrió y asintió haciendo un pacto con ella misma para empezar ese cambio. Y era un pacto que pretendía cumplir. Intentó llamar a recepción para encargar la comida, pero el teléfono continuaba sin funcionar, así que asimiló que no tenía más remedio que volver a bajar a recepción. Mientras el ascensor descendía mostrando los números ascendentes, en su mente planeó una tarde perfecta. Una tarde de descanso y lectura, dispuesta a terminar la novela a la que se había enganchado desde hacía dos días, quería disfrutar del esperado final. Fantaseaba con descubrir el final de ese romance pasional y casi salvaje. Salió del ascensor y caminaba lentamente por el amplio pasillo que conducía a recepción, al pasar junto a las grandes cristaleras que daban a la piscina, hizo un recorrido visual inconscientemente, sin reconocer que en el fondo buscaba a la joven descarada. Llegó a su destino y la recepcionista la recibió con su encantadora sonrisa, se disculpó una vez más por no tener subsanado el problema con el teléfono de su

habitación y tomó nota de su comida prometiéndole puntualidad. Marta estaba encantada con el trato, la recepcionista siempre era muy amable con ella, así que no dudó de su palabra y confiaba en su profesionalidad. Volvió a la zona de los ascensores pensando que tenía algo más que un par de horas, antes de que le subiesen la comida para poder adelantar su libro y así poder descifrar el inesperado final. Esperando al ascensor, su móvil se iluminó anunciando un mensaje de su amiga Andrea, sonrió antes de abrirlo imaginándose la cantidad de barbaridades que podía contener aquel mensaje, casi le daba miedo abrirlo.

—¿Cómo va la estancia en ese paraíso de fantasía y ensueño? — preguntaba Andrea y Marta sonreía al pensar en su contestación.

—Créeme cuando te digo que el paraíso queda muy lejos de las fiestas de un grupo de jóvenes con quienes comparto el hotel.

Mientras Marta continuaba con toda su atención en la conversación que mantenía con Andrea a través de su móvil, algunas personas se fueron colocando detrás de ella, esperando también a la llegada del ascensor. Cuando las puertas se abrieron, Marta dio varios pasos con la mirada fija en su móvil, algunas de las personas imitaron sus pasos y fueron colocándose estratégicamente, dejando a Marta prácticamente en el centro del habitáculo. La conversación con Andrea estaba siendo tan divertida que Marta no fue consciente de lo que sucedía a su alrededor, solo levantaba la vista rápidamente durante un segundo, para comprobar que el ascensor no se había parado en su planta. Marta le contó las razones por las que tuvo que apañarse solita con un inesperado subidón de libido provocado por una joven impertinente. A lo que su amiga respondió que atacase a la yugular a esa joven la próxima vez que la viese, que lo que sucediese durante las vacaciones, se quedaba en el hotel. Marta reía al leer los atrevidos mensajes de su amiga, en el fondo era la que mejor la conocía y sabía que tenía razón.

—¿Crees que tengo veinte años? — escribió Marta con una sonrisa en sus labios contagiada por las locas ocurrencias de su amiga.

—¿Qué pasa, que las cuarentonas no podemos follar? — respondía Andrea.

—No tengo cuarenta.

—¡FOLLA! — la risa de Marta fue bastante sonora y nada disimulada — amiga, disfruta de estos días, vuélvete loca, diviértete, pierde la cabeza, que ya tendrás tiempo para volver a tu aburrida vida.

—Mi vida no es aburrida — la sonrisa de Marta cada vez era más grande, verdaderamente, Andrea sabía cómo animarla.

—Te ha vuelto a crecer el himen, eres casi una virgen… ¡¡¡DISFRUTA!!!

Marta levantó la vista al oír el pitido del ascensor para comprobar que todavía no había llegado a su planta. Dos personas, salieron y ella les dedicó una sonrisa educada para después volver a la conversación de su móvil.

—De acuerdo Andrea, te lo prometo, me voy a dejar llevar — Marta eligió una salida elegante para que Andrea dejase de presionarla con el mismo tema.

—Eso espero, te lo mereces más que nadie.

Otro pitido anunciaba la llegada a su planta, guardó el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón y se dispuso a salir dirección a su habitación.

—Hasta luego… — dijo al resto de personas que se quedaban en el ascensor, con su mirada fija al frente.

—¿Eso significa que tengo la posibilidad de verte luego?

SOY LAURA

Marta se giró de golpe sobre sus talones para comprobar que su oído no fallaba, esa voz pertenecía a la joven chica que últimamente aparecía revoloteando a su alrededor a cada momento. Estaba sola, la miró fijamente, mientras ella continuaba apoyada en la pared del fondo del ascensor, con las manos en los bolsillos y una sonrisa encantadora. Su mirada brillaba derrochando picardía. Marta movió su pie sutilmente bloqueando el sensor del ascensor para que no se cerrasen las puertas. La joven sonreía y Marta clavó su mirada en la profundidad de sus negros ojos, que solo descendieron ligeramente durante un segundo, cuando la chica se mordió el labio inferior dentro de la sonrisa. Sin saber de donde salió aquel impulso, Marta entró en el ascensor casi de un salto. No pudo contener las ganas por devorar esa boca, ambas se fundieron en un beso salvaje, apasionado y lleno de urgencia. Las puertas del ascensor se volvieron a cerrar y subieron dos pisos más, cuando se volvieron a abrir, ellas continuaban sumergidas en una lucha frenética entre sus lenguas por dominar el beso. La joven empujó a Marta fuera del ascensor con gran destreza y con movimientos certeros que impedían separar su cuerpo lo más mínimo del de Marta, la arrastró por la pared del pasillo hasta llegar a la puerta de su habitación. Tardó unos segundos en localizar la tarjeta que abría esa puerta entre los bolsillos del pantalón, consiguió a duras penas abrir la puerta, ya que se resistía a separar sus manos de las curvas de Marta. Una vez dentro de la habitación, comenzó la batalla silenciosa de caricias, entre empujones, caricias, besos y algún que otro mordisco con tono erótico, llegaron hasta el borde de la cama y Marta se sorprendió gratamente, al comprobar los delicados que cambiaron a ser los movimientos de la joven. Se centró en la boca de Marta, la besaba lentamente, pero con claro deseo. Apoyó una rodilla sobre la cama y sus manos descendieron para fijarse firmemente sobre su cintura, la condujo con delicadeza hasta tumbarla completamente sobre la cama. Colocó su otra rodilla al otro lado de Marta y evitó dejar su peso sobre su cuerpo. Se deshacía en besos provocando en Marta jadeos que se mezclaban entre suspiros al sentir como colaba las manos bajo su ropa. La chica abandonó su boca y comenzó a repartir besos por su mandíbula, recorrió el cuello con la punta de la lengua y llegó hasta la clavícula, donde dejó un sonoro beso, alzó la vista y observó como Marta cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás mientras un jadeo ronco nacía en su garganta y moría en sus labios. Fue el momento del atrevimiento, dejó un beso húmedo en el escote y continuó bajando, cuando sus labios se pasearon por el abdomen de Marta, sintió como su cuerpo tembló levemente.

—¿Estás bien? — la joven quería asegurarse antes de continuar.

—Sí… sigue… — Marta fue contundente en su respuesta.

Llegadas a este punto, el deseo de Marta era tal que no podía dar un paso atrás. Ya habían cruzado el punto de no retorno. Se aferró a la cintura de la joven y giró sus cuerpos invirtiendo sus posiciones, Marta se disponía a aprovechar la oportunidad para disfrutar del cuerpo que tenía entre sus manos. Como si fuese experta en aquella piel, sus manos diestras en cada movimiento,

recorrieron el cuerpo de la joven, causando jadeos cada vez más sonoros. Los labios de Marta iban quemando la piel por donde pasaban, no dejaba un centímetro sin recorrer, mientras la desnudaba con una sensualidad sin límite. La joven se retorcía sobre las sábanas anticipándose a los movimientos de Marta, el deseo rayaba la locura y la pérdida de toda cordura. Marta se recolocó sobre su cuerpo cuando lanzó al suelo la última prenda, la tenía completamente desnuda entre sus brazos y dispuesta a saciar su urgente necesidad. Hundió la cabeza entre sus piernas y, sin previo aviso, selló con la boca su sexo por completo, provocando un gemido casi agónico. La joven se aferró con más fuerza a la sábana entre sus dedos, fue la única forma que encontró de mantener el poco juicio que le quedaba. La lengua de Marta, cada vez más ávida, estaba causando verdaderos estragos en el punto exacto de las terminaciones nerviosas, haciéndola vibrar en cada roce. Por un segundo, se permitió observar la reacción que su roce estaba provocando, vio como la joven arqueaba su cuerpo y estrujaba cada vez con más fuerza la sábana entre sus dedos, cuando unos leves espasmos comenzaron a aparecer, Marta se puso de rodillas y se lanzó sin delicadeza a devorar su boca de una forma salvaje, mientras enterraba dos de sus dedos en el sexo de la joven, desafiando al éxtasis que estaba provocando.

—Quiero tocarte… — susurraba la joven sobre sus labios — quítate las bragas…

—Quítamelas tú — Marta detuvo cada uno de sus gestos y se colocó de rodillas frente a la joven.

Aquella chica pudo jurar que, en toda su vida, jamás se había excitado tanto por una simple mirada. Marta la miraba fijamente desde su posición, sin titubeos, sin vacilar, con los ojos oscurecidos por el deseo, esperando sentir el suave tacto de sus dedos mientras le quitaba las bragas. La joven se envalentonó e hizo lo que se esperaba de ella, con un movimiento lento y con los ojos fijos en los de Marta, fue bajando sosegadamente la prenda. Cuando llegó a la parte baja de sus muslos, Marta se puso de pie sobre la cama para facilitar la tarea, sus ojos continuaban perdidos de deseo y urgencia. La joven solo desvió durante un segundo su mirada para admirar el cuerpo del que deseaba gozar hasta quedarse sin fuerzas. Marta abrió ligeramente sus piernas, exponiendo su sexo con descaro y provocación, logrando su propósito. La joven se relamió el labio inferior cuando su mirada se detuvo en el punto donde las piernas de Marta convergen. Supo en ese instante que eso era suficiente permiso para actuar libremente. Marta empujó suavemente a la joven, dejándola tumbada bocarriba y, sin dar más espera, colocó cada una de sus rodillas a cada lado de su cabeza, dándole acceso libre a una sola opción, la de satisfacer su deseo que le quemaba con urgencia. Apoyó sus manos en la pared para conseguir más estabilidad, en el momento que sintió como la joven se aferraba firmemente a sus nalgas y presionó su cuerpo contra su boca. Hacía tanto tiempo que Marta no disfrutaba del sexo sin prejuicios, que se había olvidado de lo excitante y placentero que resultaba dejar rienda suelta al deseo. A los pocos minutos, sentía como los espasmos contraían su interior, advirtiendo de la oleada de placer que se avecinaba, pero quería seguir disfrutando de aquel cuerpo, así que, con un movimiento rápido, se alejó de su boca y se colocó completamente sobre su cuerpo desnudo. Mientras su boca se hacía dueña de aquellos suaves labios, una de sus manos se deslizaba perdiéndose entre sus cuerpos, llegó a su meta y obtuvo la bienvenida que merecía, sus dedos se pasearon entre los pliegues impregnándose de toda aquella excitación que le pertenecía. La joven jadeó y Marta disfrutaba viendo retorcerse a la chica bajo su cuerpo, a pesar del tiempo, la buena amante que llevaba en su interior no había muerto. Elevó una de sus rodillas dejando expuesto su centro, la joven captó la indirecta y condujo su mano directa al encuentro, introdujo sus dedos con una brusquedad controlada que desbordó a Marta de placer. Supieron armonizar los movimientos descompasados y descubrieron un ritmo propio. Marta escondió la cabeza en el

hueco que le ofrecía el cuello de la joven, mientras ella se aferraba a su nuca, obteniendo la fuerza necesaria para acompañar a las embestidas que la acercaban al clímax. Marta solo fue capaz de sacar su cabeza del escondite cuando los espasmos del orgasmo comenzaron a hacer su aparición, sellando con un profundo beso, el largo y extendido orgasmo que le brindó la joven. Pasados unos segundos, volvió a esconder la cabeza en el mismo hueco, intentando recuperar el ritmo de su respiración, aprovechó la privacidad que le ofrecía su escondite para sonreír, recordando cuanto tiempo hacía que no tenía un sexo tan pasional. Tan acelerado. Un acto sin protocolos, solo deseo y libre albedrío, perdiendo el control, solo dejarse llevar, dejarse sentir y disfrutando tanto de un acto totalmente primitivo.

El sonido de una respiración pausada la sacó de sus pensamientos, la chica se había quedado dormida, una noche sin dormir por la juerga desenfrenada y media mañana de sexo casual, la empujaron a los brazos de Morfeo. Marta se descubrió sonriendo mientras observaba como abría ligeramente los labios para dejar pasar el aire, rozó suavemente el borde de sus labios con la yema del dedo índice, la joven sonrió por el cosquilleo y esa curva en sus labios, provocó de repente una oleada de pánico en Marta ¿Qué iba a hacer cuando despertase? ¿De qué iban a hablar? Ni tan siquiera sabía cómo se llamaba. Así que, con el temor serpenteando en su interior, le agradeció en silencio por los fantásticos orgasmos que le había ofrecido y reptó por la cama buscando algunas de sus prendas y recogió el resto que estaban esparcidas por el suelo de la habitación. Tenía serias dudas de su capacidad actual para enfrentarse a una situación más que incomoda y salió de aquella habitación con la delicadeza de un felino cuidando sus pasos para no hacer el más mínimo ruido y despertarla.

Marta iba sonriendo mientras caminaba por el pasillo rumbo a su habitación, su interior era un torbellino de sensaciones, una mezcla de miedo y alegría, se sentía perdida a la vez que sentía esa adrenalina cuando te sitúas en la casilla de salida. Aquel iba a ser el primer día de su nueva vida, pero iba a necesitar un par de semanas más para gestionarlo bien y así poder reconocerlo como tal. Algo en su interior revoloteaba amenazando con salir y revolucionar su vida. Marta estaba en la recta final para alcanzar los cuarenta, o así lo sentía aun faltándole un par de años para llegar a la meta, pero sonreía satisfecha al descubrirse en plena forma. Había estado a la altura de la fogosidad de la chica que, por sus características, Marta no le ponía más de veinticinco años. Incluso se permitió la fantasía de pensar qué fue capaz de superar pasionalmente a la joven. Su sonrisa engrandeció al recordar algunas escenas donde parecía que libraban una batalla entre ellas para ejercer el poder de dominar, en varias ocasiones, Marta pudo disfrutar de su victoria cada vez que la joven se retorcía de placer mientras ella se deleitaba con su cuerpo. Sin embargo, se descubrió reconociendo que disfrutó mucho dejando vencer alguna vez a la joven, esa chica supo llevarla al éxtasis con caricias muy certeras. A pesar de su juventud, fue una virtuosa amante. Al girar la esquina del pasillo que conducía directamente a su habitación, se topó con el camarero tocando a su puerta.

—¡Bien! Qué puntuales sois… — Marta le dedicó una sonrisa amable al chico — qué bueno, estoy hambrienta.

El camarero asintió amable y le devolvió la sonrisa, empujó el carrito hasta dentro de su habitación y se despidió educadamente. Marta no pudo esperar para devorar aquel manjar, se sentó en el borde de la cama y puso el carrito frente a ella, el cielo azul despejado que le ofrecía las vistas de su balcón, era la compañía perfecta. Una vez terminó hasta el último bocado con un apetito voraz, se dio una ducha reconfortante, todavía podía sentir un leve hormigueo por el esfuerzo, una siesta sería la estrategia ideal para recomponerse. Un descanso bien merecido. Salió del baño completamente desnuda y se tumbó sobre la cama, disfrutando de una agradable

sensación al sentir el frío de las sábanas por todo su cuerpo. Hacía muchísimo tiempo que no sentía su cuerpo tan satisfecho y relajado a la vez, que no tardó ni cuatro minutos en dormirse.

Marta abrió poco a poco los ojos acostumbrándose a la luz, un alboroto se oía en la lejanía interrumpiendo su agradable siesta. Dio varias vueltas sobre la cama antes de reconocer aquel ruido, el jaleo, las risas y la música, anunciaban una nueva fiesta de los jóvenes en la piscina. Marta se despertó con un sabor agridulce de su fantástica siesta, un sabor antagónico si lo comparabas con el sentimiento de paz que sentía horas antes. Se levantó desganada y con cara de pocos amigos, se colocó su albornoz y se asomó al balcón de su habitación para comprobar que su oído no le fallaba, descubriendo, para su sorpresa, que el jaleo que estaban formando parecía ser el último. Era una fiesta de despedida, aquellos jóvenes que le habían fastidiado su primer fin de semana de vacaciones, estaban despidiéndose del verano entre ellos. Marta pudo distinguir una fila de maletas en el pasillo que conducía a la puerta de salida. Esa tarde, abandonarían por fin el hotel. Una tímida sonrisa victoriosa se abrió paso entre sus labios como si fuese mérito suyo, pero en el fondo, sabía que todo eso significaba terminar en completa paz el resto de sus vacaciones, porque a eso había ido a ese hotel, a desconectar y reiniciar su vida.

El hotel, por fin, estaba lleno de paz y tranquilidad, se disfrutaba de un silencio embriagador. Se puso su bikini, se colgó la toalla del hombro y mientras con una mano sujetaba su libro, con la otra se puso las gafas de sol, dispuesta a dejarse llevar por aquella historia tan pasional y descubrir un final inesperado. La historia la tenía realmente cautivada. Caminó hasta la piscina decidida a pasar el resto de la tarde y disfrutar del sol, le acompañaba la soledad y la paz que habían dejado esa pandilla de jóvenes escandalosos. Sonrió complacida al descubrir que no había nadie que perturbase su tranquilidad. Se acomodó y abrió el libro por la marca y comenzó a introducirse en la historia, estaba llegando a un momento muy intenso cuando escuchó una risa femenina acercándose a la piscina. Levantó sutilmente la vista por encima del libro para descubrir quién era el que se estaba atreviendo a interrumpir su momento de paz. Una joven pareja de recién casados, estaban dejando sus cosas sobre dos hamacas al otro lado de la piscina. Marta sonreía al ver que no podían dejar de sonreírse y tocarse, qué bonito resultaba ver esas muestras de amor en una pareja tan joven, no dejaron de sonreír desde que aparecieron. Marta continuaba observándolos disimuladamente mientras ellos se metían en la piscina, el chico muy educado, le ofreció la mano elegantemente a ella para ayudarla a entrar con cuidado en al agua. Fantaseó pensando que aquellos dos jóvenes podían ser los protagonistas de su libro, esa historia romántica y pasional a partes iguales. Con una sonrisa pintada en sus labios, volvió a perderse entre las líneas del libro. Ahora por fin podía regocijarse en sus vacaciones, no había ruido más allá de las risas y los susurros de aquellos dos jóvenes frente a ella, los volvió a observar y sonrió al verlos tan enamorados. De pronto, una figura se colocó de pie frente a ella tapándole el sol, Marta resopló y cerró el libro para fulminar con la mirada a la persona que estaba osando en interrumpir descaradamente su momento, cuando consiguió reconocer de quién se trataba, no cabía en su asombro.

—Pero… ¿Qué coño…?

—Prefiero que me llames por mi nombre, después de… — la joven sonreía ante la cara de sorpresa de Marta — soy Berta.

Marta seguía mirándola con asombro, en su interior se establecía una batalla por decidir cómo actuar frente a aquella chica, para ella solo había sido una aventura de una noche, o de eso intentaba convencerse ella misma.

—Deberíamos presentarnos, ¿no crees? — Berta lucía una sonrisa cautivadora.

—Eh… claro, soy… Laura — Marta no supo de donde salió el impulso para mentirle sobre su

nombre, pero ya estaba hecho, debía continuar con la farsa.

—Encantada Laura, ¿te importa si te hago compañía? — Berta extendió su toalla en la tumbona justo a su lado, mientras Marta observaba detenidamente cada movimiento y alguna imagen subida de tono se colaba en su mente traicionándola.

—Pues verás… estoy intentando leer — Marta agitó su libro de forma divertida, fingiendo una sonrisa simpática.

—Pero… ¿No prefieres disfrutar de este clima, de la piscina… de la compañía? — la sonrisa ardiendo en picardía delató las intenciones de Berta y eso pudo con su voluntad.

—Ya… por lo visto no hay manera de saber cómo acaba esta historia de amor… — Marta sonreía mientras guardaba con resignación el libro en su bolso.

—Así que… historia de amor… — Berta bajaba la mirada al suelo y jugaba con su toalla — ¿eres una romántica empedernida? — le preguntó con la mirada perdida en el horizonte.

—Uy, sí… — Marta rompía a carcajadas mientras se volvía a tumbar en la hamaca — de las que ya no quedan…

—¿Te apetece meterte en el agua? — clavó su mirada sin piedad en los ojos de Marta.

Ella la observó durante unos segundos en silencio intentando descifrar todo lo que escondía aquella mirada tan intensa.

—¿Corro peligro? — el tono de Marta destilaba tanta picardía como la sonrisa y las intenciones de Berta.

—¿No sabes nadar? Bueno, no te preocupes, yo fui campeona de natación en el instituto… — Berta estaba siendo borde, consiguiendo así mantener el nivel de diversión.

—Anda, vamos sirenita… — Marta se puso de pie esperando a que Berta la acompañase — antes de que me arrepienta.

Berta se levantó de un golpe y con dos grandes zancadas, saltó desde el borde de la piscina, consiguiendo un estiloso salto para sumergirse en el agua, casi como una profesional de la natación sincronizada.

—Presumida… — susurró en alto Marta pretendiendo que Berta fuese capaz de oírla.

—Aburrida — contestó Berta salpicándole agua.

Marta fue bajando escalón a escalón lentamente, procurando que su cuerpo fuese aclimatándose a la temperatura de la piscina gradualmente. Cada movimiento era vigilado por Berta, que sonreía bajo el agua, mientras sus ojos observaban detalladamente cada curva del cuerpo de Marta. Estaba sumergida en las imágenes que le recordaban como había sido capaz de recorrer cada centímetro de su cuerpo, tan solo unas horas antes. Y las ganas por volver a hacerlo crecían a pasos agigantados. No sabía por qué, pero Marta, o Laura, como creía ella que la conocía, le resultaba adictiva. Ambas se sentían cohibidas, su diversión en la piscina se limitaba en mantenerse a flote, algunas risas, miradas ocasionales y conversaciones banales, era todo lo que eran capaces de hacer, ya que compartían piscina con la joven pareja. Se hablaban mirándose a los ojos y se perdían en la profundidad de sus miradas. La valentía que albergaban en su interior, revolucionando su necesidad, decidió abandonarlas para dar paso a un momento más íntimo y vulnerable de lo que, ahora mismo, serían capaces de reconocer. Marta disfrutaba escuchando a Berta, mientras le relataba varias anécdotas que habían ocurrido durante la carrera de medicina, para Marta, fue una sorpresa descubrir que esa joven alocada, algún día iba a ser una profesional que salvaría vidas. Pero lo que más llamó su atención fue su energía defendiendo su teoría sobre las nuevas generaciones y su falta de interés por la cultura, detonaba un nivel de madurez superior a su rango de edad. Marta continuaba escuchándola embelesada, mientras ella exponía sus razonamientos muy bien argumentados. A su edad entendía bastante de arte, se

decantaba por la época del renacimiento, la época de Donatello, Botticelli, Sanzio y los dos grandes, Miguel Ángel y Da Vinci, pero ahora estaba experimentando una curiosidad transformadora por el arte moderno, había un pintor que llamaba su atención, Robert Bohem, seguía su trabajo desde hacía un tiempo. Ese verano había asistido a dos de sus exposiciones y consiguió conmoverla. Ella continuaba exponiendo las personalidades de las nuevas generaciones que prácticamente eran autodestructivas a largo plazo.

—¿Sabes cuántos jóvenes visitan un museo antes de cumplir los veinte? — Berta se sentía realmente indignada — ¡Ninguno! Es demoledor pensar que son víctimas de una falsa modernidad vacía, donde no existe el arte, el interés, ni la curiosidad… ¡La cultura!

—Si todos tus amigos se han ido… ¿Tú que haces aquí? — Marta tenía curiosidad por averiguar porque todavía permanecía en el hotel si todos sus amigos ya se habían ido y no pudo retener más su duda en su garganta.

—Verás… ¿Recuerdas a la chica de recepción?

—Sí.

—Pues es mi prima, mañana es su cumpleaños, así que me pidió que me quedase unos días más para celebrarlo y pasar un día juntas.

—Ya… ¿Solo por eso?

—No, claro que no… — Marta sonrió arrogante esperando la respuesta obvia — me encanta el buffet del desayuno — Berta sacó a pasear su sonrisa llena de picardía.

Marta sonrió ante el zasca de Berta, miró a su alrededor y descubrió que estaban solas en la piscina, comenzó a dar pasos firmes dentro del agua, disminuyendo la distancia entre ellas. Berta fijó su mirada en los ojos depredadores de Marta, adivinando las intenciones tras la oscuridad por deseo que lucían sus pupilas. Sonrió altiva y se movió hacia atrás generando más distancia entre ellas. Marta se percató del gesto, pero no iba a permitirle escaparse de sus garras, una sonrisa felina se pintó en sus labios cuando Berta chocó contra el borde de la piscina y se quedó sin opciones para seguir escapando.

—¡Ups!... — susurró Berta al notar la pared fría en su espalda.

Marta aceleró sus movimientos hasta tener acorralada a Berta entre su cuerpo y la pared, apoyó sus brazos a cada lado de ella, forjando una prisión perfecta para acometer con su deseo más primitivo. Berta no le dio opción a dudar y cuando notó el cuerpo de Marta rozando el suyo, se lanzó a devorar su boca, dejando escapar el deseo contenido desde la noche anterior, de una forma casi salvaje, entrelazó sus piernas por la cintura de Marta y colocó sus brazos de forma desesperada alrededor de su cuello. Marta pasó de ser la cazadora a ser la cazada. Era ella la que ahora no tenía escapatoria. Sus manos recorrían, ya expertas en ese cuerpo, cada curva intentando moldear de nuevo su deseo, la intensidad de sus besos aumentaba, cegándolas de una forma casi tan drástica, que no fueron conscientes del lugar en el que se encontraban. La fortuna les sonrió, permitiéndoles permanecer a solas mientras desataban sus ganas, dando rienda suelta a sus instintos más ardientes. El deseo fue capaz de ganar a su voluntad, y sin importarle nada más que materializar todo lo que abrasaba en su interior, cada una abandonó su cordura y fueron ellas mismas. No se separaron hasta que sus cuerpos dieron señales de agotamiento. Marta pensó en lo enérgica que era Berta, mientras ella pensaba en lo pasional que eran sus caricias, le hacía sentir tanto que se sentía desbordada.

Se sobresaltaron al oír unas voces salir a los jardines, Berta se ruborizó y a Marta le pareció tan tierno que la besó en los labios para intentar reconfortarla.

—Laura… deberíamos ir a cenar o nos cerrarán la cocina — sugirió Berta con una sonrisa encantadora.

—Eehh… claro, vamos — fue el turno de Marta para ruborizarse, pero por motivos distintos.

Marta no era mentirosa. Las mentiras destrozaron la mejor relación de su vida. Ella era una mujer valiente, con carácter, así que no sabía por qué le había mentido al no decirle su verdadero nombre, pero ahora ya era tarde, no podía decirle que se llamaba Marta y no Laura como Berta creía, además no tenía explicación creíble. Mientras Berta se secaba con su toalla, Marta pensó que no importaba realmente, total no la iba a volver a ver una vez pasasen esos días adicionales que Berta decidió alargar sus vacaciones para celebrar el cumpleaños de su prima. Así que, volvió a besar a Berta en los labios, pillándola desprevenida y en aquella sonrisa que surgió entre sus besos, Marta prometió para sí misma, que iba a disfrutar de lo que fuese que tuviese con Berta. Algo de todo lo que estaba viviendo la estaba reiniciando, así que fuese lo que fuese, estaba funcionando. Esta vez no se iba a poner límites.

—Estoy hambrienta… — le susurró Marta a Berta mientras llenaban sus platos en el buffet del hotel.

Berta sonrió orgullosa porque, el hambre voraz que sentía Marta, tenía su firma. Cenaron entre risas y conversaciones divertidas. Marta observaba el movimiento de sus manos, le fascinaba ver con la vehemencia que defendía sus opiniones. Salieron del comedor una vez acabaron, caminaron en completo silencio hacia la zona de los ascensores. Se dedicaban miradas clandestinas como auténticas adolescentes, ninguna de las dos quería que acabase ahí la noche, pero no eran capaces de reconocerlo. Las puertas se abrieron y entraron manteniendo silencio, quizá porque sus mentes trabajaban al cien por cien en busca de una excusa para pasar más tiempo en compañía una de la otra, pero al no encontrarla, se estaban resignando a dormir solas. Cada una dormiría en una cama enorme en la soledad de una habitación de hotel. Las puertas volvieron a abrirse al llegar al piso de Marta, se despidieron con una sonrisa y un «buenas noches» más tímido que intencionado. Con la excusa de que le preocupaba que llegase sana y salva, Berta presionó el botón para mantener las puertas abiertas, tuvo tiempo suficiente para ver como Marta caminaba hacia su habitación con un movimiento casi hipnótico de sus caderas. Una seducción muy intencionada, el contoneo de sus caderas no era casual. La respiración de Berta aumentó exponencialmente al ver como Marta se detenía y le dedicaba una sonrisa antes de entrar en la habitación. Berta le guiñó un ojo justo antes de que las puertas se cerrasen por completo y el ascensor comenzase a subir hasta llevarla dos plantas más arriba. La decepción invadió el interior de Marta al hacerse realidad el hecho de dormir sola, cosa que no le apetecía nada. Un impulso primitivo se apoderó de todo su ser cuando oyó cerrarse las puertas del ascensor llevándose a Berta a su planta, sujetó con fuerza el pomo de la puerta y tiró de ella en vez de empujar, cerrándola por completo. Corrió por el pasillo hasta llegar a la puerta que daba a las escaleras y subiendo de dos en dos los escalones, a cada salto, se repetía una y otra vez «lo que pase en el hotel, se queda en el hotel». Llegó a la planta correcta y solo tenía que girar por el pasillo para encontrarse con la habitación de Berta. Al llegar a la esquina, vio la silueta de Berta cruzar el umbral de su puerta, corrió como nunca antes lo había hecho. Solo diez centímetros, esa era la distancia que faltaba para que la puerta encajase en el marco y se cerrase. Marta apoyó una de sus manos con fuerza e impidió la intención de Berta de cerrar la puerta tras ella.

—Pero… — gruñó Berta al sentir como una fuerza impedía su propósito.

Sin darle tiempo a reaccionar, Marta dio un paso al frente invadiendo su habitación y su espacio personal, la empujó con poca delicadeza hasta que su espalda se encontró completamente presionada contra la pared. Su temperatura aumentó de golpe varios grados y todo su ser se dejó llevar cuando sintió el delicado tacto de sus labios aterciopelados. Marta la besaba con vehemencia y Berta se sentía desbordada ante tanto deseo. Descubrió, en ese preciso momento,

que algo tan simple como un beso, era capaz de tener unas implicaciones tan brutales. Sintió como Marta sonreía en medio del beso y su cuerpo tembló levemente.

—Perdona… — dijo al separarse lo justo para mirarla a los ojos mientras sus alientos continuaban mezclándose — pero me he quedado con ganas de más…

Berta sonrió al escuchar justo esas palabras, su lenguaje no verbal había sido muy expresivo, pero escuchar su voz confirmando el deseo que sentía por ella, arrasó su interior revolucionando toda su cordura. Intentó detener el gemido que le quemaba la garganta, pero fracasó, Marta interpretó aquel sonido como una declaración de intenciones, así que se lanzó de nuevo a su boca, dejando la delicadeza de lado. Berta respondió con el mismo nivel de pasión, enredó sus dedos con el suave pelo de su nuca y un escalofrío recorrió todas las terminaciones nerviosas de Marta al sentir como la presionaba contra ella para profundizar el beso. Berta soltó un gemido jodidamente erótico contra sus labios y Marta presionó su cuerpo todavía más contra el suyo, elevando al nivel máximo sus ganas por tenerla desnuda entre sus brazos. De pronto, Berta la empujó con ímpetu, separándola con tanta fuerza que Marta llegó a apoyar su espalda contra la otra pared del pasillo en la entrada de su habitación. Su mirada desprendía confusión en medio de tanto deseo, Berta sonría con tanta picardía que Marta decidió esperar su siguiente paso. Berta se quitó la camiseta en un gesto rápido, continuó con los pantalones y se quedó en ropa interior, Marta se mordió el labio inferior y dio un paso al frente, pero Berta la frenó colocando la mano en su pecho para impedir que se acercase más, negó con la cabeza y sonrió. Marta se quedó inmóvil, observándola como caminaba en dirección a la cama con sugerentes movimientos. Berta se quitó el sujetador con elegancia y lo dejó caer en el suelo, para luego quitarse las bragas en un gesto lento y muy erótico, giró ligeramente la cabeza con una sonrisa irresistiblemente tentadora y le guiñó un ojo a Marta para luego tumbarse sobre la cama apoyada sobre los codos y mirándola fijamente. Joder, Marta estaba siendo testigo de una declaración de intenciones tan arrebatadoramente sexy, que el deseo la recorrió de forma devastadora. No fue consciente de cómo llegó hasta el borde de la cama, era incapaz de apartar la vista del cuerpo desnudo de Berta, se tumbó sobre ella con una clara intención de provocación. Se ayudó de sus manos y piernas para quedar sobre Berta sin que sus cuerpos se rozasen, trepó lentamente y su boca fue directamente a su cuello, dejando besos húmedos por doquier. Cuando sus lenguas comenzaron una ardiente batalla, Marta dejó caer su cuerpo sintiendo la piel desnuda de Berta que quemaba, sus manos comenzaron a recorrer sus curvas dibujando una silueta perfecta. Gruñó al sentir como Berta se removía bajo el peso de su cuerpo, su cordura se desvanecía llevándose su autocontrol. Marta la besó desesperadamente, su corazón latía de una forma tan voraz que sentía que se iba a salir de su pecho. Ambas se movían por impulsos, por puro instinto. Las manos de Berta se colaron por debajo de la camiseta de Marta, recorrió toda su espalda presionando los dedos, cuando llegó hasta el borde de la camiseta, tiró de ella para deshacerse de la prenda. Marta colaboró con la tarea y se apresuró a seguir besándola cuando volvió a quedar liberada de la tela. Berta volvió a pasear los dedos por toda su espalda, con la intención de encontrarse con la cintura de sus pantalones, llegó con facilidad a su meta y con una destreza maestra introdujo las manos y no pudo resistir la necesidad de estrujar las nalgas de Marta, y al mismo tiempo, elevó las caderas generando una presión casi insoportable entre sus sexos. Marta gimió al sentirla y mordió su clavícula, su interior ardía y su sexo palpitaba desesperadamente por ser saciado. Se incorporó para ponerse de pie, se desabrochó los pantalones sin apartar sus ojos de los de Berta, se bajó la prenda lentamente y con ellos se llevó también sus bragas. Berta se relamía por pensar en todo lo que le apetecía hacerle para saciar el deseo que ardía en su interior, se lanzó sobre ella por puro instinto e intercambió las posiciones para devorar la boca de Marta, devolviéndole así,

el torrencial de deseo que ella misma provocó. Sus manos batallaban en una guerra de poder por conquistar más piel. Berta descendió lamiendo cada centímetro de piel a su paso, se detuvo cuando llegó a su pecho derecho, lo devoró con ansias, lo estrujó provocando gemidos ahogados en Marta. Su otra mano descendió hasta colarse entre sus piernas, comprobó que sus dedos se deslizaban con facilidad entre sus pliegues, buscó la entrada e introdujo dos de sus dedos al mismo tiempo que succionaba con fuerza el pezón. Marta se removió bajo su cuerpo, los gemidos morían ahogados en su garganta produciendo sonidos realmente eróticos. Sus movimientos eran erráticos y enérgicos, Berta volvió a ascender en busca de sus labios, cuando los encontró, le mordió el labio inferior y profundizó sus embestidas. Tan solo le bastó unos pocos movimientos más para llevarla hasta el éxtasis. Marta estrujaba las nalgas de Berta contra su entrepierna, intentó seguir el ritmo de las embestidas, aunque le resultó complicado porque estaba perdiendo todo el sentido por el placer que sentía. Su muslo rozaba la entrepierna de Berta intencionadamente, provocando gemidos sofocados al sentir cada roce en su sexo. Marta sentía como todo su interior se colapsaba, su corazón se saltaba algún latido y su respiración resultaba accidentada. Berta fue testigo de cómo una estrella perdía su brillo al ver la cara de Marta mientras llegaba al clímax. Toda esa mezcla de sensaciones y el muslo de Marta, presionando contra su sexo, fue suficiente para tener uno de los mejores orgasmos de su vida. Berta se tumbó exhausta junto a Marta, ambas intentaban recuperar el ritmo normal de sus respiraciones. Se miraron a los ojos durante unos segundos y sonrieron.

—Me tiemblan tanto las piernas… — Marta rio un poco más fuerte — que no sé si seré capaz de caminar…

—Pues no camines — Marta abrió los ojos sorprendida — quiero decir… — Berta se ruborizó un poco — que… que puedes dormir aquí…

Marta entrecerró los ojos y una sonrisa ardiendo en picardía se abrió paso entre sus labios.

—No pensarás atarme a la cama y hacer que me corra hasta que pierda el conocimiento…

Berta rompió a reír a carcajadas.

—Pues te juro que estaba pensando en dormir, porque, realmente, estoy agotada… — Berta se inclinó y dejó un beso en los labios de Marta — pero… imaginarte atada, para satisfacer todas mis perversiones… me ha devuelto la energía…

Fue el turno de Marta para reírse a carcajadas, las ingeniosas proposiciones de la joven rubia que, yacía desnuda junto a ella, eran muy tentadoras.

—Bendita juventud… — giró su cara para poder mirarla a los ojos — menos mal que hago ejercicio… no te puedo seguir el ritmo… — Marta le dejó un beso en el hombro — si mantenemos este ritmo, creo que podrías matarme… aunque, por otro lado, menuda forma de morir… — dijo entre risas.

—Vamos Laura… ¿Qué tienes cuatro años más que yo?

—Qué dulce eres… — Marta sonrió y le dejó un beso casto en los labios — es el momento de irme — dijo mientras se levantaba de la cama y con la mirada intentaba localizar cada una de sus prendas.

—La oferta de dormir aquí, sigue en pie — Berta estaba de lado y apoyaba la cabeza sobre su mano — prometo que dormirás…

—¿Cuánto? — Marta la miraba incrédula de una forma divertida.

—No sé… ¿Cuántas horas necesitáis dormir las señoras mayores para que no os salgan arrugas? — Marta fingió ofenderse por el comentario de Berta.

—Vale… — se lanzó sobre ella y le sujetó las manos por encima de su cabeza — te la has ganado — Berta sonrió y Marta devoró esa sonrisa con violencia.

Fueron capaces de volver a la carga un par de veces más antes de caer completamente exhaustas ante tanta actividad física. La necesidad impetuosa por rozarse, impedía que sus cuerpos se alejasen mientras dormían.

Berta fue la primera en despertarse, las primeras luces del día iluminaban toda la estancia, aprovechó la oportunidad de observar detenidamente el cuerpo desnudo de Marta, que todavía dormía plácidamente a su lado. Se deleitó con cada curva perfecta, delineándola con la punta de sus dedos suavemente, cuando su perfecto recorrido la llevó hasta encontrarse con el hueco entre su cuello y su mandíbula, decidió acometer con enérgicos besos matutinos, recorriendo por completo el perfil de Marta. Bonita manera de despertar. Marta no recordaba la última vez que la despertaron en medio de una fiesta de besos. A diferencia del sexo salvaje durante la noche anterior, parecía que ambas habían hecho un pacto silencioso, rebajando el nivel de intensidad. Se dedicaron miles de caricias, sus besos eran dulces y sus miradas cómplices. Fue lento, intenso y muy satisfactorio. Pidieron el desayuno completo, en otras ocasiones, les hubiese parecido excesivo, pero después de todo el ejercicio nocturno, estaban hambrientas. Desayunaron en medio de caricias, permitieron que los primeros rayos del sol, las acompañasen en su complicidad. Al acabar, Berta se despidió de Marta con un beso más provocativo que inocente y se fue a la ducha. Había quedado con su prima en la puerta del hotel y tenía el tiempo justo para arreglarse. Marta le deseó un divertido cumpleaños con su prima y se fue a su habitación. Sonrió cuando abrió la puerta y bailó hasta llegar a la cama, se lanzó sobre el cómodo colchón, cerró los ojos y su sonrisa creció exponencialmente.

—Estoy muerta… — susurró en medio de su enorme sonrisa.

Su mente proyectaba imágenes de la noche anterior, ni recordaba si alguna vez fue capaz de aguantar tantos asaltos. Miró de reojo el libro que descansaba sobre la mesilla junto a la cama, estaba deseando leer el final, saber cómo iba a acabar un amor tan intenso y pasional, pero el cansancio en su cuerpo le gritaba que necesitaba una cura de sueño. Su mente se lo agradecería y su cuerpo más. No se molestó ni en meterse bajo las sábanas, se acurrucó de lado y solo necesitó diez segundos para caer en los brazos de Morfeo.

Abrió los ojos y parpadeó varias veces, le costó varios segundos acostumbrarse a la luz, continuaba en la misma postura en la que había caído sobre la cama. Dio media vuelta sobre las sábanas y miró por la ventana, estaba algo confundida por la cantidad de luz que entraba, no era capaz de averiguar qué hora era, estaba completamente desorientada. Estiró la mano hasta alcanzar su móvil, miró la pantalla y comprobó que eran casi las seis de la tarde, había dormido casi siete horas de tirón. La cura de sueño estaba realizada. Se fue directa a la ducha, necesitaba sentir el agua caliente recorriendo su cuerpo para reconfortarse. Sentía sus músculos entumecidos, estiró cada parte de su cuerpo intentando sentir alivio, era el sello de garantía de que su cuerpo comenzaba a despertar. Salió del baño completamente desnuda, mientras con la toalla alborotaba su pelo para secarlo, al pasar por delante del espejo, se observó detenidamente y sonrió satisfecha, su “yo” interior volvía a florecer abriéndose paso con fuerza. La libertad que experimentó la noche anterior al dejarse llevar, había activado la maquinaria del engranaje que dejaba salir a la superficie su “yo” verdadero. Poco a poco quedaba menos espacio para todo lo malo que había invadido en su interior y más espacio para las nuevas ganas de vivir. Dejar su mente en blanco y permitirse el lujo de hacer lo que de verdad sentía, era un antes y un después. Sentía una imparable energía en su interior. No podía dejar de sonreír, en parte, debía agradecérselo a Berta, pero a quien pensaba agradecérselo a lo grande por obligarla a hacer este

viaje en solitario, era a su gran amiga Andrea. Y realmente pensaba hacerlo. Su estómago rugió como si habitase en su interior un pequeño tigre. Llamó a recepción descubriendo que por fin funcionaba el teléfono, pidió algo para comer y volvió a tumbarse sobre la cama, ahora sería un buen momento para dedicarle tiempo a su libro, deseaba descubrir el desenlace. Media hora más tarde, llamaron a su puerta, por fin podía calmar su apetito que, durante la espera, su cuerpo le había exigido un par de veces más saciar esa necesidad de recomponer todos los hidratos de carbono quemados a base de orgasmos durante toda la noche y parte de la mañana.

—Buenas tardes, señora… — el camarero empujaba el carrito con la bandeja llena de comida — aquí tiene su pedido y le dejaron esta nota en recepción.

—Muchas gracias — Marta le dio propina y cerró la puerta.

Observó la nota con el ceño fruncido, solo Andrea sabía en qué hotel estaba y si hubiese necesitado algo, le hubiese llamado al móvil. Caminó y cogió el sobre un poco sorprendida. Al ver el nombre de Laura escrito en el dorso, ya sabía a quién pertenecía la nota.

Lo siento mucho Laura, he tenido que irme antes de tiempo, me han llamado para una oferta de trabajo que no puedo rechazar y me exigen que me incorpore mañana mismo. Imagino que habrás salido porque no te encontré en tu habitación. Me hubiese gustado mucho despedirme de ti. Han sido unas vacaciones increíbles. Me ha encantado conocerte. Te dejo mi número de teléfono, me encantaría seguir en contacto contigo. Muchos besos, Berta.

Marta miró fijamente aquella nota escrita a mano, sintiendo una gran decepción por descubrir que aquella aventura había acabado de una forma tan inesperada. No es que le fuese a prometer amor eterno, pero le hubiese encantado verla una vez más y despedirse como merecían después de los encuentros que habían tenido. Desvió su mirada a los números escritos al pie de la nota, la tentación por marcar cada uno de los números fue realmente fuerte, pero su cordura se encontraba al cien por cien. Tan solo quedaban dos días para llegar al final de sus vacaciones, después de esas cuarenta y ocho horas volvería a su vida real y en ella no había cabida para una aventura sexual a distancia con una joven que había conocido en un hotel en la playa y que encima le había mentido al no revelarle su verdadero nombre.

Los dos días siguientes, Marta aprovechó para tomar el sol, disfrutar de la piscina, dormir, dormir mucho y terminar esa historia de amor tan pasional que le ofrecía el libro. Realmente consiguió relajarse, despejar su mente, alejarse de todo lo tóxico que había acumulado en su vida en los últimos meses. Cuando las vacaciones llegaron a su final, Marta estaba preparada para volver a su realidad. Qué razón tenía Andrea, necesitaba esas mini vacaciones para reiniciarse. Y habían funcionado.

DE VUELTA A LA RUTINA

El verano todavía daba los últimos coletazos a principios de septiembre, la mañana era soleada y calurosa. Marta había disfrutado sus últimos tres días de vacaciones relajada en su casa, pero hoy, debía empezar con su rutina laboral. Se tomó su tiempo de desayuno antes de volver a su vida cotidiana de resolver crímenes, de descubrir algún que otro cadáver y averiguar quién era el culpable. Ese era su día a día.

Los primeros rayos de sol impactaban en su cara y cerró los ojos para disfrutar de esa sensación de calor a primera hora de la mañana. Se había levantado con una actitud positiva invadiendo todo su ser y aunque recibió una llamada de su compañero a primera hora, advirtiendo de que el día empezaba fuerte, no iba a permitir que su trabajo borrase esa actitud positiva de su ser. Iba pensando que debía llamar a Andrea y quedar con ella, a fin de cuentas, tenía que agradecerle que la obligase a tomarse esos días de vacaciones en la playa. Pero, además, a esos días había que sumarle el maratón de sexo improvisado con el que la vida la había sorprendido. Hoy nadie iba a arruinarle su buen humor.

—Hola Ferreira, cuéntame… — dijo Marta cuando llegó junto a su compañero.

—Inspectora Alcalá, buenos días, empezamos fuerte la semana…

—Ya lo veo, menos mal que vengo con las pilas cargadas…

—Veo que ha descansado durante sus vacaciones… — Ferreira levantó la cabeza y sonrió — me alegro.

Marta le devolvió la sonrisa y rodeó a su compañero mientras observaba detenidamente el cadáver.

—¿Qué ha pasado?

—Pues a primera vista, le diría que es una muerte por varios traumatismos, si no fuese por la herida en el pecho — Ferreira señaló la herida — también se distinguen varios golpes… aquí… — señaló la cabeza — aquí — señaló el hombro — y aquí — señaló la parte derecha de la cadera.

—¿Crimen pasional? — preguntó Marta.

—Podría ser — Ferreira se encogió de hombros.

—¿Y cómo ha llegado el cuerpo hasta aquí? — Marta miró alrededor — es una zona bastante frondosa para llegar andando…

—Porque sé que no es posible, pero parece que haya caído del cielo — Ferreira se incorporó y señaló alrededor de ellos.

—¿No hay pisadas? ¿Huellas?

—No, inspectora, hemos caminado todos por el mismo sitio, pisando las mismas huellas y no hemos sido capaces de encontrar ni una huella de ningún tipo…

—Pero esta mujer pesa sesenta o setenta kilos… — Marta caminó dos pasos — fíjate —

señaló la hierba — hay brotes rotos, tuvo que caer de allí… — miró hacia la colina — la han tenido que tirar desde la colina… — Ferreira miró hacia el mismo lugar — que suba alguien a revisar la zona.

—Ahora mismo inspectora — Ferreira señaló a un agente y le dio indicaciones.

—¿Sabemos quién es? — preguntó Marta mientras continuaba observando a la chica muerta frente a sus pies.

—No, no tiene ningún tipo de identificación, ni teléfono, ni dinero, ni tan siquiera un miserable reloj…

—Pero tiene la marca del reloj… — Marta señaló la mano de la víctima.

—Sí, me he dado cuenta, pero no tiene nada que la pueda identificar.

—Mucha molestia para un simple robo de un reloj… — Marta levantó con la punta de su boli la tela que cubría la herida en el pecho — parece una herida punzante… pero es redonda, no puede ser de una navaja o un cuchillo…

—Y los bordes son irregulares… — Ferreira señaló con su dedo índice — parecen quemaduras…

—Que hagan fotos de la zona, recoger todas las pruebas que encontréis — Marta apuntó varias cosas en su libreta y volvió toda su atención a su compañero — subamos a la colina a ver que encontramos.

Marta continuaba frente a su ordenador, intentando ordenar todas las fotos que había hecho sobre la escena del crimen. Después de pasar más de dos horas recorriendo toda la zona, solo encontraron unas huellas de coche que llamaron su atención. La colina era el sitio favorito de los jóvenes para estar en la intimidad con sus parejas, nada más llegar arriba, Marta y Ferreira, observaron las diversas pruebas de que ese sitio lo convertían en un picadero cada noche. Restos de bolsas de papel de comida rápida, varias latas de refrescos o cerveza, incluso algún preservativo abandonado sobre la tierra, demostraban que era un sitio muy visitado. Sin embargo, había unas huellas de neumáticos que llegaban hasta el borde, casi desafiando a la gravedad de la pendiente de la colina. Marta tomó fotos de las huellas de los neumáticos, esperaba identificar el vehículo y poder tener un hilo de donde tirar para continuar con la investigación. Estaba casi segura de que las huellas que llegaban hasta el borde, fue el vehículo que tiró el cadáver desde la cima de la colina para que llegase hasta la ladera, y sin dejar huellas.

—Ferreira… — Marta se puso de pie y llamó la atención de su compañero — me voy a tomar un café — Ferreira asintió y volvió su atención a la pantalla de su ordenador — cualquier novedad, me avisas.

—Claro inspectora… — Ferreira continuaba centrado en su ordenador cuando Marta pasó por su lado.

Marta respiró profundo cuando llegó a la puerta de la comisaría, levantó la cabeza permitiendo que el sol calentase su rostro. Había pasado más de dos horas organizando unas pruebas que la llevaban a un callejón sin salida, si la autopsia no le daba más pistas, no veía el hilo por donde encarrilar la investigación. Caminó hasta el final de la calle, donde se encontraba la cafetería más popular del barrio. Desde hacía ya un tiempo que Marta se había fijado en la chica nueva que habían contratado para camarera y era una chica que llamaba mucho la atención y, sobre todo, había conseguido llamar la suya. Entró y tras comprobar que su camarera favorita estaba trabajando, caminó hacia la barra con una sonrisa y se sentó.

—¡Hola! — exclamó la camarera luciendo su mejor sonrisa — ¿lo de siempre?

Marta se sentó en uno de los taburetes altos de la barra y le respondió con la misma enorme sonrisa.

—Hola guapa, vale — respondió Marta.

—Enseguida…

La camarera se fue de allí dedicándole una mirada llena de intenciones y una sonrisa ardiendo en picardía. Marta se sentía con la valentía suficiente para romper el hielo que existía entre ellas y conocerla un poco más.

—Disculpa… — musitó Marta con una enorme sonrisa — ¿cuál es tu nombre?

La camarera se dio media vuelta dentro de la barra y la miró fijamente, tras unos segundos un poco angustiosos para Marta, decidió responder.

—Soy Celia — alargó la mano por encima de la barra para saludar correctamente.

—Marta — respondió mientras se la estrechaba.

—Vienes mucho por aquí, ¿vives por el barrio? — preguntó Celia decidida a averiguar todo lo que pudiese de la mujer que llevaba visitando su cafetería desde que ella entró a trabajar.

—No, pero trabajo cerca — respondió Marta.

—Déjame averiguar… — Celia se inclinó sobre la barra y entrecerró los ojos.

—¿Averiguar qué?

—A que te dedicas… — Marta sonrió, le pareció divertido el juego — a ver… por aquí cerca hay un supermercado, pero vienes a horas que no son ni de inicio de turno, ni al finalizarlo, ni tan siquiera la hora del descanso, porque cada día vienes a horas diferentes… y como no existe un horario en tus visitas, también vamos a descartar el colegio… — Marta continuaba sonriendo ante las divagaciones de la camarera — no tienes pinta de pertenecer al convento que hay dos calles más atrás…

—Menos mal… me hubiese preocupado… — dijo Marta colocando su mano en el pecho de forma dramática y ambas rompieron a reír fuerte.

—Así que solo me queda… el bazar chino… — Marta ladeó la cabeza ante la conclusión de la camarera — no, no tienes pinta de ser descendiente del país del sol naciente… — volvieron a reír — tampoco tienes pinta de… — Celia la miró de arriba abajo descaradamente — agente de seguros…

—¿No? ¿Por qué? — preguntó Marta dentro de la risa.

—Porque vistes demasiado informal para intentar convencer a alguien de que tiene que contratar un seguro para cuando se muera… — Celia continuó — ya me quedan pocas posibilidades… tendré que elegir entre, la dependienta de la joyería o policía…

—¿Y con cuál te quedas? — preguntó Marta ensanchando su sonrisa.

—Por la falta de pendientes y la ausencia de anillos… — Celia se apoyó con los dos brazos en la barra y se inclinó acercándose hacia Marta — me quedo con que eres policía.

Marta sonrió ampliamente, resultó gracioso ver como Celia fue eliminando las posibilidades observando detalles minuciosos sobre su comportamiento más cotidiano.

—¿Tengo pinta de policía?

—Me despista el hecho de que nunca llevas uniforme… — Celia ensanchó su sonrisa, sabía que había acertado — pero sí, me quedo con eso.

—Bueno, yo puedo negarlo y decirte que trabajo en cualquier otra cosa… y no sabrías si miento o digo la verdad.

—Podrías, pero sabría que me estás mintiendo — Celia se cruzó de brazos, mostrándose superior en sus conclusiones.

—¿Sí?, muy segura estás…

Celia sonrió y se pasó la lengua por el labio inferior, gesto que no pasó nada desapercibido para Marta.

—Verás, podría creerme tus mentiras, pero he observado que saludas a muchos policías…

—Podría tener muchos amigos en el cuerpo o ser una delincuente… — la mirada de Marta ardía en picardía, reconoció el coqueteo de la camarera y respondió al mismo nivel.

—¿Sin tatuajes? No lo creo.

—Podría llevarlos ocultos bajo la ropa… — la rivalidad pícara entre ellas, cada vez era más evidente.

—Eso es algo que tendré que averiguar en otro momento… — Celia pronunció cada palabra sin apartar la vista de los ojos verdes de Marta.

Marta se mordió el labio inferior, el descaro de la camarera le estaba encantando.

—Entonces… solo por el simple hecho de que saludo a otros policías, ¿yo también lo soy?

—Por eso y porque cada vez que te levantas del taburete, puedo distinguir el bulto de tu arma, cuando te miro el culo.

Marta abrió la boca sorprendida, pero no sabía si le había sorprendido la sinceridad de la camarera o el hecho de que llevaba días mirándole el culo.

—Pues si esas son tus pruebas… — Marta levantó las manos en señal de rendición — solo me queda confirmar que el cuerpo de policía se pierde a una gran investigadora.

Celia sonrió satisfecha al oír sus halagos.

—Ahora me queda averiguar… — Celia se mordió el labio inferior — ¿Por qué no llevas uniforme?

—¿Es por algún tipo de fantasía?

—Ya lo creo que sí — respondió Celia ensanchando su sonrisa mientras sus mejillas se sonrojaban.

—Pues, ese uniforme lo tengo lavado y planchado en el armario de mi casa… solo me lo pongo para ocasiones especiales… soy inspectora de homicidios — dijo Marta con orgullo — no tengo que llevar uniforme… eso quedó atrás hace años…

—¿De homicidios? — Celia preguntó con una mezcla de morbo y curiosidad.

—Sí.

—Entonces… ¿Sabrás sobre la mujer que han encontrado en la ladera?

Marta la miró extrañada y dedicó unos segundos a analizar esa pregunta.

—¿Tú cómo sabes eso?

—Ha salido en todas las noticias…

—Malditos morbosos… — musitó Marta — solo te diré que, de momento, estamos investigando…

—Bueno, no hablemos de trabajo… — Celia se pasó la lengua humedeciendo sus labios

—Por mí, perfecto.

Celia le pasó un papel por encima de la barra a Marta y sonrió.

—Salgo a las nueve… ¿te apetece quedar?

—Me encantaría — Marta cogió el papel y rozó, intencionadamente, los dedos de Celia.

Marta continuaba observando las fotos que habían recogido del lugar del crimen, las ordenó intentando reconstruir la escena, pero necesitaba averiguar el motivo de su muerte, conocer si existía alguna pista o huella en el cadáver, que le diese algún indicio de por donde investigar.

—Ferreira, ¿qué pasa con la autopsia? — Marta se dio media vuelta sobre su propia silla para averiguar si su compañero sabía algo más — ¿Por qué está tardando tanto?

—Ni idea, solo sé que hay un forense nuevo y que ha dicho que no le molesten, que tardará lo que tenga que tardar.

—¿Y mientras tanto que hacemos nosotros? — preguntó Marta visiblemente frustrada, mientras que Ferrería se encogió de hombros — bien, voy a explicarle cómo funciona esta unidad…

Se levantó con bastante ímpetu de su silla y caminó decidida hacia el pasillo que la conducía hasta el laboratorio forense. Sus pasos eran lanzados, estaba completamente decidida a jugar su baza de jefa superior para presionar al nuevo forense, era el chico nuevo y alguien tenía que explicarle como funcionaban las investigaciones en su unidad. Debía seguir manteniendo su fama de investigadora invicta, jamás había dejado un caso sin resolver. Llegó y respiró antes de empujar la puerta, se armó de la valentía suficiente y empujó la puerta con la fuerza necesaria para abrirla de golpe.

—¿Berta? — dijo sorprendida Marta nada más entrar en la sala — ¿qué haces aquí?

—Preparar unas madalenas — dijo Berta al levantar la vista del cadáver que tenía sobre la mesa y ver a Marta, bueno a Laura como ella la conocía, plantada en la puerta de su laboratorio forense.

Berta acababa de ser trasladada como forense de la unidad, ese era su primer caso, llevaba casi dos semanas en la ciudad y durante estos días, había conseguido averiguar la verdadera identidad de Laura. Una foto recibiendo una condecoración, le había delatado que su verdadero nombre era Marta Alcalá, y no Laura, como le había dicho en el hotel la semana anterior.

Marta continuaba estática bajo el umbral de la puerta sin saber si era buena idea entrar y enfrentarse a Berta con un muerto en la mesa del laboratorio forense de su unidad. Berta levantó la mirada una sola vez para comprobar que, tras escuchar su voz, se trataba de Marta, después volvió a meter sus manos dentro del abdomen del cadáver.

—Inspectora… — musitó Berta sin dejar de mirar fijamente lo que estaba haciendo — pase,

no tenga miedo.

—¿Pensaba que habías estudiado medicina? — preguntó Marta todavía algo incrédula al ver a Berta allí.

—Inspectora Alcalá… ¿Y qué se cree que hay que estudiar para ser forense? — el tono que usó Berta destellaba connotaciones graciosas.

—¿Inspectora Alcalá? — Marta por fin entró en el laboratorio forense y cerró la puerta tras ella — ¿me has investigado?

—No me ha hecho falta — Berta continuaba sin levantar la cabeza, centrada en el cadáver sobre la mesa — todos los de aquí no dejan de hablar de la gran inspectora Alcalá — Berta levantó levemente la cabeza para mirarla fijamente — hablan de la ejemplaridad de su trabajo… — Marta sonrió orgullosa por la fama que se había creado — y de su mal genio… — la sonrisa de Marta desapareció repentinamente — cosas que no concuerdan mucho con la Laura que yo conocí… — se encogió de hombros — en fin… este mundo es demasiado pequeño, por lo visto… — levantó la vista, sonrió irónicamente y dejó una de las vísceras en la bandeja de metal junto al cadáver.

—Necesito saber que has encontrado — dijo Marta con el rostro muy serio en un intento casi desesperado por cambiar de tema y salir airosa.

—Todavía nada — Berta continuó centrada en su trabajo.

—¿Cómo que todavía nada? — Marta levantó dos tonos su voz exasperada por toda la situación — pero si el cadáver ha llegado hace horas…

—Necesito más tiempo para que puedas seguir luciéndote como “la gran inspectora Alcalá” — Berta por fin levantó la mirada — vete y déjame trabajar — sentenció.

Marta salió del laboratorio forense con un gruñido sonoro y dando un portazo, dejando así muy claro, su nivel de frustración. Tras un par de horas haciendo papeleo atrasado, ya casi por desesperación, Marta decidió irse a casa, quería disponer del tiempo suficiente antes de tener su cita con Celia.

Marta miró su reloj comprobando que llegaba a tiempo, le había prometido a Celia que sería puntual y no la haría esperar. Llevaba puestos unos vaqueros y una simple camisa con los puños remangados hasta medio brazo, sería una salida simple, una cena sencilla y algo de conversación para conocerse. Marta volvió a mirar la hora y comprobó que faltaban unos minutos para las nueve, de pronto, la puerta de la cafetería se abrió, Celia salió con el pelo recogido y con un maquillaje sencillo. Se había cambiado, había sustituido el uniforme negro por una falda vaquera y una camiseta de tirantes. Marta salivó al descubrir las interminables piernas de Celia.

—Hola… — susurró Celia mientras dejaba un beso tan cerca de la comisura de sus labios que confundía su intención.

—Hola — pronunció Marta con un poco de dificultad — ¿qué te apetece?

—Follar — respondió Celia con una sonrisa entre sus labios.

—Ehh… ¿Perdona? — Marta debía comprobar que había oído bien, una sinceridad aplastante en su mirada, la puso nerviosa.

—Conozco un sitio… — Celia se acercó a Marta peligrosamente — ¿vamos? — susurró tan cerca de sus labios, que el aliento de Celia quemaba la piel de Marta — tiene unas vistas… — se mordió el labio y sin poder contener más sus ganas, se lanzó a devorar la boca de Marta, que no tardó en devolverle el beso con la misma intensidad.

—Me has convencido… — Marta abrió la puerta del copiloto de su coche invitándola a entrar — tú me guías.

Tras unos minutos conduciendo y obedeciendo las indicaciones de Celia, Marta detuvo el coche en una explanada cerca del río. Sonrió al descubrir que era una zona frecuentada por jóvenes que pretendían saciar sus deseos, y así, comenzó a sentirse ella en su coche con Celia, provocándola descaradamente. Celia se inclinó hacia ella y comenzó a besarla salvajemente, provocando que su excitación explotase de cero a cien en cuestión de milésimas de segundos. Marta se armó de confianza y comenzó a levantarle la falda suavemente, dejando completamente desnudas sus piernas al paso de sus dedos, una acción que quedaba al borde de la indecencia. Las manos de Celia comenzaron a viajar con total confianza por debajo de la ropa de Marta, convirtiendo su tacto en una caricia atrayente y pecaminosa. Mientras ella se sentía vulnerable a su voluntad y, tal vez, ese pequeño pensamiento era el que la tenía tan excitada y necesitada. Celia insistía en recorrer cada centímetro de su cuerpo, cada línea muscular que se marcaba y cada fibra que parecía estar a flor de piel, era como si todo su ser fuese una zona erógena. Marta se descubría bajo una nube de deseo, de placer y de lujuria. Celia la sujetó con fuerza por la cintura y la acercó hacia sus labios, le dejó un leve mordisco en su labio inferior, de una forma muy provocativa. Murmuró algo con los dientes apretados, pero en sus ojos ardió el fuego, esperando la respuesta por parte de Marta a su petición. Resultó tan erótica que le resultaba difícil clasificarla. Sus dedos se arrastraron con la misma ligereza de una pluma por el centro de su cuerpo, los deslizó desde su barbilla, recorriendo su cuello, pasando por entre sus pechos y llegando hasta su ombligo. El cuerpo de Marta se estremeció ante una caricia tan erótica, que un gemido se escapó de su garganta sin que pudiese detenerlo. La sonrisa lobuna y pícara de Celia, agitaba la respiración de Marta, provocando una descoordinación entre su ritmo y su necesidad. Se inclinó sobre el asiento y besó con vehemencia cada uno de sus pechos, sus manos se fijaron con firmeza a su cadera y la voz de Marta salió en forma de suspiro. Sus manos comenzaron a recorrer las piernas desnudas de Celia que, ante esa iniciativa, las abrió con rapidez, quedándose así, completamente expuesta ante una intención tan descarada por parte de Marta. Mordió la piel debajo de su ombligo y Marta se retorció por placer, Celia gimió al reconocer ese movimiento, así que, en un intento por saciar su deseo, posicionó una de sus piernas entre las suyas y lo hizo con maestría contando con el poco espacio con el que contaban. El movimiento frenético de su cadera era hipnótico, sus gemidos sublimes y la respiración de Marta se aceleraba al sentirse dueña de toda esa excitación. Celia clavó sus uñas en la piel descubierta de su espalda y escondió su cabeza en el hueco del cuello de Marta cuando sintió como sus dedos la empujaban hasta la cúspide de su orgasmo. Las piernas de Celia se tensaron y su pecho tembló por la falta de oxígeno en sus pulmones, abrió los ojos y sonrió satisfecha de placer. Las piernas de Marta temblaron levemente por el cansancio y la incomodidad, pero era capaz de reconocer la electricidad placentera que recorría su cuerpo, que desde hacía unos segundos no respondía a sus órdenes. Era una sensación que conocía perfectamente.

Marta entró por la puerta de la comisaría con una sonrisa pintada en su cara, la inesperada actividad sexual la noche anterior, resultó ser el remedio perfecto para aliviar toda la tensión que había acumulado en su cuerpo durante su jornada laboral. Y se sentía liberada de cierta forma. Caminó hasta su mesa ensimismada en sus pensamientos, cuando una voz llamó su atención.

—¡Inspectora! — Ferreira gritó desde su mesa — la nueva forense dice que tiene algo nuevo.

—¿Te ha dicho el qué? — respondió Marta sin perder su sonrisa.

—No, solo ha dicho que ha podido averiguar algo… he imaginado que querrías ir tú.

—De acuerdo… — Marta giró sobre sus talones — me voy de excursión al inframundo.

El talante de felicidad que lucía Marta, parecía imposible de destruir. Sentía una mezcla de paz y nervios difícil de gestionar. Caminó con calma por los pasillos y, de pronto, recordó la sonrisa de Berta y sonrió, durante sus vacaciones, esa chica resultó ser un bálsamo y, a pesar de la relación que mantenían ahora, no podía olvidar todo lo que pasó en aquel hotel y negar todo lo que le hizo sentir.

—Me han dicho que tienes algo para mí — dijo Marta mientras entraba sin permiso en el laboratorio forense.

—¡¡Dios!! — exclamó Berta, se encontraba de espaldas y dio un respingo al escuchar de repente a Marta — ¿no sabes llamar a la puerta?

—Deberías agradecer que los vivos vengamos a verte… — Marta se acercó hasta la mesa donde continuaba el cadáver de la chica de la ladera — entre tanto muerto… no tendrás muchos temas de conversación.

—Muy graciosa — Berta hizo una mueca infantil en respuesta.

—¿Qué es ese olor tan dulce? — preguntó Marta mientras esperaba junto a la mesa de autopsias — me recuerda a la miel…

—Ese olor es una especie de melaza que se crea en la superficie de los cuerpos en las primeras setenta y dos horas… una vez que empiezan a descomponerse — respondió Berta sin levantar la vista en lo que estaba haciendo.

Marta hizo un gesto de asco.

—¿Y qué has encontrado? — Marta se separó de la mesa y se acercó a Berta para averiguar qué era lo que tenía tan concentrada.

—Eso… — Berta levantó la vista y miró fijamente a Marta — la hora de su muerte… — desvió su mirada y miró el rostro de la víctima — hace aproximadamente setenta y dos horas que la asesinaron.

—¿Y la causa de su muerte?

—Pues eso es lo extraño… — Berta caminaba de un lado a otro sin mirar a Marta — la causa es por la herida punzante en el pecho.

—¿Alguna idea del arma?

—No… — Berta caminó de nuevo — todavía no.

—¿Y no has encontrado nada más? — preguntó Marta, desesperada por las pocas pruebas que aportaba el cadáver.

—Hay una cosa que me ha llamado la atención… — Berta buscó un papel en su mesa y se lo entregó a Marta — la analítica de sangre, ha revelado un alto nivel de endorfinas en el momento de su muerte…

—¿Puede ser por la tensión en el momento de ser atacada? — preguntó mientras le devolvía el documento a Berta.

—He tenido otros casos de muerte por objetos punzantes y los niveles altos se daban en adrenalina… pero… ¿Endorfinas? — Berta se apoyó sobre la mesa y miró a la mujer que yacía

sin vida — es la hormona de la felicidad… ¿Quién es feliz mientras le asesinan?

—¿Y eso es relevante?

—Todo es relevante — Berta se dio media vuelta y miró fijamente a Marta — en la herida del pecho he encontrado algo extraño…

—¿Algún tipo de cuchillo casero?

—No, el arma debe tener forma cilíndrica… con una punta afilada… entró con cierta facilidad atravesando el espacio entre las costillas y llegó al corazón, pero no hay restos de ningún metal o incluso madera o plástico… sin embargo, he visto unas laceraciones como si el arma estuviese caliente, porque hay lesiones muy similares a las quemaduras…

—¿Qué puede ser tener esa forma y que además deje quemaduras?

—Ni idea, pero es extraño que, con esos niveles de endorfinas, le haya resultado tan fácil apuñalarla en el pecho… — Berta ladeó la cabeza mientras miraba fijamente la herida — tuvo que estar muy cerca para provocar una herida así… y, sin embargo, no existen marcas defensivas.

—¿Debo imaginar que mientras la asesinaban estaba sonriendo? — musitó Marta con un tono cargado de ironía.

—Puedes imaginar lo que quieras… — Berta dio media vuelta y miró fijamente a Marta — yo solo te cuento lo que el cadáver me cuenta.

—Supongo que deberíamos hablar… — dijo Marta cargada de resignación.

—Y dime, ¿en esa conversación, prefieres que te llame Marta o Laura? — respondió Berta con un tono más que molesto.

—Ya… eso… yo…

—Pues, mira como son las cosas… al final resultó que la cría eras tú… — Berta se dio media vuelta y continuó con lo que estaba haciendo cuando Marta entró — ahora te agradecería que te fueses… tengo mucho trabajo.

Marta gimió de rabia, la prepotencia que mostraba Berta hacía ella, la exasperaba. Giró sobre sus talones y se fue de allí murmurando varios improperios, el buen humor con el que había amanecido esa misma mañana, se había esfumado automáticamente después de un encontronazo así con Berta.

Entró como alma que se la lleva el diablo, bufó dos veces al cruzar la puerta y permitir que se cerrase tras ella. Se quitó las gafas de sol y se sentó en uno de los taburetes altos junto a la barra. Soltó todo el aire contenido en sus pulmones con una sola exhalación enérgica y escondió la cabeza entre sus manos, intentaba controlar sin mucho éxito su respiración. Cuando pensó que iba a colapsar, un café recién hecho en taza grande, como a ella le gustaba, apareció frente a ella.

—¿Tan mal llevas este caso?

—¿Mal?... — Marta se pasó los dedos por el pelo recogiendo las greñas que se le habían despeinado — ¿adivina quién es la nueva forense de mi comisaria? — Marta miró fijamente a su amiga Andrea, que permanecía al otro lado de la barra.

—Déjame pensar… — Andrea se rascaba la barbilla mientras fingía pensar en algo transcendental, le resultaba graciosa la preocupación de su amiga — una señora de avanzada edad, que su mejor amigo viene en una botella de cristal y no finge estar borracha mientras abre

los cadáveres.

—Peor… — Marta se recogió el pelo en una coleta alta, su voz sonaba casi de forma desesperada.

—¿Peor?... ¡Joder! ¿Se lo hace con los muertos? — Andrea recibió una sonrisa sarcástica por sus ocurrencias.

—La joven del hotel… — Marta la miró a los ojos — Berta.

Andrea perdió su sonrisa de forma súbita, la miró fijamente, procurando adivinar cada gesto de Marta mientras analizaba cada palabra de su amiga.

—¿De verdad? — Andrea preguntó incrédula — ¡¡eso es fantástico!! — rompió a reír a carcajadas.

—Primero… — Marta la señaló con el dedo y el rostro serio — no tiene gracia — movió su dedo de forma acusadora — y segundo, ¿cómo que fantástico? ¡¡¿Qué coño dices, Andrea?!!

—A ver si lo he entendido… — Andrea se apoyó en la barra y se acercó a su amiga para que nadie más pudiese oírlas — me estás diciendo que la joven, con quien has mantenido un maratón sexual durante tus vacaciones, está aquí… y la vas a ver todos los días… ¡Eso es genial!

—¡¡Es la forense de mi comisaria!!… — Marta volvió a esconder la cabeza entre sus manos, suspirando casi desesperada.

—Marta… — susurró Andrea y le cogió las manos entre las suyas, obligándola a salir de su escondite — no te estoy diciendo que tengas sexo en la mesa de autopsias… — sonrió con picardía — te digo que la vida te ha presentado la oportunidad de recuperar todos esos años sin sexo… y ahora por partida doble… ¡Eres una suertuda!

—Definitivamente, estás loca — Marta cogió con firmeza las manos de su amiga — además quiero volver a ver a Celia, ¿te acuerdas de ella?

—Esa chica no ha conseguido volverte loca en la cama — Andrea no perdía su sonrisa.

—Porque todavía nos estamos conociendo… — Marta bebió un sorbo de su café — además… Berta es muy joven…

—Pues eso no te frenó en el hotel… — Andrea rompió a reír en carcajadas al ver la cara de agobio de su amiga.

—Eso fue culpa tuya — Marta la señaló con el dedo amenazante.

—Claro, échame a mí la culpa, así tu conciencia duerme tranquila — Andrea continuaba sonriendo sin creerse ni una palabra de su amiga.

—¡¡Señor!! ¿Qué voy a hacer?… — enterró la cabeza bajo sus brazos una vez más.

—¡Vivir, Marta! — Andrea salió de la barra y se colocó detrás de su amiga para abrazarla por la espalda — te lo mereces más que nadie…

Se fundieron en un abrazo tan sincero, que Marta se permitió el lujo de ser débil y una lágrima rodó por su mejilla. Se conocían desde hacía tantos años que era difícil recordar algún momento en sus vidas, una sin la otra. Eran más que amigas, eran familia. Los brazos de Andrea siempre fueron su refugio y continuaban siéndolo.

ME HA BESADO

Marta entró en la comisaria como cada mañana, caminó por los pasillos que conocía a la perfección, pero antes de girar a la derecha para llegar hasta su mesa, dio un giro a la izquierda en el último momento y se quedó frente al mural donde tenía colgadas las fotos del caso sobre el asesinato de la chica de la ladera. Su decepción no tardó en llegar al descubrir que no existía ningún avance. Desde su posición, vio como Berta caminaba con una carpeta en las manos y se dirigía hacia su mesa, Marta dio un paso a la derecha y se ocultó tras el panel. Era demasiado temprano para enfrentarse a ella. Berta caminaba con una sonrisa en sus labios, caminó hasta llegar a la mesa de Marta, pero al no encontrarla se detuvo a hablar con Ferreira. Marta se quedó sorprendida al descubrir lo dulce que podía llegar a ser Berta, la timidez y modestia que mostraba cuando hablaba con cualquiera de la comisaria, no descubría ni un ápice de esa joven salvaje y atrevida que mostró ser en el hotel. No fue capaz de reaccionar hasta que Ferreira llamó su atención con insistencia, su nerviosismo se apoderó de ella cuando volvió a reencontrarse con la profundidad de aquellos ojos, su cuerpo tembló levemente, era el primer aviso de que la tensión acumulada estaba a punto de estallar.

—Hola inspectora — Ferreira se acercó a ella y le entregó la carpeta — la doctora Garín ha encontrado algo.

Marta ignoró la carpeta y miró fijamente a Berta, esperando que fuese ella quien le diese una explicación sobre los nuevos hallazgos.

—He encontrado pequeños trazos de cobre en la herida del pecho… — Berta abrió la carpeta que sujetaba Marta entre sus manos — también había pequeñas cantidades de zinc, selenio, magnesio, hierro y cromo.

—¿Eso qué significa? — preguntó Marta sin dejar de mirar a Berta.

—No lo sé… — Berta se encogió de hombros sin bajar la mirada — simplemente, le informo de las pruebas halladas en el cadáver, inspectora Alcalá.

Berta giró sobre sus talones y se marchó de allí por el mismo camino por el que la condujo hasta su objetivo. Marta la miró sorprendida al oír como la trataba de usted y, tras observarla unos segundos, le dio la carpeta a Ferreira y corrió tras Berta.

—Berta… — Marta consiguió alcanzarla en el pasillo que conducía al laboratorio forense — deberíamos hablar de…

—¿Del caso? — Berta la interrumpió con un tono serio, había sido un cambio tan radical en su comportamiento, que parecía una chica totalmente diferente — porque si no es del caso o algo referente al trabajo, usted y yo, no tenemos nada de que hablar — fue tajante y sin titubeos.

—Supongo que me lo merezco… — Marta se encogió de hombros y se dio media vuelta y comenzó a caminar, necesitaba alejarse de allí — gracias por la información — esta vez fue ella quien usó un tono neutro para dirigirse a Berta.

Primera prueba superada, algo incómoda, pero salió indemne del primer intento para solucionar su relación con Berta. Solo quedaban ciento setenta y nueve días hasta volver a tener vacaciones y alejarse de ella durante unos días.

Al día siguiente, repitió la misma rutina, Marta se sentía cómoda en su zona de confort con las rutinas, le ayudaban a ser organizada y defenderse cuando el tiempo corría en su contra. Así que, siempre que se sentía sobrepasada por algo, intentaba seguir una rutina que le permitiese moverse con confianza en su día a día.

—Buenos días, guapa.

—Buenos días — respondió Marta al sentarse en la mesa de la terraza.

—¿Quieres un café como siempre? — Celia se inclinó hacia ella de una manera muy sugerente.

—Ahora mismo lo que quiero… es quitarte la ropa… — Marta sonrió con picardía, siempre le gustaron esos juegos llenos de provocaciones y que luego no llegaban a nada— pero voy a respetar tu horario de trabajo, así que, me conformaré con ese café.

—Mmm… nunca pensé que desearía tanto que me echasen del trabajo… — Celia dejó un beso rápido en sus labios y sonriendo se alejó de ella.

Marta la siguió con la mirada hasta que la perdió en el interior de la cafetería. De pronto, su mirada se desvió, inconscientemente, hasta toparse con una figura que conocía a la perfección. Berta estaba plantada a tan solo unos metros de ella, hablaba con un chico, se le veía sonriente, risueña, el chico se mostraba atento a cada palabra que ella pronunciaba. Marta los observó durante unos minutos, cada vez que la veía sonreír, sentía una necesidad imperiosa de aclarar la situación con la joven forense. En el fondo de su ser, se sentía como una mierda por haberle mentido al no decirle su verdadero nombre, debía enmendar la confusión que generó aquella mentira, no tan inocente como ella pretendía. Observaba, atentamente, cada gesto de Berta, lucía una mirada dulce, su sonrisa era encantadora y su tono de voz era relajado. Marta sonrió pícara al reconocer que esa imagen dulce nada tenía que ver con la Berta fogosa y salvaje que conoció en el hotel. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que casi no se dio cuenta de que Celia le dejó el café sobre la mesa.

—¿Nos vemos hoy? — preguntó Celia de forma sugerente.

—¿Cómo? — Marta desvió su atención a la mujer que tenía delante — claro, sí, sí… llámame cuando salgas del trabajo…

—Ya quiero que sean las nueve… — Celia se mordió el labio inferior y se fue contoneando las caderas de una forma demasiado sugerente, mientras Marta la seguía con la mirada.

—Buenos días, inspectora — la voz de Berta interrumpió sus pensamientos subidos de tono que invadieron su mente, sin embargo, su tono frío y distante la golpeó como un témpano de hielo.

—Bu-buenos di-di-días — a Marta le tembló la voz de forma cómica.

Cuando sus miradas se cruzaron, toda la determinación con la que se había levantado Marta esa mañana, se esfumó.

—¿Podríamos hablar? Por favor… — dijo Marta un poco más serena cuando consiguió recuperarse de la sorpresa.

Berta la miró fijamente durante unos segundos en completo y escalofriante silencio, Marta continuaba sentada, su corazón se saltó varios latidos, sus manos comenzaron a sudar y su respiración desapareció de manera repentina, y de pronto, soltó todo el aire que había contenido en sus pulmones sin ser consciente. Una leve y disimulada sonrisa, asomó entre los labios de Berta, que se fue transformando en una soberbia sonrisa, ignorando por completo a la petición de

Marta y se fue de allí sin mediar palabra junto al joven con el que hablaba minutos antes. Marta bufó y le dedicó una mirada cargada de rabia, sus miradas volvieron a cruzarse antes de que Berta continuase alejándose de allí en dirección a la comisaria.

Aquel desencuentro con Berta le dejó el ánimo perturbado, Marta se despidió lo mejor que pudo de Celia después de tomarse su café y se fue caminando visiblemente malhumorada. Llegó hasta la misma puerta de la comisaría, pero no le apetecía volver a encontrarse con Berta, así que esquivó la entrada de la comisaria y caminó unas cuantas calles más. Su destino fue involuntario, su subconsciente era quien dirigía cada paso y sus pies la condujeron hasta la cafetería de Andrea, que se encontraba en un barrio distinto al de su comisaria.

—Veo que hoy no ha sido mejor que ayer… — dijo Andrea cuando la vio sentarse en la barra.

—Es una niñata — dijo Marta escupiendo rabia en cada sílaba.

—Vamos amiga… — Andrea rompió a reír — ¿una jovencita te está vacilando?

—Me ha ignorado y se ha reído — su tono destilaba indignación — pero… ¡¡¿qué se cree?!! — gesticuló con las manos.

—Por lo que me has contado… — Andrea dejó un café delante de ella — que has jugado con ella y que solo fue una aventura para ti.

—¡¡Pero si no me permite explicárselo!! — Marta braceaba exasperada.

—Le mentiste al decirle que te llamabas Laura — Andrea la miraba con los ojos llenos de cariño a pesar de sus palabras.

—¿Tú de qué lado estás?... Menuda amiga… — Marta la miró desconcertada, quizá su amiga tenía razón, pero ¿qué podía hacer? Ella había intentado en varias ocasiones explicarle cuáles fueron sus motivos, pero el orgullo que desprendía la actitud de Berta, solo provocaba frustración en su interior.

Andrea sonrió ante el tono irónico que describía cada una de aquellas palabras. De todas formas, si Berta no quería una explicación de lo sucedido, Marta no iba a insistir más, ahora mismo tenía otros frentes abiertos más complicados y que resultaban algo más transcendentales en su vida. Estaba empezando a salir, a conocer chicas, a divertirse, a vivir un poco su libertad, así que no iba a permitir que el carácter engreído de Berta, le afectase lo más mínimo. Además, debía centrarse en el caso de la mujer asesinada en la ladera. Así que, con todo lo que tenía por resolver, explicarle a Berta porque había hecho lo que había hecho, era el menor de sus problemas. Sin embargo, era lo único que ocupaba su mente.

El reloj marcaba casi las once y media de la mañana, llegó a la comisaría con su mente bombardeando escenas sobre lo sucedido, esa misma mañana, con Berta. A pesar de todos sus esfuerzos, ella continuaba invadiendo sus pensamientos. Decidió que la mejor opción que barajaba era centrarse en su trabajo, en el caso que todavía tenía por resolver, así que, fue directa a la mesa de su compañero Ferreira, necesitaba alguna buena noticia. Y después de que le informase de que no había ningún avance, confirmaron que continuaban en el mismo punto del caso. Estaban perdidos y muy lejos de resolver el asesinato. Marta se sentía frustrada, nunca se había encontrado en la tesitura de no tener por donde seguir, alguna pista por donde continuar

investigando. Estaba acostumbrada a que siempre había una pequeña pista que les conducían a otra más grande y así hasta que conseguían resolver el crimen, pero estaban completamente estancados.

Marta continuaba sentada en su mesa, pasó varias horas completamente concentrada en volver a repasar los informes y las fotos sobre el caso, con la esperanza de encontrar algo, por mínimo que fuese. Estaba tan concentrada que ignoró todo lo que sucedía a su alrededor.

—Cariño…

Marta se sobresaltó al escuchar la voz de Celia tan cerca de su oído que notó el calor de su aliento.

—No me llames así…. — susurró mirándola sorprendida al verla allí.

—Lo siento…

—¿Qué haces aquí? — preguntó Marta.

—¿Cómo que qué hago aquí? — Celia se cruzó de brazos — llevo todo el día esperando a que vengas a tomar tu café y verte…

—Ya… bueno… — la mirada de Marta se perdió — ha sido un día complicado…

—¿Está todo bien? — Celia le acarició el brazo y ella reaccionó apartándose ante su contacto.

—Sí, bueno… nada, todo está bien…

—Dime ¿qué pasa?... — Celia se acercó peligrosamente acorralándola entre su cuerpo y su mesa — sabes que puedes contar conmigo, Marta.

—Es reconfortante saber qué hay a quienes sí le dices tu verdadero nombre — la voz de Berta las sorprendió.

Celia se alejó de Marta lentamente, visiblemente molesta por la interrupción, mientras que Marta desvió su atención hacia donde provenía la voz y confirmó que era la misma Berta quien las estaba observando con una mirada inquisidora.

—¿Perdona? — musitó Celia con bastante desdén.

—Te perdono, tranquila — respondió Berta y luego dio dos pasos para fijar su mirada con la de Marta — ¿podemos hablar? — ladeó la cabeza al descubrir el gesto de sorpresa por parte de Marta — es sobre el caso.

Tras sus palabras, Berta miró a Celia de arriba abajo y ni tan siquiera se molestó en disimular su animadversión hacia la mujer allí presente. Marta observó cada gesto de desprecio por parte de Berta hacia Celia.

—Tendrá que esperar… — Marta recogió sus cosas y se plantó junto a Celia con toda la intención de molestar más a Berta — mi turno ha terminado… mañana me cuentas lo que sea.

—Que poca profesionalidad por tu parte… — musitó Berta con una falsa sonrisa.

Marta la miró fijamente y pudo distinguir un diminuto brillo de ira en su mirada. Había sido un día demasiado intenso para lidiar con eso después de todo.

—No tengo fuerzas para esto… — resopló profundo y negó dos veces con la cabeza.

Marta guio a Celia hacia la salida y cuando pasaron junto a Berta, Celia tuvo el detalle de guiñarle un ojo mostrando su superioridad en ese momento.

—Es importante — Berta insistió con la mandíbula apretada, su intención era retener a Marta.

—Mañana seguirá siendo igual de importante… — Marta continuó caminando con Celia a su lado hacia la salida — ahora mismo tengo cosas más importantes que hacer — ni tan siquiera se giró para hablar.

Berta giró sobre sus talones y caminó cabizbaja, no quiso desviar la mirada de sus pies, si movía sus ojos de ahí, corría el riesgo de cruzar su mirada con la de Marta y perder la cordura. Se fue por el mismo camino por donde había llegado a la mesa de Marta. Por esta vez, fue a ella

a quien le tocó masticar su propia rabia. Cuando había recorrido varios metros, no resistió la tentación y volvió la vista atrás, siendo testigo de una escena que le molestó más de lo que era capaz de reconocer. Vio a Celia acercarse a Marta y dejar un beso en su mejilla, para luego volver su mirada disimuladamente hacia ella mientras una leve sonrisa hizo amago entre sus labios. Una provocación que causó el efecto deseado. Su sangre, realmente hervía por eso y se negaba a aceptarlo, algo en el interior de Berta estalló dejándola completamente confundida. Se abrazó con fuerza a la carpeta que llevaba entre sus manos, la misma que pretendía entregarle a Marta con las novedades sobre el caso y decidió irse a casa. Había tenido suficiente por hoy. Comenzaba a mortificarse por ser tan inocente y permitir que, un maratón de buen sexo veraniego, llegase a afectarle de esa manera. Su mente comenzó a proyectar recuerdos de esos días de vacaciones, las imágenes de Marta se iban colando en su mente de forma casi impuesta, sin poder evitarlo.

Marta estuvo toda la noche estudiando algunas de las fotos recogidas en la escena del crimen, la tensión vivida un par de horas antes en la comisaria con Berta y Celia, la había despejado lo suficiente para no sentir ni una pizca de cansancio. A la salida de comisaria, Celia había insistido en irse a tomar algo juntas, pero Marta rechazó la oferta fingiendo estar cansada. Ante ese rechazo, Celia se mostró enfadada, tanto que a Marta le resultó difícil calmar su pequeño ataque de ira y dejó que se marchase completamente ida y fuera de sí. No era costumbre para Marta tener enfrentamientos de ese tipo, pero su realidad era que no podía quitarse a Berta de la cabeza y ahora comenzaba a sentir culpa por haberla dejado plantada y posiblemente con información interesante.

—¿Sí? — Marta respondió a su teléfono sin mirar quién llamaba a esas horas — Ferreira son las cuatro de la mañana…

—Lo sé inspectora… — Ferreira continuaba caminando alrededor de toda la escena — pero imaginé que querría ver esto…

—¿Qué pasa? — Marta salió de la cama y comenzó a vestirse de forma desordenada.

—Han encontrado el cadáver de una mujer en el parque.

—¿Una prostituta? — preguntó Marta mientras se ponía las zapatillas de deporte.

—Por la pinta… yo diría que no… — Ferreira observó a la mujer tendida en el suelo a sus pies — inspectora… — su tono de voz consiguió captar toda la atención de Marta — tiene la misma herida punzante en el pecho…

—¿Cómo la mujer de la ladera?

—Sí.

—Voy enseguida.

Marta cogió las llaves del coche y salió corriendo de su casa. La aparición de un cadáver en las mismas condiciones que la mujer que encontraron hacía unos días, era una mala noticia. Malísima en realidad. No habían sido capaces de averiguar nada sobre la mujer asesinada, ni tan siquiera el arma homicida, y ahora tenían dos casos similares. Marta llamó de camino a Ferreira, necesitaba asegurarse de que nadie contaminase la escena del crimen. Marta aparcó en la entrada del parque, agradeció que fuese de madrugada, así podían trabajar sin público. Muchas veces, la curiosidad de la gente solo complicaba más poder averiguar qué era lo que había sucedido.

—Buenos días, inspectora.

—Buenos días, Ferreira… — dijo Marta cuando llegó junto a su compañero — ¿quién la ha encontrado?

—Ese señor… — Ferreira señaló a un hombre a unos metros de ellos — salió a pasear el perro y vio los pies del cadáver, llamó a la policía y esperó hasta que llegaron los compañeros… ni tan siquiera se ha acercado.

—¿Y estamos seguros de que no tiene nada que ver?

—Va con zapatillas de estar por casa… — dijo Ferreira con tono irónico — la mujer ha confirmado que ha estado durmiendo en casa hasta que el perro se ha puesto nervioso… y por la rigidez del cadáver, lleva muerta cerca de tres horas.

Marta observó la precisión de la herida punzante en el pecho, exactamente en el mismo lugar que lo tenía la otra mujer. Mismas características, mujer morena de mediana edad, atractiva y de clase media alta, vestida con ropa de marca. Marta volvía a preguntarse si era pasional, pero para eso debería averiguar que tenían en común esas mujeres.

—¿Ahora eres forense? — preguntó Marta mientras se agachaba para ver más de cerca a la mujer asesinada.

—No… — Ferreira comenzó a reír — la nueva forense se ha ido diez minutos antes de que usted llegase.

—¡Vaya profesionalidad! No ha esperado ni a que llegase la inspectora responsable del caso.

—Vino, hizo algunas fotos, nos dio indicaciones y me dijo que si quieres algo de ella, estará en el laboratorio forense.

—Qué simpática…. — Marta se levantó y se quitó los guantes de látex — voy a hacer un recorrido por todo el parque en busca de algo que nos dé alguna pista… te quedas al mando, nos vemos en la comisaría.

—De acuerdo, inspectora.

Marta caminó por diferentes rutas entre los árboles en busca de algo que le llamase la atención. Caminó varios metros, pero nada estaba fuera de su lugar. La tierra alrededor del cadáver, estaba lleno de huellas, pero era un parque, así que no podían contar con esa prueba.

Contó los pasos que existían desde donde estaba el cadáver, hasta la entrada del parking, nada tenía sentido. No había huellas de coche dentro del parque, no había signos de que hubiesen arrastrado el cadáver, era como si la mujer hubiese caminado hasta su muerte. Volvía a encontrarse en el mismo punto que con el caso de la mujer de la ladera. Casi desesperada, subió a su coche y condujo hasta la comisaría, no habían sido capaces de descubrir nada sobre el caso anterior y ahora tenían dos casos iguales.

Caminaba por los pasillos de la comisaría, completamente distraída en sus pensamientos y, de pronto, su cuerpo chocó contra alguien con la fuerza suficiente para hacerle perder el equilibrio. Marta estiró los brazos por inercia para sujetar a la otra persona y evitar que se diese de bruces contra el suelo.

—Lo siento… ¿Berta? — Marta susurró su nombre y se quedó fija en su mirada.

—No lo sientas… — Berta sonreía sin apartar sus ojos del verde esmeralda de Marta — si no es por tus reflejos felinos, me hubiese caído.

Sus alientos se mezclaron por la cercanía. El pecho de Marta subía y bajaba, sin poder frenar el impulso interior que aceleraba su corazón, minimizó la distancia entre sus rostros lentamente y se lanzó a su boca decidida. Se sorprendió por el recibimiento de Berta, que deslizó una de sus manos hasta llegar a su nuca y después de una dulce caricia, hizo presión para profundizar el beso. Tras unos segundos sumergidas simplemente en el roce de sus labios, se separaron por la falta de aire, Berta juntó sus frentes y sonrió, Marta la imitó al descubrir el brillo en su mirada.

—No vuelva hacerlo, inspectora Alcalá — musitó Berta todavía con su frente apoyada en la de Marta.

Volvió a eliminar la distancia entre ellas y la besó con vehemencia, esta vez fue Marta la sorprendida. Berta la estaba besando de la misma manera que lo había hecho durante las vacaciones en el hotel. Un calor comenzó a invadir el cuerpo de Marta, su torrente sanguíneo repartía tanto calor que abrasaba a su paso, pero que cuando llegó donde convergen sus piernas, se hizo casi insoportable. Su respiración volvió a agitarse, su corazón se saltó algún latido y, de pronto, se detuvo bruscamente, a partir de ese segundo, todo sucedió a cámara lenta para Marta. Berta se separó del beso con el ceño fruncido y su mano impactó con la parte derecha de la cara de Marta, dejándola completamente sorprendida por esa bofetada inesperada.

—Le repito que no vuelva a hacer eso, inspectora — musitó Berta con los dientes apretados — le debería dar vergüenza — prácticamente escupió cada una de las palabras.

—Pero… — Marta intentó encontrarle una explicación a lo que acababa de suceder, pero Berta se fue de allí con paso firme, dejándola completamente desconcertada.

Marta sacudió la cabeza varias veces y se agachó para recoger los documentos que se le habían caído al intentar sujetar a Berta para que no se cayese al suelo. Caminó hasta llegar a su despacho y dejó las carpetas sobre la mesa, sintió como la seguridad en sí misma, de la que siempre se había sentido orgullosa, se esfumaba cada vez que coincidía con Berta. Volvió a sacudir su cabeza y se intentó centrar en toda la documentación sobre el caso que tenía frente a ella.

A media mañana, Marta comenzó a notar las consecuencias del madrugón que había tenido que hacer ese día. Necesitaba urgentemente un café, lo necesitaba casi más que el aire para respirar y con el miedo de encontrarse con Berta en la sala de descanso, decidió salir a caminar un poco para despejarse y llegar al único sitio donde preparaban el mejor café de la ciudad. Caminaba cabizbaja por las calles del barrio, la revolución en su cabeza no le permitía pensar en

nada más, por inercia sus pasos la condujeron hasta la cafetería de Andrea. Se quedó de pie bajo el umbral de la puerta, Andrea la miró fijamente y salió de la barra para recibirla con un gran abrazo.

—Marta… — susurró Andrea mientras continuaba entre sus brazos — ¿Qué pasa?

Marta desvió su mirada y se centró en los ojos avellana de su amiga, una lágrima rodó por su mejilla, e inmediatamente, sus ojos se inundaron de lágrimas. Andrea rodeó con su brazo la cintura de Marta y la atrajo contra su cuerpo.

—Ven, vamos a sentarnos.

Marta caminó junto a Andrea hasta llegar a una mesa al fondo de la cafetería. Era un rincón acogedor, separado del resto de mesas, ofreciéndoles la intimidad que necesitaban en ese momento. Marta se sentó y escondió su cabeza entre sus manos, Andrea la observaba en silencio dándole el tiempo necesario para encontrar la fuerza que necesitaba y contarle lo que fuese que le estaba sucediendo. Tras unos segundos en silencio, Marta sacó la cabeza de su escondite y se atrevió a confesar su quebradero de cabeza.

—Me ha besado… — musitó casi en un susurro.

Andrea la miró fijamente y una pequeña sonrisa asomó entre sus labios, la tensión que acumuló al ver a Marta, cuando entró en la cafetería, se fue disipando al oír que todo era por un beso.

—¿Tan mal besa la camarera? — dijo Andrea con ironía y acomodándose en la silla con una postura más relajada.

—Berta — dijo Marta al levantar la cabeza de su escondite.

Andrea se quedó muda de repente, podría esperar cualquier otro tipo de problema entre ellas, pero que Berta intentase volver a tener con Marta lo que tuvieron en el hotel, era un poco atrevido. Marta estaba empezando a conocer chicas, a salir y divertirse, además, trabajaban juntas y Andrea entendía su problema.

—¿Cómo que Berta?... ¡¿Qué?!

—Lo que oyes… — Marta se pasó los dedos peinándose el pelo hacia atrás.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿¡Por qué!? — Andrea todavía no podía entender las intenciones de Berta.

—Hoy, en la comisaría… no tengo ni idea…

—¿Y Celia? — susurró Andrea completamente confundida.

—Celia… — soltó el aire que contenían sus pulmones en un solo suspiro — solo han sido un par de encuentros, no siento que quiera nada más serio con ella… — Marta miró a Andrea con los ojos anegados en lágrimas — pero es que Berta…

—¿Qué pasa con ella?

—Luego me ha dado una bofetada…

—¿Y tú qué has hecho?

—Hubiese hecho mucho más — Andrea rio con fuerza ante la confesión de Marta — ¿no sé qué me pasa con ella? — Marta volvió a esconder la cabeza en su escondite favorito.

—Todo esto no tiene ningún sentido… — Andrea estiró la mano por encima de la mesa y sujetó la de Marta — no lo entiendo…

—Pues imagínate yo…

—¿Cómo estás?

—Hecha un lío…

—¡¡Sal!! Haz algo divertido… olvídate de lo que ha pasado.

—Como si fuese tan fácil…

—¡¡Vamos!! — Andrea tiró de ella hasta conseguir que se levantara de su silla — tengo una idea.

—Tienes que estar de broma — dijo Marta plantada, mirando fijamente el cartel luminoso frente a ellas.

—Vamos, Marta… — Andrea se colocó frente a ella — no seas tan arrogante, todas estas chicas vienen a divertirse… y eso es lo que vamos a hacer….

—¿A un local de ambiente?

—Hazte la digna ahora, estoy segura de que has estado en lugares peores…

—Yo esperaba ir a un lugar… — Marta sonrió — diferente… pero esto es un antro…

—¿Entonces no quieres entrar? — Andrea se cruzó de brazos — ¡¡vamos!!

—Soy una mujer respetable… ¿Qué dirán mis colegas si me ven entrar en un sitio como este?

—Qué detrás de esa fachada de mujer amargada… — Andrea rompió a reír al ver la cara de Marta — existe una mujer con necesidades fisiológicas que debe de saciar con alguna de las mujeres que cohabitan en este lugar.

Andrea arrastró a Marta hasta la puerta, ella hizo un poco de resistencia, pero el empujón final, la obligó a entrar en el local. Una vez dentro se llevó una sorpresa, la decoración del lugar estaba hecha con gusto, la iluminación era adecuada y los cocteles exquisitos. Marta no quiso reconocerlo, pero la primera impresión, fue agradable. Llegaron a la barra y tras pedir un par de bebidas, una joven morena se acercó a Marta.

—Hola guapa.

—Hola… — respondió Marta.

El alcohol que ya corría por su sangre, desinhibía su lengua, así que no dejaba de sonreír al recibir tanta atención de la joven. Después de un par de horas de conversación más interesante de lo que Marta esperaba, se atrevió a bailar con aquella joven, estaba tan ensimismada en su sonrisa, que casi no le prestó atención a Andrea cuando le informó de que se marchaba. La joven era una chica atrevida y sin ningún tipo de pudor. Cada vez se acercaba más y cuando sus alientos se mezclaron, la joven sujetó a Marta con firmeza por la cintura, se acercó a su oído y comenzó a susurrar una canción. La joven, contoneaba las caderas de una forma casi hipnótica, al ritmo de la música, con una sensualidad que a Marta le resultaba imposible dejar de observarla sin perder detalle de cada movimiento. Era sencillamente cautivadora. Marta no supo cuánto tiempo pasó, pero la pista de baile se había llenado de más gente a su alrededor. La joven continuaba cantándole al oído, mientras Marta seguía fascinada por su imagen llena de provocación. Su voz sonaba calmada, pero sus ojos eran tormenta y fuego. Parecía una mujer sencilla, pero sería capaz de volver loco a cualquiera con tantas insinuaciones. Marta la besó en los labios de forma casi arrebatadora y arrastró la lengua contra la suya, dominando el beso, controlando cada movimiento y superando el miedo escénico. Se separaron por falta de aire, pero la joven se acercó a su oído para terminar la sentencia que había comenzado con el roce de sus lenguas. Con un murmullo cargado de deseo y necesidad, que lentamente comenzó a descontrolarse, les urgía salir de allí para refugiarse en privacidad. Marta centraba toda la atención en sus labios, descubriendo que solo ahí encontraba el auxilio que su deseo gritaba.

—Me encanta cuando el viento huele a lluvia — dijo la joven cerrando los ojos y disfrutando de la leve brisa que golpeaba su cara.

—Pues a mí me encantas tú — respondió Marta con una sonrisa enorme entre sus labios.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque me gustan las personas apasionadas y curiosas… y, por lo visto, tú eres todo eso y mucho más.

—Si me sigues diciendo cosas así… — la joven volvió a besarla con vehemencia — siento como tiembla el suelo bajo mis pies…

—Es por la arena que hay en todo el camino — rio Marta.

—Idiota… — la joven fingió estar ofendida y continuó — eres un huracán que arrasa con todo, siento vértigo cuando me besas… — Marta la miró fijamente — no quiero ni pensar como follarás…

—Tranquila… no tengas miedo… — Marta le abrió la puerta de un pequeño hotelito que encontraron en su camino — no te voy a dejar sin descubrirlo…

—Miedo es lo último que siento, créeme — respondió la joven con una mirada ardiendo en picardía mientras entraba en la recepción del hotel.

Marta se despertó algo desconcertada, los colores, la decoración o simplemente la orientación de la habitación, le recordaban que no estaba en su casa. Intentó abrir los ojos con varios movimientos fallidos, un dolor de cabeza aterrador, la invadió como nunca y volvió a cerrar los ojos.

—¡¡Mierda!! — se sujetó la cabeza con ambas manos — voy a morir…

—Se llama resaca… — musitó entre risas la joven tumbada a su lado.

Marta casi se cae de la cama al escuchar la voz de una mujer a primera hora de la mañana.

—Toma — dijo la joven, Marta entrecerró los ojos y observó detenidamente cada uno de sus movimientos — tranquila, es un analgésico y agua… no voy a drogarte.

—No quiero sonar grosera… pero ¿qué hago aquí?

—¿No recuerdas nada? — la joven comenzó a reír ante la negación de Marta — me propusiste

un desayuno que nunca olvidaría… pero no estoy muy convencida de que eso vaya a suceder hoy…

—¿Qué pasó anoche? — Marta se sujetaba la cabeza con las dos manos, el dolor la estaba matando.

—Estuvimos bailando y bebiendo… — la joven se acercó, pero Marta se apartó.

—Pero… ¡¡es martes!!

—Sí, lo sé, pero me prometiste una noche inolvidable… — Marta abrió los ojos al máximo — pero creo que tú has sido la única que lo ha olvidado todo…

—¡¡Oh Dios mío!!... no me acuerdo de nada… — Marta miró fijamente a la joven que continuaba tumbada sobre la cama a su lado — ¿y tú por qué no tienes resaca? ¿Qué me has hecho?

—Te prometo que nada que no quisieses… imagino que no estás acostumbrada a beber — la joven rompió a carcajadas — deberías ducharte, te pondrá las pilas…

—¡Joder! Hoy tengo mucho trabajo… voy a morir…

Por un momento, se arrepintió de hacer caso a Andrea, salir un martes y beber hasta casi perder el conocimiento, pero cuando la joven se levantó de la cama completamente desnuda y sin ningún tipo de pudor, un sentimiento de orgullo invadió su pecho. Todas aquellas curvas, casi perfectas, compensaron su dolor de cabeza. Una pequeña sonrisa comenzaba a asomarse entre sus labios.

—Inspectora Alcalá — Berta llamó su atención desde la puerta de su despacho.

—¿Sí? — Marta desvió su mirada rápidamente hacia la joven forense que mantenía la sonrisa desde primera hora de la mañana.

—¿Tiene un minuto? — Berta le hizo un gesto con la mano invitándola a acompañarla a su despacho — hay algo que quiero comentar con usted.

—Claro — Marta se levantó y aligeró sus pasos siguiendo a Berta.

—Quería hacerte una pregunta sobre la posible arma… — Berta detuvo su discurso al ver la cara de Marta — ¿Qué sucede?

—Pensaba que íbamos a hablar de… de lo que sucedió el otro día… — Marta dio un paso más acercándose a Berta — de nosotras.

—Inspectora Alcalá, entre usted y yo, no existe un “nosotras”.

—¿En serio? — el tono de Marta se endureció y dio dos pasos acercándose peligrosamente hacia Berta — ¿de verdad? — desde la cercanía, Marta pudo notar el leve temblor que sacudió todo el cuerpo de Berta.

—Inspectora… — Berta retrocedió un paso hacia atrás y el leve sonrojo en sus mejillas delataba su estado de nervios — le pido por favor que respete mi trabajo.

Una sonrisa llena de picardía, apareció en los labios de Marta, le dedicó su mirada más engreída y desvió toda su atención hacia la carpeta que había sobre la mesa.

—¿Esto es lo que has averiguado? — Marta cogió la carpeta y salió de su despacho ignorando a Berta — le echaré un vistazo.

—Inspectora… — Berta intentó llamar su atención para detener a Marta, en el fondo no quería que se fuese tan rápido — no me ha dejado explicarle mi teoría sobre porque permitió al asesino acercarse tanto…

—Tranquila, ahora vendrá Ferreira… — Marta no se detuvo, continuó su camino mientras hablaba — estoy segura de que con él, te entenderás mejor.

Marta no imaginó nunca que los sentimientos que continuaba provocando Berta en ella, seguían perturbando su interior. Sonrió sin reconocer por qué, pero llegó a su despacho sin detener sus pasos, se sentó en su silla y su sonrisa se ensanchó. ¿Cómo podía pretender disimular que no le afectaba, cuando el brillo en su mirada la delataba? Aun sabiendo que debía mantener las apariencias, incluso con todas las contradicciones que anidaban en su interior, a Marta le resultaba imposible no extrañar la risa de Berta o los chistes malos que contaba para rellenar el silencio entre ellas. Extrañaba su boca hambrienta, sus manos suaves dibujando cada curva de su cuerpo, la calidez de su piel rozando la suya. Todas esas sensaciones la abrumaban con una intensidad que le resultaba difícil de controlar.

—Dime Ferreira — respondió sin levantar la vista de los documentos esparcidos sobre su mesa.

—Algo le pasa a la forense… — Ferreira echó la vista atrás, hacia el pasillo que conducía al laboratorio forense — está más borde de lo normal.

—Empiezo a pensar que es su estado natural… — dijo Marta mientras se levantaba para mirar los datos que le traía su compañero — ¿qué te ha dicho?

—Pues dice que tiene varias teorías sobre el arma homicida… y que cree saber cómo el asesino se acercó tanto a las víctimas… — Ferreira se sentó en la silla — pero que necesita comprobar un par de cosas antes…

—Total… tanta insistencia para no decir nada… — Marta se volvió a sentar en su silla sin dejar acabar a Ferreira — así no podemos avanzar…

—Tenemos su identidad… — dijo el chico interrumpiendo a Marta.

—¡¡Por fin!! Algo por dónde empezar… — Marta se levantó de golpe, cogió su chaqueta del respaldo de su silla y le quitó la carpeta de las manos a Ferreira — ¿cómo ha averiguado quién es?

—Por una radiografía de los dientes… — Ferreira caminaba junto a Marta siguiéndole el ritmo — tenemos todos sus datos.

—Pues vamos a ver que averiguamos de la mujer misteriosa.

Marta y Ferreira salieron con paso apresurado de la comisaría, la identificación de la víctima era la principal pista para averiguar qué había sucedido. Llegaron a un edificio de apartamentos de unos cuarenta años, el portero reconoció la foto y le contó lo poco que sabía de la mujer. Soltera, tenía dos gatos, trabajaba de repartidora de correos y era bastante tímida. El piso era

herencia de cuando murieron sus padres, así que tampoco había familiares directos a quienes preguntarles. Pero con sus datos, podían investigar sus cuentas o redes sociales, intentar encontrar algo que les diese una pista de porqué esa noche encontró su muerte en el parque. Por qué parecía un asesinato premeditado. Buscar a su asesino era su único objetivo e intentar averiguar si era el mismo asesino que mató a la mujer de la ladera.

—Ferreira, habla con informática… — Marta le entregó el ordenador que habían encontrado en casa de la víctima — que intenten entrar en sus redes sociales… a ver con quién hablaba, los sitios que frecuentaban… lo que sea.

—Enseguida.

Tres horas después, Ferreira apareció en su despacho con el ordenador de la víctima desbloqueado. Marta comenzó a buscar algo que le llamase la atención en los documentos guardados, pero todo parecía normal, nada destacable. Entraron en sus redes sociales, pero eran conversaciones normales, nada de ese día.

—Un momento… — Ferreira señaló la pantalla del ordenador — mira aquí, le dio a *"me gusta"* a la invitación de esta fiesta… — el chico se incorporó visiblemente incómodo.

—Ferreira, es una fiesta de lesbianas… — Marta sonrió al ver que su compañero se había sonrojado — también saben divertirse, ¿sabes?

—No yo, no…

—Vamos a ver que encontramos, conozco el sitio.

—¿Buscando a tu próxima víctima en una fiesta? — la voz de Berta sobresaltó a Marta, al estar tan concentrada en molestar a su compañero, no oyó entrar a Berta — inspectora Alcalá, no la hacía mujer que frecuentaba ese tipo de locales…

—No quiero ni pensar en el tipo de mujer que cree que soy… — respondió Marta, se giró y miró fijamente a Berta, su duelo de miradas era más que intenso — Ferreira… — llamó la atención de su compañero sin apartar su mirada de los ojos de Berta — vamos al local… a ver que podemos averiguar.

Marta se levantó de su silla, sonrió a Berta y después de coger su chaqueta, caminó hacia la salida sin mirar atrás. El comentario de Berta le había afectado más de lo que era capaz de reconocer, pero no iba a permitir que se le notase lo más mínimo.

Ferreira sujetó la puerta y permitió que Marta entrase primero, a pesar de la poca iluminación, conocía bien el local, así que caminó hasta la barra y la joven rubia, que guardaba bebida en las neveras, los recibió con una sonrisa.

—Hola… ¿Podemos hacerte unas preguntas? — preguntó Marta sonriente.

—Tú me puedes hacer todas las preguntas que quieras, guapa… — respondió la camarera apoyando los brazos sobre la barra.

—¿Reconoces a esta mujer? — Marta le enseñó una foto en la pantalla de su móvil.

—¿Es tu mujer o algo parecido? — la camarera se incorporó y volvió a su tarea de llenar las neveras con bebidas — porque no soy partidaria de las escenas de celos…

—Soy policía y es la víctima de un caso que estamos investigando…

—Ahora me gusta más… — dijo la camarera y volvió a apoyar los brazos sobre la barra — a ver, déjame ver otra vez la foto… — Marta volvió a mostrarle el móvil — estuvo aquí hace cuatro noches… la vi en actitud cariñosa con otra mujer, pero no recuerdo verlas salir juntas.

—¿Nada que te llame la atención?

—Sí, tú vestida de uniforme… — dijo la camarera con una sonrisa ardiendo en picardía — desde que me has dicho que eres policía, no he podido dejar de pensar en otra cosa…

—Eso no me ayuda en nada — dijo Marta con un tono visiblemente molesta.

—Créeme, a mí, sí que me ayuda… — la camarera no cesaba con su sonrisa provocativa.

Marta y Ferreira salieron de aquel local sin encontrar una pista clara. Habían averiguado que su víctima tenía una cita la noche que la asesinaron y fue con una mujer. Y hasta ahí todo lo que tenían de momento.

TÉMPANO DE HIELO

Marta parpadeó varias veces antes de acostumbrarse a la luz. Con el cansancio habitando en su cuerpo durante la noche anterior, se le olvidó bajar las persianas de la habitación. Se desperezó y rodó sobre la cama hasta alcanzar el móvil que descansaba sobre la mesita de noche. Se incorporó de golpe al ver seis llamadas de Ferreira.

—Ferreira… — dijo tras marcar su número.

—¡¡Hombre!! Estaba a punto de mandar una patrulla a tu casa.

—Disculpa… — Marta bostezó sin importarle que al otro lado del teléfono estuviese su compañero — anoche estaba muerta… y caí rendida en la cama.

—Tranquila jefa, lo tengo todo controlado… — Ferreira sonrió de medio lado — esta madrugada ha aparecido otro cadáver… — Marta se levantó de golpe de la cama al escuchar la palabra cadáver — pero ha venido la doctora Garín y lo han trasladado al laboratorio forense.

—Dame quince minutos y nos vemos en comisaría.

—De acuerdo, allí nos vemos.

Marta se apresuró en arreglarse y llegar a tiempo para empezar la investigación. Esa noche había aparecido el tercer cadáver, si el *modus operandi* era el mismo, su trabajo se había convertido en encontrar a un asesino en serie.

—Inspectora Alcalá… — Ferreira llamó su atención — uy… qué mala cara… — sonrió cuando Marta cruzó la puerta de la comisaría — ¿Qué pasa, su nueva soltería la tiene muy exprimida?

—No sé cómo me lo monto, pero últimamente… — Marta dejó sus cosas sobre la mesa de su escritorio en su despacho — o tengo una noche de sexo o una noche con cadáver, pero ya ni me acuerdo de la última noche que dormí de tirón más de cuatro horas.

—Bueno, no te puedes quejar… — Ferreira sonreía con complicidad con su compañera y jefa — sexo y acción… es la fantasía de muchas personas…

—De fantasía nada, te lo aseguro… — Marta imitó a su compañero y lo acompañó con las risas — además, seguramente tardaré un tiempo en tener sexo… siento que cada vez me convierto más en un témpano de hielo…

—¡¡¿Qué has dicho?!! — de pronto, Berta intervino y sorprendió a Ferreira y a Marta con su pregunta.

—¿Que tardaré en tener sexo? — musitó Marta, llena de dudas ante la curiosidad exagerada de Berta sobre su vida sexual.

—Eso no… — Berta hizo una mueca de asco — ¿lo del hielo?

—Témpano de hielo…

—¡¡¡ESO ES!!! — Berta saltó de alegría alrededor de Marta, que continuaba con cara de circunstancia ante su reacción — ¡¡ese es el arma homicida!! — enarboló una enorme sonrisa

ante su hallazgo.

Tenía que celebrar su gran éxito y su sonrisa la delataba, Berta fue corriendo hacia ella y se tiró en brazos de Marta, mientras continuaban abrazadas, Berta seguía dando saltos de alegría. Había salido triunfante de una contienda complicada. Y de pronto, todos los miedos, las dudas y los nervios se habían esfumado.

—¿Puede explicarse mejor? — preguntó Ferreira.

—Todos los cadáveres contenían la misma cantidad de cobre, zinc, selenio, magnesio, hierro y cromo… — Berta comenzó la explicación mientras buscaba algún documento en una de las carpetas que había sobre la mesa de Marta — no encontraba una explicación al hecho de que las cantidades coincidiesen… — mostró varios de los documentos a Ferreira y a Marta con los resultados de las cantidades encontradas en cada cadáver — el arma es un punzón de hielo.

—¿Estás segura? — preguntó Marta, no podía disimular su sorpresa al descubrir un arma tan inusual.

—Sí… — Berta la miró fijamente — todo encaja, la forma cilíndrica, las quemaduras en el contorno de las heridas, las cantidades exactas de los minerales… es un punzón de hielo, estoy segura.

—Es un poco rebuscado… — comenzó a musitar Marta, pero Berta no la permitió continuar.

—¿Estás dudando de mi profesionalidad?

Marta tragó con dificultad y pensó con rapidez alguna forma de salir airosa después de su desafortunado comentario.

—No, no, no… — Marta levantó ambas manos — pero si tienes razón… — Berta cruzó los brazos sobre su pecho — que no lo pongo en duda… — respondió Marta con un tono reconciliador — nunca encontraremos el arma homicida.

—Pues habrá que encontrar al asesino primero.

La batalla entre sus miradas era épica, la tensión que existía cada vez que estaban juntas, se podía palpar en el ambiente. Marta suspiró y junto al aire que libró, dejó salir también toda la tensión y parte del agotamiento que tenía acumulado. Berta no se movió ni lo más mínimo, se quedó en el mismo sitio, permitiendo que Marta disfrutase de ese momento. Lucía unos vaqueros ajustados que delimitaban su cuerpo de una forma tan condenadamente seductora y Marta no disimuló su sonrisa ardiendo en picardía descubriendo cada una de sus curvas.

Sus pasos eran arrogantes, su sonrisa exultante, estaba orgullosa de lo que acababa de suceder. Se fue directa a uno de sus sitios favoritos, la cafetería de Andrea. Marta la cogió por la cintura y caminaron juntas hasta la barra, sus ojos destellaban de alegría. Andrea le sirvió un café sin perder la sonrisa.

—Cuéntame… — Andrea apoyó los codos sobre la barra y miró fijamente a Marta — ¿qué es eso tan importante que te tiene así de contenta?

—Estamos avanzando mucho en el caso… — Marta dio un sorbo a su café y lo saboreó en el paladar — Berta es muy buena en su trabajo… — en sus palabras se distinguía un nivel de admiración un poco confuso para Andrea, incapaz de distinguir admiración o devoción.

—Si… pero bueno, aquí la profesional de la investigación eres tú… — Andrea contraatacó para intentar sonsacar más información a su amiga.

Andrea se inclinó sobre la barra y le dejó un beso sobre los labios. Fue algo casto y ligero, como era ya común entre ellas. Andrea distinguió una figura detrás de Marta y era Berta, se encontraba plantada a un par de metros de ellas. Lucía una mirada inquisidora llena en ira, sus miradas se cruzaron y el gesto de la joven forense se endureció. Al descubrir la mirada extraña en el rostro de Andrea, Marta desvió curiosa hacia la misma dirección, pero solo le dio tiempo de

ver como Berta salía de la cafetería con demasiada prisa.

—¿Y a esta qué le pasa? — preguntó Andrea.

—No tengo ni idea… — contestó Marta sin entender la actitud de Berta.

—Olvídalo, hoy estamos de celebración — Andrea sonrió — además, quiero que me acompañes a la inauguración de una nueva galería de arte a la que me han invitado… y así celebramos tus avances en el caso del asesino en serie.

Marta y Andrea entraron sonrientes a la nueva galería de arte que se inauguraba esa noche en el barrio. Andrea le ofreció una copa de champán a Marta y una disculpa porque la iba a dejar sola durante unos minutos, había visto a un viejo conocido y quería saludarlo como era debido. Marta fue divagando por toda la estancia con cada paso que daba, hasta que acabó frente a dos grandes cuadros que llamaron su atención, estaban pintados de una forma tan expresiva que parecía que estaban gritando. Se quedó completamente perdida en sus pensamientos, arropada por la expresión agresiva de una obra de arte moderna pintada a base de pinceladas gruesas. Por alguna extraña razón, la pintura frente a ella, provocó varios pensamientos y en todos ellos, Berta era la protagonista. Su vida estaba siendo un poco caótica, pero poco a poco, creía saber cómo gestionar el huracán que removía en su interior cada vez que Berta estaba cerca. Una cosa tenía clara, tendría que hacer penitencia, entregar su corazón solo para darle la oportunidad de rechazarlo y romperlo en mil pedazos. Experimentar el éxtasis que alguien tan intenso como Berta, le había hecho sentir en cada una de sus caricias, la llenaba de miedos y frenaba cualquier posible avance con cualquier mujer. Una tímida sonrisa afloraba entre sus labios cada vez que recordaba su reflejo en la mirada de Berta, un reflejo que le hacía sentirse al borde de un abismo.

Continuaba refugiada en el solitario rincón de la galería, con la sensación de pasar completamente desapercibida para todos los que estaban allí. Cosa que agradecía, no le apetecía interactuar con nadie, solo disfrutar en silencio de sus pensamientos y del arte. Y como si la fuerza de sus pensamientos la invocaran, Marta se quedó inmóvil al reconocer el perfume en el aire que inhaló profundamente y caminó hasta encontrar su objetivo.

—Bajo mi punto de vista… — Marta le arrebató delicadamente de entre sus manos, la copa vacía que sostenía y le entregó una copa llena de vino blanco — diría que está inspirado en los nenúfares de Monet.

—Sabes que esto es arte abstracto, ¿verdad?... — Berta respondió con un poco de desdén en sus palabras — y no deja de ser unas manchas de colores sobre un fondo blanco.

—Y adiós al romanticismo… — el tono de Marta detonaba diversión, provocando inevitablemente una sonrisa en Berta.

Las dos dieron un sorbo de sus copas en silencio, mientras admiraban la obra de arte colgada frente a ellas sin ser capaces de cruzar sus miradas.

—Tenía la esperanza de pasar desapercibida — musitó Berta, impasible, sin girarse, con la mirada clavada al frente y volvió a beber de su copa, saboreando el sabor afrutado del caldo entre sus labios con un gesto que detonaba erotismo y que no pasó desapercibido para Marta.

—Si querías pasar desapercibida… — Marta echó la cabeza atrás para mirarla de arriba abajo de una forma muy descarada, provocando la aparición de una nueva sonrisa resignada entre los labios de Berta — no deberías haberte puesto este vestido.

—¿No crees que este vestido grita lo mucho que me gusta el arte? — preguntó Berta de forma divertida, manteniendo el talante jovial.

Marta sonrió con sus labios sobre el borde de la copa, bebió un sorbo de vino que, a duras penas, logró pasar con dificultad por su garganta. Su mente trabajaba a mil revoluciones imaginando cada curva de su anatomía que escondía la fina tela.

—Lo que yo creo, es que te has puesto este vestido con intención de gritar en silencio, fóllame…

—¡Oh, no! Querida… — Berta por fin se giró levemente y clavó sus ojos en los ojos verdes de Marta de una forma tan desafiante como provocativa — este vestido, simplemente, creo que resalta mi anatomía de una forma justa, la intención de gritar en silencio fóllame, ha sido no ponerme ropa interior.

La respiración de Marta desapareció de forma súbita, la confirmación de ausencia de ropa interior debajo de aquella fina tela, solo consiguió acelerar su deseo de una manera exponencial. Se acabó la copa de un solo trago, con su mirada fija en los ojos de Berta, mientras ella seguía embelesada con aquella provocativa sonrisa. El huracán que se formó en su interior, la empujaba a devorar esa boca, sin importarle donde se encontraban, ni el resto de la gente. Berta siempre conseguía revolucionar la cordura de Marta, dando paso a la irracionalidad de sus actos. Sujetó firmemente la copa entre sus dedos, como si estuviese calculando la fuerza necesaria para quebrar el duro cristal de bohemia. Movió con sutileza sus pies, quedando de frente a Berta, que seguía con una sonrisa ardiendo en picardía dibujada entre sus labios. Apenas unos pocos centímetros las separaban, reconociendo el calor que desprendían sus cuerpos, ambas sintieron como se detuvo el tiempo a su alrededor, paralizándose también, el torrente sanguíneo que alimentaba sus cuerpos. En sus oídos solo retumbaban los fuertes latidos y no fueron conscientes de su falta de aire, hasta que sus respiraciones se revelaron a un ritmo totalmente descompasado. Marta se acercó lentamente a Berta, imitando al rey de los felinos cuando intenta sorprender a su presa, esa fuerza instintiva la empujó a hundirse en los labios aterciopelados de Berta. Se fundieron en un tierno y cálido beso, era dulce, delicado y muy respetuoso, fue un beso silencioso, tembloroso y muy sincero por parte de ambas. Enredaron sus lenguas transformándolo en un beso devastador, podían sentir su respiración agitada, su aroma y su sabor. Se separaron muy despacio sin dejar de mirarse a los ojos, Marta continuaba en el mismo sitio sin poder moverse, había sido el beso más sincero que jamás alguien le había dado. Su corazón latía tan enérgico que sentía que le iba a explotar dentro del pecho. La intensidad del sentimiento que se estaba desarrollando en su interior crecía violentamente a pasos agigantados. Cuando consiguió recuperarse, elevó su mano y acarició suavemente su mejilla, en sus miradas se reflejaba el deseo que les quemaba en su interior, se quedaron perdidas en sus miradas durante unos segundos. Berta dio dos pasos hacia atrás, provocando la distancia necesaria entre ellas para matar la tensión, giró sobre sus talones y se marchó, dejando a Marta boquiabierta y completamente confundida.

Marta salió de la galería completamente saturada, su mente la traicionaba proyectando una y otra vez, la intensa mirada de Berta, justo una milésima de segundo, antes de besarla. Sus labios todavía recordaban el calor de su beso y su respiración continuaba agitada por el remolino de sensaciones que invadía todo su interior.

Caminó desorientada y al final de la calle, giró una esquina, enseguida pudo distinguir a su salvadora. A pocos metros de ella, tenía a su salvavidas, su remanso de paz y tranquilidad, ese refugio donde estaba a salvo, sucediese lo que sucediese. Andrea estaba hablando con un chico a pocos metros de la entrada de la galería, descansar en el hombro de su mejor amiga para

descargar tanta tensión acumulada, siempre era una apuesta segura. Andrea le dedicó una amplia sonrisa mientras se despedía del chico, para Marta, ese simple gesto, le reconfortaba. Benditas las amistades sinceras, las de verdad. Al llegar a su altura, Andrea rodeó a Marta por encima de los hombros con su brazo y la estrechó contra su cuerpo.

—Tienes cara de *"help me"*

—Tú también estás muy guapa — dijo Marta irónicamente mientras caminaban hacia el final de la calle.

Caminaron dos calles más y, desde su posición, ya podían ver el cartel luminoso de su cafetería. Andrea respetó su silencio hasta llegar a un sitio seguro, entraron cogidas hasta llegar a la altura de la barra.

—Por la mirada que tienes… — Andrea se colocó detrás de la barra para prepararle un café espacial, de esos que te reinician — miedo me da pensar en lo que estará pasando por esa cabecita tuya…

—Dirás… ¿Qué es lo que no está pasando? — Marta se sentó en uno de los taburetes altos de la barra.

—Te he dejado unos minutos sola en la galería… — Andrea empujó una taza cargada de café arábico con una capa de espuma aromática, luego buscó algo en una de las estanterías y colocó junto al café, dos galletas de canela, sus favoritas. Nada como un detalle así para reconfortarla — y apareces, de repente, como una niña que se ha perdido en el centro comercial.

Marta sonrió por el gesto de su amiga y, acto seguido, comenzó a relatar todas y cada una de las frustraciones que tenía respecto a los casos de las tres mujeres asesinadas. Le contó las averiguaciones que había hecho, pero que todas ellas, le llevaban a un callejón sin salida. Detalle tras detalle, acabó contándole como, Berta y ella, habían sido capaces de averiguar el arma homicida. Andrea escuchaba atenta a todo lo que Marta le estaba relatando, pasó su mano por encima de la barra para acariciar la suya cuando le confesaba su gran preocupación por la posibilidad de estar frente a un asesino en serie. Temía recibir una llamada informándole del hallazgo de otro cadáver similar, pero el gesto cariñoso de Andrea, logró su objetivo, Marta consiguió apaciguar sus nervios y cuando la explicación había llegado a su fin, Andrea la miró fijamente con los ojos entrecerrados, descubriendo algo diferente en su mirada. Todo lo relatado no concordaba con lo que sus ojos delataban.

—¿Y eso es todo? — preguntó Andrea con intención de descubrir la verdad.

—¿Te parece poco? — respondió incrédula Marta.

—No estoy diciendo eso… — Andrea se inclinó sobre la barra y se acercó más a su amiga — pero hay algo más… ¿Verdad? — definitivamente la conocía.

—Joder… — susurró con la cabeza entre sus manos — tenemos un posible asesino en serie… — levantó la cabeza y volvió a mirar a Andrea — y yo solo puedo pensar en Berta… en sus labios… en sus ojos… en su sonrisa… ¡Joder!

—Ya, eso es… — Andrea la miró fijamente con una sonrisa burlona en sus labios — y claro, los labios, los ojos y la sonrisa de tu compañero, no son lo mismo, ¿no?

—¡Mierda Andrea!… ¿Qué voy a hacer?

—Hablar con ella — Andrea por fin pudo poner nombre al brillo de su mirada.

Marta la miró a los ojos y aguantaron la mirada durante unos segundos, para luego romper a reír fuertemente, gracias a su apoyo todo parecía menos duro. Esa complicidad valía todo el oro del mundo

—Todo esto es culpa tuya… — dijo Marta en medio de las risas.

—Claro… yo te empujé a su cama… — Andrea intentaba recuperar la calma entre carcajadas

— en serio, Marta… habla con ella.

Marta le dedicó una mirada cargada de cariño, Andrea era más que su mejor amiga, siempre fue la persona a la que buscar cuando se sentía perdida. Marta se incorporó por encima de la barra y se fundieron en un abrazo lleno de sentimiento, al separarse poco a poco, se dieron un beso rápido y casto en los labios. Tan habitual entre ellas como siempre, Andrea era la única persona con la que se permitía esas licencias. No existían connotaciones sexuales detrás de ese beso, simplemente era una muestra más de la profunda amistad que sentían una por la otra. Andrea le dejó otro beso en la frente antes de separarse definitivamente y volver a sus respectivas posiciones. Era envidiable la complicidad que existía entre ellas. En muchas ocasiones, bromeaban que eran la pareja perfecta, pero no habían coincidido en espacio y tiempo. Se buscarían en sus próximas vidas. Marta se recuperó de la intensidad del momento y se fue hacia el baño. Iba sonriendo al reconocer la facilidad que tenía Andrea para calmarla, para tranquilizar todas y cada una de sus preocupaciones. Se estaba lavando las manos y sonriendo mientras miraba su reflejo en el espejo, recuerdos llenos de picardía por parte de Andrea bombardearon su mente. De pronto, la puerta del baño se abrió de golpe, mostrando lo poco delicada que fue la persona al hacerlo, dejando claro que usó demasiada fuerza al entrar.

—Realmente eres una *femme fatale* de manual — Berta acababa de entrar en el baño con cara de pocos amigos y Marta se quedó petrificada al verla — veo que no dejas títere con cabeza — dio dos grandes pasos y se quedó frente a Marta con los brazos cruzados sobre el pecho. No disimiló su enfado.

—Hola ¿cómo estás? ¿Qué tal va todo? — musitó Marta de forma irónica mientras terminaba de lavarse las manos, ignorándola. Pero notó como Berta clavaba su mirada en ella, así que, se resignó y volvió a mirarla — Berta, tenemos que hablar… — Marta intentó que su tono sonase conciliador.

—¿Hablar? Para que te inventes cualquier mierda y me digas que tú nunca te burlaste de mí.

—Yo nunca me he burlado de ti — la interrumpió elevando un poco el tono, las mentiras sobre sus intenciones, sí que le molestaban.

—Solo fui una aventura, una diversión… — Berta se acercó todavía más — un polvo ocasional, simplemente me utilizaste.

—Yo no te utilicé — elevó el tono dos puntos, las acusaciones que se estaban vertiendo sobre ella empezaban a enfadarla de verdad — además, te recuerdo que ¡TÚ! Me buscaste a mí — la señaló con el dedo índice y sus palabras detonaban cólera.

Berta la miró durante unos segundos, sin parpadear, ladeo la cabeza y observó como Marta se humedeció los labios con la punta de la lengua. En su mente todo sucedió a cámara lenta, era un gesto que solo duró un segundo y treinta seis milésimas, pero Berta podía jurar que fueron horas. Su mente proyectaba un jodido recuerdo constante de lo que esa boca había sido capaz de hacerle sentir, su respiración desapareció de forma súbita y un impulso invadió todo su interior de una forma tan violenta que no encontró la forma de frenarlo. Sujetó a Marta por las solapas de la americana que llevaba puesta y la empujó hacia atrás hasta notar como su espalda chocaba contra la pared. No había posibilidad de huida, sus alientos se mezclaron y sus miradas se fundieron. Berta atacó su boca con rabia, con mucha rabia, pero era una rabia disfrazada de necesidad. Marta colocó las manos en su cintura, adaptándose perfectamente a sus curvas y la estrechó contra ella, asegurándose de que sus anatomías se rozaban en su perfección. Berta subió una de sus manos y enredó los dedos con el pelo de su nuca, la empujó con fuerza contra ella para profundizar el beso. Era un beso necesitado, con urgencia y con mucha intensidad, pero la falta de aire les obligó a separarse, aunque se resistían a hacerlo. Las manos de Marta ascendieron

hasta acunar la cara de Berta entre ellas. Continuaban dándose besos rápidos, nada profundos pero muy tentadores y provocativos. Berta frenó la intención de Marta de volver a fundirse en un apasionado beso y la miró a los ojos de una forma tan intensa que parecía que estaba descubriendo todo lo que ocultaban aquellos ojos verdes.

—Te odio — susurró Berta a escasos milímetros de la boca de Marta.

Giró sobre sus talones y salió del baño, dejando a Marta completamente desconcertada, inmóvil y sorprendida. En su mente, toda esta escena había proyectado otro final. Disfrutaba todavía del sabor de Berta en sus labios, cuando tuvo la cordura suficiente para salir del baño, caminó hacia la barra con intención de volver al refugio que le ofrecía su taburete junto a su amiga y su mirada se desvió sin querer hasta donde se encontraba Berta, ya sentada en su mesa con sus amigos. Pero toda la magia vivida en el baño, se esfumó de la misma forma que había aparecido, de repente, Marta agachó la vista y se centró en el café frente a ella.

—¿Qué coño ha pasado ahí dentro? — preguntó Andrea al ver la cara de su amiga.

—Créeme si te digo que no lo sé — Marta daba vueltas a su café completamente confundida.

Andrea la miró con el ceño arrugado, seguía sin entender nada, levantó la mirada cuando una joven que se disponía a abandonar su local, se despidió educadamente y Andrea asintió como un gesto agradecido por confiar en su cafetería. Marta torció el cuello lo justo para ver a quién saludaba Andrea, simplemente por una curiosidad involuntaria, sus ojos verdes se cruzaron con los ojos oscuros de Berta, que reaccionó clavándole la mirada de una forma más que intensa. Fue tanta la intensidad que desprendieron sus miradas, que hasta Andrea sintió aquella fuerza.

—Marta… — susurró Andrea mientras con la mirada seguía los pasos de la chica que acababa de salir por la puerta.

—Joder… — musitó Marta con la cabeza escondida entre sus brazos.

—¿Esa era la forense?

—Sí… — susurró levantando levemente la cabeza para poder mirar a su amiga — y me está volviendo loca.

—No es para menos… menudo vestidito luce… — dijo Andrea riéndose desde detrás de la barra — vamos, Marta… — intentó apaciguar el ambiente cuando recibió una fuerte mirada por parte de su amiga.

—Andrea, por favor… — esta vez los ojos de Marta desprendían un brillo de súplica — ahora mismo debo centrarme en el caso... tengo que encontrar a quién coño está asesinando a esas mujeres.

—¿Qué ha pasado en el baño, Marta? — preguntó suspicaz.

—Me ha besado… — Andrea abrió los ojos como platos — y no ha sido un beso cualquiera… me ha revolucionado… no sé… me acelera… me desquicia…

Andrea se acercó a ella y la abrazó por detrás. Cada vez que la rodeaba así, se sentía a salvo, un gesto que calmaba su desastre interior.

—Ay amiga… — susurró mientras dejaba un beso en la sien de Marta — vamos, te invito a cenar.

—Mmmm, yo quiero un plato lleno de patatas… — Marta estaba sentada frente a su amiga Andrea con toda su atención puesta en la carta.

—¿Pedimos vino? — Andrea miró la carta indecisa ante la gran variedad.

—Sí — respondió Marta sin desviar la mirada de la carta.

—¿Blanco? — Andrea la miró esperando confirmación, Marta asintió y ella dejó la carta de vinos sobre la mesa — bueno… ¿Y qué?

—¿Qué de qué? — preguntó Marta sin levantar la vista de la carta.

—Vayamos por pasos — Andrea se cruzó de brazos y se apoyó sobre la mesa — primero, ¿cómo va el trabajo?

—Pues ahí va… — Marta levantó la vista durante un segundo de la carta y miró a los ojos a su amiga para contestar — un poco frustrante por los últimos casos…

—Pero acabarás descubriendo algo, ¿no? — Andrea casi susurró cada palabra, queriendo evitar que el resto de personas sentadas alrededor de ellas, se enterasen de la conversación — siempre encuentras la clave para descubrir al asesino.

—Y la mayor frustración… — musitó Marta con un tono cargado de resignación — la forense del caso… — su sonrisa forzada era irónica.

—¿Quién eres tú y donde está mi amiga? — Andrea hizo reír a Marta con su cara de sorpresa — ¿desde cuándo se te resiste una mujer?

—Desde que piensa que jugué con ella desde el principio — Marta miró a su amiga fijamente y ladeó la cabeza levemente.

—Marta, no tienes obligación de nada con esa chica… — Andrea estiró su mano por encima de la mesa hasta alcanzar la de Marta y acariciarla — pasa página y ve a por la siguiente.

Marta desvió su mirada hacia la puerta del restaurante, un pequeño grupo de jóvenes entraban divertidos y haciendo algo de escándalo, pero hubo una risa en medio de todas, que llamó su atención. Detrás de aquellos chicos y chicas que entraban distraídos, sumergidos en sus divertidas conversaciones, estaba Berta, pero no estaba sola, una chica rubia, muy sonriente y vestida con un vestido muy ceñido, rodeaba su cintura con el brazo. Marta la observó atenta durante unos segundos con la esperanza de encontrar algún gesto que indicase que Berta estaba incómoda con esa situación. Andrea giró su cabeza hasta localizar lo que fuese que tenía a su amiga tan absorta, cuando localizó a la morena riendo con una chica rubia que caminaba a su lado, volvió su mirada hacia su amiga con una sonrisa enorme. Andrea fue testigo cuando la respiración de Marta desapareció súbitamente al ver como las dos mujeres sonrientes, caminaban hacia la misma dirección donde estaban ellas sentadas. Marta sonrió ampliamente cuando vio a Berta, ni tan siquiera disimuló su felicidad al cruzar la mirada con la suya. La escena divertía a Andrea que estaba ansiosa por ver cómo iba a acabar todo.

—Buenas noches — Berta sonrió luciendo su encantadora sonrisa — ¿Cómo está, inspectora?

—Buenas noches… — musitó Marta, su labio inferior tembló levemente y deseó que Berta no se hubiese percatado de ese pequeño gesto.

Tenía la esperanza de que no descubriese el efecto que causaba en ella. La tensión entre sus miradas comenzó a ser casi palpable, así que decidió romper con el contacto visual y desvió toda su atención hacia la acompañante de Marta.

—Hola, soy Berta — extendió la mano muy educadamente, para saludar a Andrea.

—Encantada, soy Andrea.

—Mucho gusto — respondió Berta y sonrió.

Marta no dejó de clavar su mirada en los oscuros ojos de Berta y cada vez que sus ojos se cruzaban, una sonrisa se abría paso entre sus labios.

—Hola, soy Silvia — la joven que acompañaba a Berta se presentó de una forma más genérica, pero sin soltar el brazo de Berta y luciendo su mejor sonrisa.

Silvia sintió una tensión entre Berta y Marta que alertó su suspicacia, algo sucedía entre ellas, pero no era capaz de descubrirlo. Marta clavó su mirada llena de celos en los dulces ojos de Berta, que reaccionó sonriendo de medio lado, al descubrir el brillo teñido de rabia que bailaba en los ojos de Marta.

—Bueno… os dejamos cenar tranquilas — Berta continuaba aguantando la mirada de Marta — nos vemos en la comisaría — ensanchó su sonrisa un poco más — un placer conocerte, Andrea — desvió su mirada durante un segundo y antes de darse la vuelta, le dedicó la última mirada intensa a Marta, que continuaba con sus ojos encima de ella.

Berta se alejó de la mesa permitiendo que Silvia le rodease la cintura con su brazo. Tras unos pasos, giró disimuladamente la cabeza y observó de reojo la reacción que causó ese atrevimiento. Marta apretó el borde de la mesa con ambas manos, usó tanta fuerza, que sus nudillos se quedaron de color blanco, apretó los dientes y tensó la mandíbula. Estaba siendo testigo de la libertad que disfrutaban las manos de Silvia para viajar con total licencia por el cuerpo de Berta. Un calor en su interior estalló en llamas cargado de coraje. Marta siguió con su mirada a Berta hasta que tomó asiento en su mesa y, con todo el descaro, observó como Berta, elegía la silla frente a ella de una forma intencionada. Todo lo hizo sin bajar la mirada. Llegadas a este punto, a Marta no le interesaba disimular, ni lo más mínimo, la animadversión que era capaz de sentir por cualquiera que revolotease alrededor de Berta.

—Hay puertas que debes saber abrir… — Andrea llamó la atención de Marta, que desvió su mirada hacia ella sin entender muy bien de dónde venía aquel comentario — pero, sobre todo, hay puertas que tienes que saber cerrar.

—¿Qué? — Marta estaba completamente perdida ante aquellas palabras.

—Amiga mía, no sé qué lío debes de tener en tu cabeza… — Andrea hizo un gesto con la cabeza hacia donde se encontraba Berta sentada con Silvia — pero lo que sientes, es lo que debería liderar esa batalla.

—Andrea… — ella miró hacia donde le indicó su amiga y cruzó su mirada con la de Berta — solo sé que es muy intenso… y que tengo muchas ganas de avanzar, pero…

—Pues hazlo — Andrea cogió las manos de Marta entre las suyas — ¿Dónde está el problema?

—Tú has visto lo mismo que yo, ¿no? — sonrió irónicamente — por qué esa tía no deja de manosearla… — bajó la cabeza y negó un par de veces.

—Sin embargo, te besó hace tres días — Andrea apretó cariñosamente las manos de Marta y la miró a los ojos — y he sido testigo de la tensión que existe entre vosotras… — desvió su atención hacia Berta descubriendo que continuaba clavando su mirada en Marta — eso no se finge amiga… lánzate y deja irse a la culpa, llevas demasiado tiempo librando una batalla que no te corresponde.

Marta la miró fijamente y ladeo la cabeza, permitiéndose el lujo de grabar cada una de las palabras que su amiga había pronunciado en su subconsciente, tenía razón, llevaba mucho tiempo cargando una responsabilidad que no era suya. Ella sentía lo que sentía y no podía luchar contra eso.

La noche fue sucediendo entre miradas intensas, furtivas y sonrisas victoriosas. Marta miraba al techo de vez en cuando y repasaba el borde de cada una de sus muelas con la punta de la lengua, en un intento de contener la furia que crecía en su interior, cada vez que, esa tal Silvia, se acercaba más de lo debido a Berta. Mientras que ella, acentuaba un poco más cada gesto que le

dedicaba a la guapa chica sentada a su lado, cuando fue consciente del efecto que estaba causando en Marta. Disfrutaba de su éxito en una guerra donde el premio, era el mismo para vencidos y vencedores. Berta tenía claro que pagaría su osadía, pero estaba deseando pagar el precio, ya que todavía era capaz de recordar el sabor en sus labios del beso que Marta le robó en los pasillos de la comisaria, días antes. Desde su lugar, Marta observaba la facilidad con la que Berta dulcificaba su mirada cuando se dirigía a su acompañante y se volvía más distante y fría cuando la dirigía hacia ella. Marta sonrió pensando en cómo se las iba a ingeniar para robarle otro beso y demostrarle lo que sentía por ella. Berta observó detenidamente cada una de las reacciones de Marta sobre sus acciones, así que su plan de ponerla celosa estaba saliendo bien, pero debía rebajar ese perfil para evitar que se convirtiese en un problema. En la provocación medida estaba el éxito.

Llegó el momento de la sobremesa para Marta y Andrea, en medio de la conversación, Marta bostezó varias veces, se le hizo demasiado tarde, era una hora fuera de su rutina habitual. Le propuso a Andrea, tomarse un último café en su casa, dándole la simple excusa de que estaba cansada, pero su amiga la conocía demasiado bien. Sabía perfectamente que detrás de aquella simple excusa, se escondía un sentimiento incómodo al ver a Berta muy complaciente, recibiendo los gestos cariñosos por parte de su acompañante.

—Andrea, lo siento… pero mañana tengo trabajo — Marta intentaba sonar convincente — y… y estoy muerta… necesito descansar.

—Tranquila — su amiga le obsequió con una sonrisa sincera — lo entiendo, vámonos.

Andrea la acompañó hasta su casa, aprovecharon para terminar la conversación principal por la que habían quedado. Marta se sinceró con Andrea expresándole lo confundida que se sentía por el beso de Berta, confesándole que provocó un huracán que arrasaba todo su interior, pero ese huracán debía competir con todos los contras que había entre ellas. Y era una competición difícil.

—Marta, esa chica te hace brillar — Andrea siempre era sincera y Marta la catalogaba como una de las mejores consejeras — olvídate de los demás, haz lo que tú sientas y, sobre todo, se sincera contigo misma.

Marta la escuchaba en completo silencio, digiriendo las palabras de su amiga, que eran las únicas que conseguían tranquilizarla. Cuando llegaron a su portal, Andrea se despidió con un sonoro beso en la frente y volvió a repetir las palabras que había dicho tan solo dos minutos antes, Marta asintió y le dedicó media sonrisa. En el fondo sabía que no debía ignorar los consejos de su amiga, ya que casi nunca fallaba.

—Buenas noches.

—Buenas noches — Andrea se despidió con una sonrisa y se fue cuando Marta entró en su portal.

NO ME LLAMES ASÍ

Marta llevaba varias horas enterrada entre montones de pruebas, no era capaz de encontrar una lógica razonable a todas aquellas pistas, pero haber hallado la posible arma homicida, le acercaba un poco más a descubrir quién era el asesino. Haber sido tan minucioso en cada uno de los asesinatos, ponía en jaque a toda la policía. Estaba muy concentrada, tan inmersa entre todas aquellas fotografías, que no era consciente de lo que estaba sucediendo a su alrededor, hasta que un ruido, llamó su atención y levantó la vista.

—¿Pero…? — musitó sorprendida al ver a Celia plantada en la puerta de su despacho.

—¡¡Hola, guapa!!… — exclamó llena de entusiasmo, pero Marta la fulminó con la mirada — perdona… pero llevas días sin pasar por la cafetería… y ya ni me llamas ni nada — Celia dejó una bolsa con el logotipo de su hamburguesería favorita sobre la mesa — imagino que todavía no habrás comido… — comenzó a sacar y dejar sobre la mesa, todo lo que contenía la bolsa.

—Imaginas bien… — Marta comenzó a recoger toda la documentación que tenía esparcida por la mesa para dejar espacio.

Celia se tomó la libertad de mover todas aquellas carpetas a un lado, movió la silla y se sentó junto a Marta. A pesar de que a Marta no le gustaban esas confianzas, también era cierto que estaba muerta de hambre, así que no dijo nada y se dedicó a disfrutar de su hamburguesa favorita. La conversación entre ellas, comenzó siendo de temas banales, algún suceso que había llenado las portadas de los periódicos locales o alguna noticia graciosa que salió en todas las redes sociales, pero de pronto, Celia se interesó por los nuevos avances sobre la búsqueda del asesino. Marta relató solo algunos datos superficiales, era cierto que no le gustaba contar nada sobre una investigación abierta, pero, además, se sentía frustrada por avanzar tan lento. Relatar cosas sobre su investigación, activó el recuerdo de Berta en su mente como un estallido, pero cuando el recuerdo del beso que le dio Berta en el baño de la cafetería de Andrea, invadió toda su mente, una tímida sonrisa afloró entre sus labios, manifestando así, la cantidad de serotoninas que corría por su torrente sanguíneo con el simple recuerdo de Berta. Y esa simple y diminuta sonrisa, la delató sin que se diese cuenta.

—¿Qué? — preguntó Marta al descubrir la mirada interrogativa con la que la observaba Celia.

—¿Qué te pasa? — entrecerró los ojos y la intensidad de su mirada aumentó varios grados.

—Nada… — Marta se centró en las pocas patatas que quedaban en su plato, desviando su atención al sentir que podía ser descubierta.

—Estás rara… y ya no vienes por la cafetería a tomarte tu café favorito… ni a verme… — sonrió.

—Celia… — Marta volvió a levantar la vista — tengo un posible asesino en serie suelto por las calles, ¿te parece poco?

—No, no me parece poco… — Celia clavó sus ojos en los de Marta — de hecho, me parece

mucho… pero no creo que esa sonrisa que luces y el brillo de tu mirada se deba a eso — Marta la miró fijamente sorprendida por aquella declaración. Celia se acercó un poco más inclinándose sobre la mesa — vamos Marta… te has sonrojado levemente…

—No digas tonterías — Marta recogió varias carpetas y comenzó a colocarlas para evitar que la conversación se alargase más de lo que era capaz de soportar.

—¿Te da vergüenza contármelo? — Celia rompió a reír a carcajadas.

—No hay nada que contar… — Marta desvió su mirada.

—De verdad… ¿Qué te pasa? — Celia insistió con formas menos educadas.

—Celia, no me pasa nada… ya te lo he dicho… — Marta continuaba organizando su mesa.

—¡¡Vamos!!… — Marta la volvió a fulminar con la mirada, cada vez soportaba menos tanta insistencia — Marta… — Celia levantó las manos como señal de perdón — recuerda que nadie sabe escuchar como lo hace una camarera, las barras de bar, han solucionado más crisis que muchos psicólogos.

—Supongo… que ahora estamos en una situación diferente… — Marta continuaba desviando la mirada, evitando la mirada inquisidora por parte de Celia.

—Estás rara de cojones… — Celia musitó casi en un susurro.

—¿De verdad vamos a hacer esto aquí? — Marta golpeó con las carpetas en la mesa, exasperada por la insistencia de Celia — estamos en mi trabajo — intentaba evitar cualquier tipo de confrontamiento.

—¿Por qué no? — Celia se encogió de hombros — tuvimos una noche fantástica y después desapareces… ni vienes, ni me hablas, ni me llamas…

—Estamos en mi trabajo, no es ni momento, ni lugar… y no aguanto escenitas de celos… — Marta se atrevió a mirarla a los ojos por fin y ponerla en su sitio.

El silencio se hizo presente entre ellas, cuando pasaron varios minutos, Celia desistió de su insistencia por averiguar porque Marta la ignoraba después de una noche de sexo. De buen sexo.

—Solo fui un juguete de una noche… — Celia se cruzó de brazos — ¿verdad?

—No digas tonterías… — Marta intentó usar un tono neutro y calmar el ambiente — esto es de locos… — susurró.

—¡¡No me llames loca!! — gritó Celia con la mirada cargada de ira.

—¡Celia! Cálmate… — Marta caminó despacio hacia ella — estamos en mi comisaría… vayamos a tomar algo y hablamos tranquilamente…

—Para que me humilles… para que me digas que soy poca mujer para ti… — Celia caminaba dando círculos por todo el despacho de Marta — no, no, no…

—Por favor… escúchame… tienes que calmarte.

—Esto no va a quedar así… — Celia pronunciaba cada palabra llena de rabia — tú eres mía — señaló a Marta con su dedo índice — ¡Solo mía!

—Celia… escúchame… — Marta intentó detenerla, pero Celia se fue de su despacho dando un portazo que hizo temblar los cristales que rodeaban la estancia.

El día había resultado más frustrante de lo esperado, entre las pocas pistas que existían sobre el asesino en serie y la escena de celos de Celia, que estaba completamente fuera de lugar. Necesitaba alejarse de todo el mundanal ruido, solo quería un momento de silencio donde su mente fuese capaz de relajarse y sabía perfectamente donde encontrar esa paz.

Marta disfrutaba de su café recién hecho, le había costado años disfrutar de su sabor amargo y hoy en día necesitaba su dosis diaria. Estaba sentada al fondo de la cafetería de Andrea, en una mesa situada en un rincón junto a una antigua librería, era un lugar muy acogedor. Estaba sumergida en sus pensamientos, tarareando casi en un murmullo la canción que estaba sonando en el hilo musical que ambientaba la cafetería. De forma inconsciente su mirada se posó sobre la puerta del baño, recordó la intensidad con la que Berta la besó allí mismo y era un sentimiento que la abrumaba y su mente comenzó a jugarle malas pasadas. Descubrió que, con el simple hecho de tenerla cerca, era suficiente para que todos los recuerdos del hotel, bombardeasen su mente de forma incontrolable. La suavidad de sus labios, proyectaba el recuerdo de aquel beso dulce, pero apasionado, era una visión tan real, que era capaz de volver a sentir sobre sus labios el sabor de sus besos. Suspiró y se volvió a llevar su taza humeante a su boca, deseando saborear el delicioso café entre sus labios una vez más.

—¿Por qué me besaste?

Marta casi escupió el sorbo de café que había dado, la voz que la sorprendió le resultó demasiado familiar. Tuvo que hacer uso de toda su agilidad para mantener la compostura y no caerse de la silla. Levantó la mirada y descubrió a Berta plantada frente a ella, llevaba una falda ceñida de tubo y una camisa entallada, que parecía hecha exclusivamente para cada curva de su cuerpo.

—Te debería poner un cascabel para evitarme estas sorpresas — Marta se limpió de los labios los restos de café y dirigió su mirada hacia Berta, que continuaba plantada, impasible frente a ella — tienes la misma habilidad de sorpresa que un felino.

—Eres una exagerada — Berta sonrió levemente — pero me lo tomaré como un cumplido, imagino que es el efecto que todavía causo en ti… — dio un paso y se sentó en la silla frente a Marta — pero no me cambies de tema, ¿por qué me besaste?

—Todavía estoy pensando en una razón lógica… — contestó Marta con una mezcla de diversión y unos matices de desdén, reflejo del tono que estaba usando Berta.

—¿Cómo que todavía te lo estás pensando? — la miró fijamente — no me puedo creer que una mujer empoderada como tú, no encuentre una respuesta… — Marta levantó una ceja y mantuvo su mirada — en el mundo de las investigaciones, debes de ser una máquina que sigue pistas hasta lograr su objetivo y cazar al culpable sin que te tiemble el pulso… espero que tus jefes, disfruten de tu intelecto, además de tu belleza… hay que reconocer que eres muy agradable a la vista… seguro que eres una de las mujeres más destacables del cuerpo… — las mejillas de Marta se sonrojaron levemente al descubrir que Berta la consideraba toda una belleza — ¡increíble! La gran inspectora, Marta Alcalá, es humana y el rubor de tus mejillas lo demuestra.

Marta bebió otro sorbo de su café en un intento de sosegar el remolino que amenazaba con desatar una catarsis. Al descubrir la mirada fija de Berta en la taza de café, Marta le ofreció de su café.

—¿Quieres? — dijo con algo de timidez.

Berta le arrebató la taza entre sus manos y bebió con algo de desconfianza un sorbo de café.

—Es realmente bueno… — musitó saboreando el café en su paladar.

—Es café arábico, los cafetales se cultivan a dos mil metros de altura, necesitan un clima cálido y que la tierra sea húmeda para mantener todas las propiedades…

—¡Vaya! Nunca imaginé que fueses una friki del café… — dijo mientras le devolvía la taza, Marta no sabía si tomarlo como un cumplido o un insulto — debajo de todo ese empoderamiento, resulta que disfrutas de las pequeñas cosas.

—Ahí es donde residen los placeres de la vida… — dijo con un tono neutro, pero cargado de ironía, Berta prácticamente la miró de una forma bastante apreciativa.

—Belleza y buen gusto… esa magia es embriagante — Berta entrecerró los ojos esperando su reacción.

—Sin comentarios — Marta tuvo que girar el rostro para evitar ser descubierta mientras se sonrojaba nuevamente y volvió a dar un sorbo de su café para calmar la tensión del momento.

Berta observó como Marta se llevaba la taza a su boca y como cada uno de sus gestos desprendía sensualidad.

—¿Me dirás lo mismo cuando me respondas por qué me besaste? — dijo con un poco de desdén en sus palabras.

Su beso no era algo que hubiese necesitado de una razón en sí, sencillamente fue así como lo sintió. Y era así como se sentía también, con ganas de arrancarle la ropa y devorarla poco a poco hasta llevarla a la locura. Las miradas de Berta y sus labios pronunciando que la consideraba una belleza y una mujer inteligente, revoloteaban en su mente.

—No tiene una explicación como tú la estás buscando… — Marta habló sin dejar de mirarla fijamente a los ojos y Berta suspiró — no hay un motivo único por el cual lo haya hecho, además, tú respondiste al beso… al de ayer y a todos los anteriores. Podrías haberme rechazado y darte la vuelta dejándome allí sola, pero decidiste quedarte… yo no soy inmune a la atracción química que existe entre nosotras, y no me arrepiento — concluyó observando como Berta procesaba toda la información.

Pasaron unos segundos donde el silencio reinó entre ellas, dando paso una intensidad que aumentaba entre sus miradas.

—¿No te vale mi respuesta? — preguntó mirando a Berta — algo en ti despertó mi interés, llámalo química, atracción… como quieras. Somos humanos, no hay nada de malo en dejarse llevar… — Berta continuaba en completo silencio, inmóvil, simplemente con la mirada fija en Marta y analizando cada palabra que salía de sus labios — ¿vas a ignorarme? — preguntó recostándose en su silla.

—No… — volvió a tensar su postura en señal de defensa — simplemente, te he pedido, por favor, que no vuelvas a acercarte a mí… soy una mujer decente que no se rebaja a ser la querida de nadie…

—Berta… — intentó Marta frenar su discurso sin éxito.

—No quiero volver a oír como todo esto te ha divertido desde el principio…

—¿Disculpa? — replicó Marta con el ceño fruncido — ¡Yo no he jugado contigo!

—No me vas a convencer con tus mentiras.

—Todo esto me parece fuera de lugar… — musitó Marta.

—Sé cómo son las mujeres como tú, no reparáis en hacer el daño necesario para conseguir algún capricho, todo por satisfacer tus deseos, pues… ¡Qué te quede bien claro, yo no voy a ser tu juguete!

—¡¡Maldita sea!! — dijo exasperada Marta tras recibir tantas acusaciones sin fundamento.

Berta la observó en silencio, la intensidad de sus miradas aumentó a un nivel máximo, musitó algo que resultó inentendible para Marta y salió de allí como alma que se lleva el diablo. Marta cerró los ojos y respiró profundo varias veces para calmar su ira mientras era testigo de cómo Berta se alejaba una vez más de ella.

Celia caminaba deprisa y, sin embargo, tenía la sensación de que no avanzaba todo lo que le gustaría. Se conocía el trayecto de memoria, ya casi se consideraba un autómata mientras recorría los mismos metros para llegar hasta la comisaria. La presión que sentía en su pecho, aceleraba su ritmo cardiaco. Se sentía una mujer diferente desde que Marta había entrado en su vida, por primera vez en todo este tiempo, su alegría, su forma de ser, su carácter y su cabeza bien amueblada, la había impactado tanto que decidió ser una mujer diferente. Le resultaba imposible ignorar lo que habitaba en su interior y mucho menos negarlo. A cada paso que daba, su miedo aumentaba de tamaño, temía por la reacción de Marta después de la desagradable conversación donde le decía que no quería nada más con ella, pero eso era algo que no podía aceptar. Intentó ser paciente con ella, al fin y al cabo, se había enamorado y quería hacer las cosas bien, esta vez debía evitar conflictos desastrosos y tomar decisiones con la cabeza fría y no perder los papeles. Se detuvo frente a la entrada de la comisaria, se sentía nerviosa, ansiosa y posiblemente estaba sudando por algunas partes de su cuerpo, partes por donde no recordaba sudar jamás. Caminó firme hacia el despacho de Marta, a cada paso que daba, la figura de su objetivo se hacía más presente, Marta levantó la mirada por un segundo, y al ver a Celia plantada en medio del pasillo, se quedó paralizada. Celia le dedicó una sonrisa en señal de rendición, su mirada era dulce y sus gestos amables, toda su actitud destilaba ganas de hacer las cosas bien y calmada. Ante lo que parecía el inicio de una sonrisa entre los labios de Marta, Celia sintió como su decisión había sido la correcta, pero en una fracción de un segundo, el semblante de Marta cambió y comenzó a invadirle un nerviosismo que la desconcertó.

—¿Qué haces aquí? — preguntó Marta con un tono más frío que neutro.

—Quería verte, cariño — Celia dio un paso hacia el interior de su despacho.

Marta la miró completamente desconcertada por el apelativo cariñoso, ya no solo era la sorpresa por haberse presentado en su despacho, sino también, por las confianzas. La sonrisa de Celia desapareció de forma súbita al descubrir a Berta dentro del despacho de Marta.

—No es el mejor momento — musitó con la mandíbula apretada.

—Claro que no es el mejor momento… — Celia miró de arriba abajo a Berta — ¿te la estas tirando? — la señaló sin dejar de mirar fijamente a Marta.

—¡Celia! — Marta se incorporó y la fulminó con la mirada — no es ni momento, ni lugar… además, ¿qué haces aquí?

Celia gruñó de rabia, su mirada viajaba de Marta a Berta y volvía hacia Marta. Su brillo delataba la ira que corría por su interior.

—Creo que es momento de irme… — pronunció Berta mirando solamente a Marta — tómate tu tiempo, me voy a la escena del crimen…

Berta salió de allí sin mediar palabra alguna, lo último que pretendía era ser testigo de una pelea entre ellas. Con la aparición de otro cadáver, tenía suficiente para esa mañana.

—Tenemos que hablar — dijo Celia con tono de exigencia.

—No es el momento — respondió Marta con un tono seguro — tengo mucho lío… — giró sobre sus talones y cogió su chaqueta del respaldo de su silla — te agradecería que te fueses, ha aparecido otro cadáver y me tengo que ir a hacer mi trabajo.

—Cuántos más cadáveres aparezcan… más unidas estaréis, ¿verdad?... — cruzó sus brazos sobre el pecho visiblemente enfadada — tendrás que agradecer esas muertes… — Celia musitó lo que parecía un insulto y se fue alejándose de allí con pasos llenos de ira y frustración.

Marta llegó la última a la escena del crimen, las apariciones inesperadas de Celia en su vida, últimamente, la estaban llevando a un estado de nerviosismo que no era común en su comportamiento. Ni se molestó en dejar bien aparcado su coche, simplemente llegó hasta el cordón policial y lo dejó allí mismo. Se bastó de su placa para que el policía que custodiaba la zona, asintiese con la cabeza y no le pusiese ningún impedimento a su hazaña.

—¿Qué tenemos? — preguntó Marta mientras se ponía los guantes junto a la escena del crimen.

—Otra víctima con las mismas características… — respondió Ferreira, pero antes de que pudiese continuar, Berta lo interrumpió.

—¿Ha venido sola inspectora Alcalá? — preguntó Berta mirando hacia el camino que acababa de recorrer Marta.

Marta miró fijamente a Berta y cuando vio como su sonrisa pícara se abría paso entre sus labios, resopló y desvió toda su atención, de nuevo, hacia su compañero.

—Ferreira continua… — dio un paso alejándose de Berta — no tengo paciencia para estos juegos…

Ferreira desvió su mirada hacia Berta, para luego centrarse en Marta.

—Pues… inspectora, poco que contar, es una mujer de mediana edad, con la misma herida punzante en el pecho y sin nada que la identifique… no hay signos de violencia sexual…

—Un momento… — interrumpió Berta — tiene algo bajo las uñas…

Berta recogió unos pequeños restos bajo las uñas de la mano derecha de la víctima, se incorporó y sin mirar a nadie más que a Ferreira, se quitó los guantes.

—Que lo lleven todo al laboratorio forense, me adelanto para analizar esto.

Marta la observó alejarse de allí en completo silencio, Berta podía ser fría y distante, pero al siguiente segundo, era cercana y pasional. A Marta le estaba costando mucho gestionar la revolución que provocaba en su interior.

Celia no había encontrado una excusa creíble para llamar a Marta, después de sus últimas palabras, así que, después de unas horas dándole vueltas, decidió darle una sorpresa y sin previo aviso, se presentó en la comisaria. Cuando llegó, tuvo la habilidad de esquivar al policía de la puerta y evitar ser anunciada, así, Marta, no tendría la oportunidad de rechazar su visita con cualquier excusa. Desde su posición, observó que Marta estaba hablando por teléfono mientras caminaba enérgicamente de un lado a otro y gesticulaba exageradamente con su brazo libre. Celia apostó a que al otro lado del teléfono habría algún misógino poniendo en duda sus capacidades para la investigación. Observó como colgó el teléfono y lo lanzó sobre la mesa de su escritorio, murmurando algún que otro improperio por la impotencia ante tanta mentalidad neandertal.

—¿Puedo pasar? — preguntó Celia casi en un susurro, asomando la cabeza con cautela.

—¿Qué haces aquí? — preguntó extrañada al verla en su despacho después de su última conversación.

—Si vas a morderme, me como yo la ensalada de queso de cabra con frutos secos que te he traído para comer…

—¿Comer? — Marta miró su reloj para comprobar que la mañana se había esfumado — ¡Mierda!

—¿Cómo lo llevas? — le preguntó Celia en tono cariñoso mientras se acercaba a su mesa.

—Pues estoy pensando en que idea es las mejor… si tirarme al tren o al maquinista… — Marta se recogió el pelo en una coleta alta y se sentó en su silla de nuevo.

Celia se acercó a ella con una disimulada sonrisa entre sus labios, Marta se hizo la distraída, lo último que pretendía era que creyese que también jugaba a sus juegos.

—Vamos… — Celia giró la silla de Marta y se sentó a horcajadas sobre ella — tienes que relajarte… y yo sé cómo… — se lanzó a morder su cuello.

Marta reaccionó poniéndose de pie y obligando a Celia a separarse de ella.

—Pero qué coño te crees… estoy trabajando — inquirió con los dientes apretados.

—Solo pretendía llegar a tu corazón… ¿No ves que te echo de menos?

Un silencio se instauró entre ellas, Marta clavó su mirada en los ojos marrones de Celia, ella desvió su mirada, encontrando el suelo más interesante.

—Celia… — Marta rodeó su mesa y se plantó frente a ella — ¿por qué has venido? — se cruzó de brazos y esperó una respuesta que le convenciese.

—¡¡¡Porque quería verte!!! — Celia braceó visiblemente molesta, señaló la ensalada sobre la mesa — te he traído la comida y tú, no dejas de ser una grosera…

—Celia, baja la voz… — Marta susurró intentando que imitase su tono — estamos en mi trabajo…

—¡¡Eso es lo único que te importa!! — Celia empujó a Marta obligándola a retroceder un par de pasos — toda tu vida, es tu puto trabajo… ¡¡estoy harta!!

—Creo que no estás siendo justa…

—¡¡¡Qué te jodan!!! — Celia cogió la ensalada y salió del despacho dejando a Marta con la palabra en la boca.

Dos horas más tarde, la puerta de su oficina se abrió de nuevo, pero esta vez, la persona fue sigilosa e intentó no hacer ni el más mínimo ruido. Pretendiendo no ser descubierta.

—Menuda cara llevas… — musitó Andrea al llegar frente a la mesa de Marta.

—Gracias por el alago — las dos mujeres sonrieron con ironía — esta noche no he dormido muy bien…

—No tienes muy buen aspecto.

—Eso ya me lo has dicho…

La obsesión de Celia por continuar viéndose y sus escenas de celos sin motivo alguno, la llevaban al borde de la locura, pero lo peor de todo, continuaba siendo Berta. Sus recuerdos con ella, seguían proyectándose repetidamente en su mente, con tanta insistencia que no permitía centrarse en su trabajo. Nunca había experimentado una frustración así.

—¿Hay algo en lo que te pueda ayudar? — Andrea la miraba con ternura.

—No, pero gracias — Marta sonrió muy agradecida por la preocupación de su amiga — es algo que debo resolver por mí misma… cuando encuentre la manera de hacerlo… — susurró más para ella que para Andrea.

—Ya no tienes edad para estos juegos — le dijo Andrea mientras se sentaba en la silla frente a ella.

—Querida, los cuarenta son los nuevos veinte… — Marta levantó la vista y le dedicó una sonrisa cómplice a su amiga.

—Pues yo hubiese jurado que ya habías superado esas fantasías lésbico-amorosas en las que te mueves últimamente.

—Cuidado que ha venido doña comedia a matarnos de risa — dijo irónicamente Marta — ya da igual, toda esta historia es una oda a abrazar el error…

—¿Sabes lo bueno de tocar fondo? — Andrea se inclinó hacia delante y acarició la mano de Marta, obligándola así, a soltar los documentos que sostenía — que solo puedes ir en una dirección, hacia arriba, es pura coherencia.

—¿Hasta qué punto es posible ser coherente? — se reclinó en el respaldo de su silla esperando la respuesta de su amiga.

—Eres un tanto errática — respondió y Marta frunció el ceño — somos seres imperfectos, es imposible ser coherente en la mayoría de las veces.

—Ella es quien me saca de mi propia coherencia… es un caos… no sé qué tiene…

—En todos nosotros hay una parte interna nuclear que nunca muta, no existe el cambio total de una persona, hablando antropológicamente, somos seres que nos pervertimos por otras personas, que aparecen y te pervierten abriendo tu mente.

—Hoy estás un poco… chulita indolente… — Marta rompió a carcajadas ante la expresión de su amiga.

—Eres tú la reticente que no quiere ver nunca las cosas — sujetó las dos manos de Marta entre sus manos — he sido testigo de cada vez que has silenciado el mundo con tus logros en la vida, nada ni nadie te ha detenido nunca y ahora, ¿te rindes así de fácil? — se acercó un poco más a ella — querida, esa chica te mira como si pudiese ver todo lo que guardas en tu interior.

—Con ella… — Marta cerró los ojos como si estuviese recordando algo — con ella me sucede algo que nunca había sentido, siento los besos en su mirada antes que en sus labios…

—Es ahí, Marta — Andrea apretó sus manos — es ahí donde debes ir. Vivimos en una sociedad tóxica donde los prejuicios conducen nuestra actitud frente a los demás, sin dejarnos ver la verdadera esencia de cada uno.

—No sé qué sería mi vida sin ti — le sonrió agradecida.

—Una aburrida tragicomedia — respondió con un tono lleno de condescendencia y Marta suspiró hondo.

—Sabes lo mucho que te quiero, ¿verdad?

—Sabes que soy muy hetero, pero solo por ti haría una excepción — Andrea se levantó de su silla y se inclinó sobre la mesa hasta sellar sus labios con los de Marta, fundiéndose en un tierno y casto beso que reafirmaba una vez más la poderosa amistad que existía entre ellas.

—Gracias por ser mi pepito grillo — Marta sonrió agradecida después del beso.

—Sé que no somos de la misma sangre, pero cuentas con mi apoyo incondicional, para mí eres mi familia.

Una lágrima solitaria recorrió la mejilla de Marta precipitándose al vacío.

—Marta… — susurró Andrea.

—No, por favor, no digas nada más… — Marta miró fijamente a su amiga a los ojos — déjame sacar todo lo que me revolotea en mi interior.

—Por cierto, cambiando de tema… ¿Recuerdas al chico guapo de los vinos? — Andrea esperó a que su amiga le confirmase que sabía de quién hablaba — pues lo tengo en el bote, esta noche salimos a cenar…

—¿En serio? — una sonrisa enorme se abrió paso entre los labios de Marta — ¡¡eso es genial!! — las dos se abrazaron — me alegro por ti, te mereces a alguien que te haga sonreír así.

—Tú también amiga, no lo olvides — Marta se separó del abrazo suspirando por las palabras de su amiga.

Berta reía sonoramente por el comentario de su compañero mientras entraban en la cafetería. Habían trabajado durante varias horas intentando reconstruir la escena del crimen y cuando Berta llegó a una posible conclusión, su compañero le ofreció un café bien merecido.

—¿Qué te apetece? — le preguntó su compañero con una enorme sonrisa.

—Pues, hace poco probé un café arábico… — Berta sonrió al recordar a Marta mientras lo saboreaba — y era realmente bueno…

—Arábico entonces.

Su compañero se acercó a la barra y pidió el mismo café para los dos. Berta intentaba no desviar su mirada de él, temía que, si hacía un recorrido visual por la cafetería, se encontraría a Marta, o lo que podría ser peor, a Marta en actitud cariñosa con Celia, y eso era lo que menos le apetecía en ese mismo momento. Berta sonrió al ver el coqueteo descarado de su compañero con la camarera de la barra, era un chico muy simpático y bastante mono, estaba segura de que sería capaz de conseguir una cita con la camarera, le había visto hacerle ojitos en varias ocasiones. Así que era una apuesta segura.

—¿Perdona has pedido ya?

La voz de Celia provocó un leve temblor que recorrió todo su cuerpo, la esperanza de no cruzarse con ella, se acababa de disipar.

—Eemm… sí, gracias… — Berta miró fijamente a Celia y encontró algo diferente en su mirada — están pidiendo en la barra…

—¿Quién? ¿Marta? — Celia exclamó el nombre con un tono lleno de ilusión y la buscó con la mirada por casi todo el local.

—No, claro que no… — Berta entrecerró los ojos y ladeó la cabeza — no soy de las que quedan con las novias de las demás.

—¿Novia? Marta nunca ha sido mi novia… — Celia cambio su tono — más bien solo he sido el reemplazo de alguien.

—¿Perdón?

—Ahora solo quiere que seamos amigas… pero yo no me voy a conformar… así que tengo un plan para reconquistarla… volverá a ser mía…

—¿Tuya? — preguntó Berta incrédula antes esas palabras.

—No hay muchas mujeres como ella… así que lucharé porque vuelva a mi lado.

Y con esas palabras y su tono armado de seguridad, Celia giró sobre sus talones y se alejó, dejando a Berta bastante confundida.

DOS SEMANAS

La comisaría estaba casi vacía, las luces brillantes de las farolas que había en la calle, entraban por las ventanas, compitiendo con las luces blancas que alumbraban los despachos de toda la comisaría. Berta ignoró el origen de la luz y, sin saber cómo, caminó hacia el despacho de Marta casi por inercia. Tampoco tenía idea de por qué se le ocurrió la idea de entrar sin llamar, pero lo hizo. Se quedó plantada en la puerta y la observó en silencio mientras continuaba trabajando en algún expediente de alguno de sus casos. Marta estaba sentada en su silla, se echó hacia atrás y se apoyó completamente en el respaldo sin dejar de observar las fotos de las pruebas esparcidas sobre su mesa.

—¿Te vas a quedar de pie en la puerta o vas a entrar? — musitó Marta sin levantar la vista de aquellas fotos.

Berta se paralizó y comenzó a sentir como un leve calor invadía su cuerpo, su rostro delataba su tensión y empezaba a ruborizarse.

—Lo siento… Inspectora Alcalá… — la sonrisa de Berta era resplandeciente.

En un momento dado, Marta levantó la cabeza y su mirada se encontró con los ojos de Berta, sus miradas se cruzaron y una sonrisa radiante se abrió paso entre sus labios, el brillo en su mirada y esa sonrisa, la desconcertaron.

—¿Qué haces tan tarde todavía aquí? — preguntó volviendo su atención a los documentos esparcidos sobre su mesa.

—Tenía trabajo atrasado… — Berta dio un pequeño paso y entró un poco más al despacho de Marta — ¿y tú?

Casi resultaba perturbador, descubrir que la inspectora del caso, rozaba la obsesión por mirar otra vez todas aquellas pruebas.

—¿Cuestionando a la jefa? — no levantó la mirada, pero sonrió.

Berta se contagió de su sonrisa y pensó que, inconscientemente, llevaba la cuenta de las veces que le había sonreído en los últimos días.

—No, no… claro que no… — negó con la cabeza, haciendo visible su estado de nervios — ¿tienes cinco minutos? Tengo que hablar contigo.

Berta era capaz de verbalizar que la inspectora, Marta Alcalá, no la intimidaba, pero lo cierto era que, desde que la conoció por primera vez en el hotel, descubrió en ella algo que la hacía temblar con tan solo una mirada.

—Sí, claro — Marta asintió extrañada por la petición, sobre todo por las buenas formas.

Últimamente, Marta estaba más acostumbrada a recibir su arrogancia y menosprecio, así que, toda esa amabilidad la pilló desprevenida. Berta era dulce en sus gestos faciales, no dejó de sonreír desde que sus miradas se cruzaron y su sonrisa brillaba. Marta estaba completamente descolocada, incluso un poco en alerta, desconfiando de sus verdaderas intenciones.

—He visto la última conclusión sobre los tóxicos en sangre… — Marta buscaba una hoja entre todas las que tenía sobre el escritorio — y la relación definitiva de lesiones… y creo que… — cuando la encontró, levantó la vista y el gesto que lucía Berta, le revelaba otra intención por su parte — ¿no es de eso de lo que quieres hablar?

—Bueno… si has encontrado algo concluyente… — Berta cogió la hoja de su mano y sin prestarle atención, la volvió a dejar sobre la mesa y volvió a centrarse en Marta — pero… no, no es de eso… — suspiró — de lo que quiero que hablemos…

Marta la miró fijamente, curiosa por averiguar por donde iba a ir la conversación. Berta estaba claramente nerviosa, no dejaba de mover las manos y un leve sonrojo aparecía sobre sus mejillas, aumentando la curiosidad de Marta.

—Creo que te debo una disculpa… — Berta continuaba con su mirada en el suelo, levantó la vista y se encontró con el verde mar de aquellos ojos donde se había perdido tantas veces durante las vacaciones en el hotel — mi actitud hacia ti, no ha sido la más correcta… pensaba que habías jugado conmigo…

—Yo jamás he jugado contigo — se apresuró a aclarar Marta.

—Ya… Ahora lo sé… y lo siento… — Berta volvió a fijar su mirada en el suelo — Marta…

—Dime… — Marta la miró fijamente y fue testigo de cómo Berta hacía un esfuerzo casi sobre humano para aguantarle la mirada — Berta… tranquila… — susurró al percibir como sus manos temblaban levemente.

Marta se movió acercándose a una distancia prudencial, adelantó sus manos hasta alcanzar las manos de Berta y protegerlas entre las suyas, sus miradas se cruzaron y una tímida sonrisa se abrió paso entre sus labios. Berta dio un paso acercándose peligrosamente a ella, ahora era el turno de Marta para sentir como todo su cuerpo se estremecía al notar el calor que desprendía el cuerpo de la joven forense. Berta se movió con cautela y frenó su avance durante unos segundos cuando sintió como se mezclaban sus alientos.

—No… — susurró Marta al mismo tiempo que retrocedió dos pasos, generando una distancia de seguridad entre ellas donde se sentía más cómoda.

—Lo siento… no pretendía incomodarte… — el rubor de sus mejillas subió un par de tonos.

—Berta, aquí no… — Marta susurró cada palabra con un gran esfuerzo — soy tu jefa y mi despacho es de cristal… — susurró cada palabra en un tono casi inentendible.

—¡¡Inspectora Alcalá!!

La voz de Ferreira provocó que Berta diese un respingo tan enérgico, que retrocedió un par de pasos.

—Dime… — Marta miró a Berta y ambas sonrieron — mi oportuno compañero.

—Ha aparecido otro cadáver, junto a las vías del tren… — Ferreira se apoyó sobre el marco de la puerta — tiene una herida punzante en el pecho.

—¡¡Mierda!! — Marta recogió sus cosas y antes de salir por la puerta miró a Berta que continuaba plantada en el mismo sitio — ¿vienes con nosotros?

—No, mi turno ha terminado… — la respiración de Berta volvió a normalizarse — irá otro compañero.

Marta asintió y se fue de allí con bastante rapidez. Cuando Berta la vio desaparecer por el pasillo de la comisaria, se apresuró a dar los pasos necesarios para alejarse de allí, su cabeza era una guerra. Una auténtica batalla encarnecida contra lo que sentía por aquella mujer.

Marta bajó del coche con la misma rapidez que lo hizo su compañero, era el quinto cadáver en tan solo seis semanas. Esto empezaba a ser un caso muy complicado. Por primera vez y, en toda

su trayectoria profesional, Marta deseó que el motivo de esa muerte hubiese sido por una causa natural o algo más bizarro, pero deseaba con todo su ser no ver una herida punzante a la altura del pecho de su nueva víctima. Todas sus esperanzas se desvanecieron a tan solo metro y medio de la escena. Se detuvo de golpe, no necesitó acercarse más para comprobar que se trataba de un caso similar a las mujeres anteriores, otro más que sumar a su mesa de expedientes sin resolver. Su frustración aumentaba.

—El asesino ha vuelto a hacerlo… — Ferreira se colocó junto a la mujer tendida en el suelo sin vida — si no lo detenemos… ese depredador seguirá matando…

—Tenemos que esforzarnos en encontrar algo clave…

—¿Cómo es capaz de llegar a su corazón así sin matarlas de miedo antes?

Marta miró a su compañero y una idea golpeó casi con violencia en su mente. Debía imaginar la escena mientras el asesino y la víctima interactuaban antes de cometer el hecho. La frase de Celia el día anterior, cuando se sentó a horcajadas sobre ella, le dio una pista. “Solo pretendía llegar a tu corazón”.

—Ferreira… — llamó la atención de su compañero, que continuaba intentando encontrar alguna pista reveladora.

—Dígame inspectora.

—Ningún cadáver ha mostrado signos de violencia sexual… ¿Verdad?

—Según las autopsias, no — Ferreira frunció el ceño sin entender hasta donde podía llegar la inspectora con esas preguntas.

—Si yo mantengo relaciones sexuales con una mujer…

—Inspectora yo… — su joven compañero se ruborizó.

—Tranquilo Ferreira, solo son conjeturas… — Marta dio varios pasos y rodeó a la víctima — digo que las relaciones sexuales entre mujeres no dejan marcas como tales… — ladeó su cabeza y miró una vez más a su compañero — ¿Por qué no valoramos el hecho de que puede tratarse de una mujer? — preguntó sin dejar de revisar alrededor de la víctima para encontrar alguna pista.

—¿Una mujer?… — musitó Ferreira pensativo — eso podría explicar la facilidad que tuvo para acercarse y asestarle una puñalada de estas características…

Marta observó como el forense recababa algunas de las muestras, a pesar de que no dudaba de su profesionalidad, la metodología de Berta le parecía más exhaustiva. Aunque en el fondo, solo quería trabajar con ella para pasar más tiempo juntas.

Marta jamás había sido una mujer insegura, pero las dificultades para resolver los asesinatos y todo lo que estaba sucediendo con Berta, provocaba alguna que otra crisis en su sistema nervioso. Siempre fue consciente de sus capacidades para ejercer su trabajo, pero ahora comenzaba a tener dudas, mermando la seguridad que siempre había demostrado. Marta cruzó la puerta de la comisaría y noto un ambiente tenso, no sabía de qué se trataba, pero había un silencio revelador.

—Buenos días, Ferreira… — Marta saludó a su compañero cuando llegó a su altura.

—El comisario Castro te espera en su despacho… — susurró Ferreira.

—Mierda… — musitó y giró sobre sus talones.

Era un trayecto de unos seis metros, pero esta vez caminó con más nervios que nunca. Pensar en cómo iba a responderle a cada una de las preguntas inquisidoras de su jefe, la llenaba de ansiedad. Dio un par de golpes a la puerta y tras escuchar una invitación con la voz grave de su jefe, entró y fue directa a la silla frente a él y se sentó.

Rafael Castro, el jefe de la comisaría cuarenta y siete, era un hombre serio, recto y muy

tozudo, una de las máximas autoridades de la policía, pero que a pesar de tener unas cualidades que revelaban una educación estricta, tenía un don especial para descubrir a agentes con un potencial envidiable, y los ayudaba, desinteresadamente, a progresar en su vida. Y ese fue el caso de Marta, Rafael siempre fue su gran apoyo y no estaría mintiendo, si dijese que siempre fue su ojito derecho. Así que, decepcionarlo nunca estaría en los planes de Marta.

—Alcalá… — musitó Rafael cuando Marta entró en su despacho y sin levantar la vista de unos documentos que tenía entre las manos — ¿Cómo justificarías ante tus superiores, que tu mejor inspectora, permita que haya un asesino en serie suelto y haya acumulado cinco cadáveres?

—Porque empiezo a creer que el asesino… — Marta no desvió su mirada — es una mujer… y por eso hemos estado tan perdidos…

Rafael levantó la mirada y se quedó fijamente mirando a Marta, necesitaba descubrir que era una confirmación firme y que no le estaba vacilando. Marta ladeó la cabeza y su jefe, cerró la carpeta y apoyó los dos brazos sobre su mesa.

—¿En qué basas tu hipótesis? — se inclinó hacia delante sin dejar de mirarla fijamente.

—En nada realmente… — Marta se removió en su silla — es una corazonada… y de momento solo es eso… una hipótesis.

—¿No hay indicios? — su jefe se echó hacia atrás y se apoyó en el respaldo de su enorme silla — ¿no tienes nada?... — se cruzó de brazos — Marta, ¿me estás diciendo que tenemos cinco cadáveres y solo tienes una corazonada?... esperaba algo más…

—Tengo varias pistas que encajan con una mujer asesina y después… está la teoría de que no hay heridas defensivas porque se sentían a salvo… además está el arma homicida… no está siendo nada fácil señor…

—Marta, me están presionando de arriba… estamos con el agua al cuello.

—Necesito unos días más, señor… — Marta se levantó con intención de salir de su despacho — estoy detrás de una pista…

—Dos semanas Alcalá… — Rafael volvió a abrir la carpeta — dos semanas…

Eran casi las siete de la tarde, Marta continuaba enterrada entre los documentos sobre su mesa. Ferreira entró en la oficina con ímpetu.

—Alcalá, son las siete — Marta levantó la vista de las fotos y los informes — ¿necesitas algo más?

—Perdona Ferreira, pensaba que ya te habías ido.

—He terminado de cuadrar algunas declaraciones y ya me voy, ¿tú, te quedas? — Ferreira continuaba apoyado sobre el marco de la puerta.

—Solo un rato más… necesito intentar averiguar algo más… — Marta levantó la mano — hasta mañana, descansa.

Marta se sobresaltó al sentir una figura plantada frente a ella, parpadeó varias veces para creerse la imagen que veían sus ojos, Berta estaba en su despacho sin previo aviso. Era como si hubiese salido de la nada de repente. Se sentó un poco más erguida sobre su silla y por un segundo se olvidó del desasosiego de las últimas horas a causa de la forense plantada frente a ella. Berta lucia una mirada desafiante, obligando a Marta a responder de la misma manera. Se cruzó de brazos y caminó por todo el despacho en completo silencio, mientras la observaba de reojo sus incesantes movimientos, estaban acabando con su paciencia.

—¡¡Para!! — Berta se sobresaltó por el grito de Marta — has estado dando vueltas sin decir nada durante un buen rato… — su tono sonaba cargado de frustración.

—¡No me grites! — respondió Berta de una forma muy tajante.

—Pues deja de dar vueltas por mi despacho… y mirar cada rincón como si estuvieses buscando algo.

—Es que me mata la curiosidad — respondió Berta encogiéndose de hombros.

—La curiosidad no te va a dar una respuesta… — Marta ladeó la cabeza, esperando la reacción de Berta.

—Sabes mi respuesta… —respondió Berta mirando las fotos colgadas de la pared, eran fotos de Marta recibiendo condecoraciones — es una situación tensa… no voy a seguir con esto…

Marta puso los ojos en blanco ante la actitud desafiante de Berta.

—Insistiré — puntualizó con una curva en sus labios que destilaban una intención de sonrisa.

—No me importa — Berta levantó un dedo — solo he venido a despedirme.

Marta apretó sus manos sobre los reposabrazos de su silla con tanta fuerza que se oyó un leve crujido.

—¿Qué sucede Berta? — se levantó de su silla y caminó con calma hasta donde se encontraba ella.

Berta suspiró cuando sus fosas nasales reconocieron el perfume de Marta, era un olor clavado en su mente, capaz de reconocerlo entre miles de olores. Marta fue cerrando con cautela todas las persianas que cubrían las paredes acristaladas de su despacho, continuaba presa por la incertidumbre de cuál sería el siguiente movimiento de Berta.

—No te acerques más — Berta dio dos pasos atrás y negó con la cabeza.

—Lo siento… — Marta dejó caer sus brazos a cada lado de su cuerpo — entonces… ¿Esto es un adiós?

Las lágrimas comenzaron a caer por el rostro de Marta, sin que pudiese remediarlo de alguna forma. Berta ladeó la cabeza y la miró fijamente, ver aquellas lágrimas precipitarse, la conmovieron de tal forma que corrió a abrazarla.

—No te puedo ver así…

Marta se aferró a la cintura de Berta como si le fuese la vida en ello. Toda la calidez que desprendía su cuerpo, se transformó en consuelo al sentirla tan cerca. Fue tan intenso que Marta no pudo contenerse por más tiempo y se dejó caer en brazos de aquel nudo que anidaba en su garganta.

—Lo siento… — logró musitar entre sollozos — te juro que todo ha acabado con ella… pero… se ha obsesionado…

Marta sintió como los labios de Berta rozaban su piel suavemente sobre el recorrido de la lágrima. Esa sensación derrumbó todas las barreras, Berta sabía muy bien como colarse entre sus grietas y las defensas de Marta estaban completamente nulas. Se separó lentamente y acunó su cara entre sus manos, se acercó a sus labios sin dejar de verse reflejada en su mirada.

—Tranquila… no hace falta que me cuentes nada, no tienes porque…

—Pero quiero hacerlo… por favor no seas tan orgullosa…

—No soy orgullosa — respondió Berta con una sonrisa.

—Un poco sí… — dijo Marta limpiándose los restos de sus lágrimas — aunque debo confesarte, que me encanta también esa parte de ti…

Los dedos de Berta acariciaron la mandíbula de Marta, dibujando a la perfección su perfil. Continuaba con su sonrisa encantadora entre sus labios y con la misma delicadeza que movía sus dedos por la piel de Marta, se acercó y le dejó un suave beso sobre el perfil de su mandíbula.

Marta sintió como la presión que oprimía su pecho, iba desapareciendo en cada caricia que Berta le brindaba.

—¿Esto es una estrategia para hacerme sentir mejor? — susurró Marta mirando a Berta fijamente a los ojos.

—¿Funciona?

—Definitivamente… sí.

Las manos de Berta cayeron sobre los hombros de Marta y fueron descendiendo lentamente por sus brazos. Marta cerró los ojos y echó la cabeza levemente hacia atrás, disfrutando del delicado tacto de los dedos de Berta sobre su piel. Marta sintió el sutil tacto de sus labios en su cuello, erizándole la piel al paso de su ávida lengua, pero cuando sintió un leve mordisco justo encima de su yugular, sus latidos se aceleraron, aumentando exponencialmente el ritmo de su respiración.

—Soy buena consolando, ¿verdad?

Marta no pudo evitar sonreír ante el descaro de Berta, sus caricias siempre la llevaban a un lugar donde se sentía a salvo, donde olvidaba todo lo estresante que hubiese pasado últimamente en su vida. Sus labios recorrieron el camino exacto para acabar torturando los de Marta, mientras sus manos, expertas en su piel, recorrían lentamente su abdomen.

—Quiero explicarte lo que pasó… — murmuró Marta.

Berta hizo caso omiso a esas palabras y continuó en su hazaña, tiró de la blusa de Marta hasta despojarla y dejarla en ropa interior. Sus labios viajaron, entonces, hasta la clavícula derecha, dejando allí constancia de sus intenciones. Con una mirada traviesa, Berta deslizó sus dedos desde la clavícula derecha de Marta, hasta el botón de su pantalón que, con un sutil movimiento, lo desabrochó.

—Me vas a dejar en desventaja… — susurró con una respiración lenta.

—Esa es la idea — respondió Berta antes de volver a hincar sus dientes en su cuello.

Un escalofrío sacudió toda la columna vertebral de Marta. Berta la empujó suavemente hasta dejarla sentada sobre su escritorio, sus manos se movían expertas sobre su cuerpo, no quedó ni un centímetro de piel conquistado por su tacto. Fue descendiendo lentamente con la mirada fija en los ojos de Marta, se deslizaba con la destreza de un felino hasta ponerse de rodillas frente a ella. Los latidos del corazón de Marta se dispararon al ser testigo de la oscuridad que desprendían sus ojos. Era en esos momentos, cuando se preguntaba si esa chica era real, Berta tenía carisma y era tímida, pero al mismo tiempo, la lujuria se apoderaba de ella, convirtiéndola en una leona hambrienta de deseo. El calor se apoderó de todo su cuerpo, sus dedos incendiaban su piel en caricias, no cesó en recorrer toda su piel mientras volvió a incorporarse. Fue directa a devorar su boca, consumiendo sus ganas en cada roce. Sus manos descendieron decididas a quitarle los pantalones, introduciendo los dedos por la cintura y a la espera de una señal que le permitiese continuar.

—Quítalos — musitó Marta con un tono un poco desesperado. Esa era la señal clara que esperaba.

Berta sonrió y sin demora enterró la cabeza entre las piernas de Marta, su boca se deshacía en roces ardientes que provocaban ahogados gemidos que morían en la garganta de Marta. Su respiración se aceleraba cada vez más y sus gemidos aumentaban de fuerza, se estaba volviendo loca al experimentar tanto con tan poca estimulación. Ese era el poder de Berta.

—Mmmm… — susurró Marta con la boca apretada al sentir un éxtasis de placer.

—¿Estás bien? — preguntó Berta apartándose del cuerpo de Marta.

Marta abrió los ojos y con una mirada traviesa, le devolvió la sonrisa pícara.

—Por favor, sigue con lo que estabas haciendo.

Berta ensanchó su sonrisa y accedió con todo el gusto a la petición de Marta. Su lengua retomó su trabajo presionando en el punto exacto donde estaba volviendo loca de placer a Marta. El calor que desprendía sus labios, era directamente proporcional a la presión que ejercía, haciendo que el placer de Marta escalase hasta llegar a la cima del clímax. Berta no cesó en su propósito y Marta se aseguró de ello, cuando enredó los dedos en su pelo para evitar la pérdida de contacto. Sus gemidos se escapaban de lo más profundo de su pecho, se avecinaba una caída libre premeditada. Berta se incorporó satisfecha de su trabajo mientras era testigo de las convulsiones que estaba experimentando el cuerpo de Marta en plena cima de placer. Cuando fue capaz de recuperar el aliento, observó como Berta la miraba con un brillo lleno de satisfacción en sus ojos. Era una imagen adorable, sus mejillas se teñían de un suave rojo, sus labios estaban rojos y un poco hinchados por el trabajo realizado, su pelo alborotado por la tensión de las manos de Marta y su camisa un poco arrugada, que ella misma intentó arreglar sin mucho éxito.

—Ven… — con un gentil tirón de la cintura de su pantalón, Marta la atrajo sobre su cuerpo — llevas demasiada ropa… — se lanzó a devorar cada centímetro de la suave piel de su cuello.

—Pero estoy bien… — Berta respondió con una sonrisa ardiendo en picardía.

Marta desprendía unas ganas locas de estrecharla contra su cuerpo, sus labios ardían de deseo por recorrer toda su piel.

—Créeme… vas a estar mejor…

Quince segundos es lo que tardó en desvestir a Berta y quedarse en igualdad de condiciones. Era un poco irónico para ella, sentir que siempre tenía el control de su vida, a excepción de cuando se encontraba en estas condiciones con Berta, era entonces cuando se dejaba llevar, permitiendo que fuese ella quien la tuviese a su merced.

—¿Me lo prometes? — susurró Berta en su oído, provocando que su piel se erizase de nuevo.

Marta la atrajo contra su cuerpo con intención de generar roce entre sus cuerpos y justo, Berta se movió con la misma intención. El dulce gemido que se le escapó a Berta, fue un poema para Marta que le hizo estremecerse desde los más profundo de su interior. Con un rápido movimiento, Marta apoyó uno de sus brazos sobre la mesa para no caer y con el otro, rodeó la cintura de Berta y la sostuvo contra su cuerpo con más fuerza, sintiendo que su piel ardía en el infierno al rozarse contra la suya. Los dedos de Marta viajaron por su cintura haciendo un recorrido exhaustivo de su piel, no se detuvieron hasta llegar a su meta y al introducirlos en su sexo, provocaron un fuerte gemido y obligó a Berta a esconder su cabeza en su cuello. Una capa de sudor comenzó a aparecer sobre su piel, el ritmo de Marta se mantenía y Berta se mecía sobre sus dedos, llegando a la cima del placer.

—Ma… más fuerte… — susurró Berta.

Marta obedeció y los dientes de Berta aterrizaron sobre su hombro, hundiéndolos con suavidad sobre su piel y dejando una suave marca, testigo del placer que le estaba provocando. Ese leve dolor que sintió Marta por su mordisco, se conjugó con el tibio delirio que le producía oírla gemir de placer. El juicio de Berta comenzaba a nublarse, la tensión se estaba acumulando en su sexo de una forma casi insoportable y amenazaba con escaparse. Respiró sobre los labios de Marta, mientras ella sentía como comenzaba a temblar y sus brazos se aferraron alrededor de su cuello como si necesitase sujetarse con fuerza para no caerse.

—No me sueltes — susurró agitada sobre su boca.

—Jamás — respondió Marta mientras profundizaba sus movimientos.

Berta devoró con vehemencia la boca de Marta mientras su cuerpo se rendía al éxtasis al que le había conducido. Marta sujeto con fuerza el cuerpo de Berta y se dejó caer, junto con ella,

sobre la mesa de su escritorio.

—¿Estás bien? — preguntó cuando sintió que Berta acomodaba la cabeza en su pecho.

—Demasiado bien, diría yo… — Berta respiró a un ritmo más normal y levantó la cabeza para poder mirar a Marta a los ojos — ¿Y tú?

—Estoy muy bien… — respondió con una sonrisa y elevó la cabeza lo suficiente para dejar un beso en la frente de Berta.

Berta llevó su mano hasta el rostro de Marta y lo acarició con delicadeza, como si fuese de algún material frágil y la observó detenidamente.

—Eres… — se calló de repente y, simplemente, la observaba con una sonrisa entre sus labios.

—¿Soy qué? — Marta frunció el ceño.

—Eres la mujer más increíble que he visto en mi vida… — Berta volvió a silenciar su voz por unos segundos — ¿De verdad te gusto?

—¿Tú qué crees? — Marta dibujo una curva encantadora entre sus labios — ¿lo que acaba de suceder no te da ninguna pista?

—Me gusta oírlo.

—Me gustas… — respondió intentando ocultar su sonrisa — creo que es mucho más que simplemente gustarme, Berta.

—No me llames así…

—¿Y cómo quieres que te llame?

—Cariño…

—¿Sí?

—Viniendo de ti, es tan tierno…

—Eres una insolente a veces y algo prepotente… — Marta intentaba molestarla, pero su sonrisa delataba sus intenciones — pero eres adorable…

—¿Adorable? — Berta se incorporó, quedando a horcajadas sobre la cintura de Marta — ¿ahora que soy un cachorrito?

—Pero eres mi cachorrito — Marta comenzó a dejar besos repartidos por toda su cara, haciendo reír a Berta de forma incontrolada.

Como algo excepcional, Marta y Berta llegaron juntas de la comisaria, cruzaron la puerta con una enorme sonrisa y una caricia clandestina que les resultó imposible detenerla.

—Hubiese sido un detalle que me contases que estabas follando con la forense de tu comisaria.

La voz de Celia a su espalda, sobresaltó a Marta, que dio un respingo ante el inesperado encuentro. Marta le guiñó un ojo a Berta y le dio un apretón en la mano, gesto que Berta respondió asintiendo, luego giró sobre sus talones después de comprobar que Berta entraba en la comisaria con la calma que la caracterizaba.

—No tienes derecho… — Marta miró a su alrededor — y por favor, baja la voz…

—¿Tienes tiempo para un café? — le preguntó Celia con bastante desdén al percatarse de cómo se miraban Marta y Berta.

—Sí, vamos… — Marta resopló.

En su interior, nacía una fuerza que la empujaba a mantener a Celia alejada de Berta, era una fuerza similar al instinto de protección y Marta lo llevaba a cabo. Emprendió su camino hacia la cafetería sin esperar que Celia emprendiese la marcha, así que tuvo que correr para alcanzarla. Durante los pocos minutos que duró el trayecto, caminaron en un completo e incómodo silencio.

—¿Te avergüenzas? — interrogó Celia, nada más se sentaron en una mesa situada al fondo de la cafetería.

—No, claro que no — respondió Marta visiblemente ofendida.

—¡Pues deberías!

—Imagino por tus comentarios y tu mala cara, que no estás de acuerdo con todo esto…

—Imaginas bien — respondió Celia con un tono altivo.

—Mira Celia, no quiero entrar en una batalla interminable contigo — Marta intentaba controlarse y sonar lo más calmada posible — pero no tienes ningún derecho a opinar sobre mi vida.

Celia no dijo nada, bebió de su café y miró fijamente a Marta.

—No he conseguido olvidarte…

—Celia… — Marta respiró hondo — hemos quedado un par de veces… las cosas no funcionan y ya…

Celia frunció los labios y pensó en las palabras de Marta, llegando a la conclusión de que tenía razón, pero no sabía muy bien cómo gestionar el lío que se desataba en su interior.

—Esto no es justo… — Celia sujetó la mano de Marta y captó su atención — yo sí que me enamoré…

—Celia… — Marta se levantó de su silla — me ha gustado mucho conocerte y estar contigo… pero yo no… lo siento…

Marta salió de la cafetería dejando a Celia sentada en la misma silla. Caminó sin mirar atrás, si lo hubiese hecho, hubiese descubierto las lágrimas que se precipitaron por la mejilla de Celia. Eran lágrimas llenas de dolor.

—Me excita verte tan concentrada en esos papeles — Berta levantó la vista sorprendida, la voz de Marta le hizo sonreír al instante — y eres tan sexy con esas gafas…

—¿A qué debo tu visita? — preguntó Berta recostándose en su silla mientras observaba como Marta caminaba hacia ella con paso decidido.

—Ni siquiera te acuerdas… qué fraude… — musitó Marta cuando llegó frente a ella.

Berta sonrió, fue capaz de reconocer el brillo que revoloteaba en los ojos de Marta y su sonrisa ardía en picardía. Era una declaración de intenciones. Con movimientos certeros, Marta se sentó a horcajadas sobre el regazo de Berta, acunó su cara entre sus manos y le robó un beso, para después aspirar con fuerza su aroma, era un olor capaz de reconfortarla.

—Cariño… — susurró Marta cuando se separó del beso — perdóname, he tenido un día demoledor…

—¿Y crees que puedo ayudarte a olvidarlo?

—Estoy segura de que sí — musitó Marta sobre sus labios.

Ambas sonrieron y volvieron a fundirse en un beso un poco más intenso que el anterior. Berta acarició la espalda de Marta dando círculos desordenados.

—Tenía la esperanza de encontrarte en la sala de descanso a la hora del café...

—Celia y yo hemos hablado toda la mañana…

—¿Después del encontronazo? — la interrumpió Berta, curiosa por saber qué es lo que había ocurrido.

—Después del encontronazo, pero no ha ido muy bien… — Berta se recolocó en su silla y sujetó a Marta con fuerza contra sus caderas — y…

—Te ha preguntado sobre nosotras… — interrumpió Berta sabiendo por donde iba a ir la conversación.

—Sí, pero le he explicado que ya no tiene ningún derecho sobre mi vida.

La risa de Berta rebotó en su pecho, provocando que ella también riese.

—Por eso me ha fulminado con la mirada cuando la hemos visto en la puerta de la comisaria… — Berta escondió la cabeza en el hueco de su cuello — escupirá en mi café la próxima vez que vaya a su cafetería.

—Por favor… — Marta sujetó delicadamente la barbilla de Berta y la obligó a salir de su escondite para mirarla a los ojos fijamente — si te dice o hace algo, por favor, dímelo enseguida…

—Tranquila… — Berta besó a Marta con un beso corto — de momento, solo se limita a miradas asesinas… — le tocó la nariz con el dedo índice — no quiero que hablemos de tu ex…

Fue el turno de Marta de devolverle la sonrisa a Berta por sus palabras. Detrás de esa sonrisa había un sincero agradecimiento, pero también reservaba una verdad clandestina. Marta no podía eludir los sentimientos que crecían cada vez que Berta le sonreía de esa manera. Se dejaba seducir por aquellos ojos profundos, se dejaba vencer por la pasión que desprendían. Su corazón se desbocaba con la cercanía de Berta y sus palabras la conducían a un remanso de paz, relajando su cuerpo y su mente. Tanta jodida belleza, debería ser un crimen. Marta casi podía leer sus pensamientos a través de sus ojos, era algo natural en Berta, siempre había expresado su romance de una forma muy peculiar y disfrutaba con diferentes situaciones. Olvidándose del lugar donde se encontraban, Marta atrajo las caderas de Berta contra las suyas con un movimiento rápido y estudiado, una acción que le permitía mejor movilidad. Berta le quitó las gafas y las dejó sobre la mesa, descubriendo que sus ojos estaban oscurecidos por el deseo, su corazón galopaba desenfrenado y desbocado, casi la ensordecía, haciéndola consciente de sus sentidos. Los ojos de Marta se abrieron por la sorpresa, cualquiera podía entrar mientras Berta continuaba subida sobre su regazo, esa mezcla de nervios y desenfreno, la tenía cautivada. Estaba perdida en sus aguas más profundas, donde la perversión, la tentación y el deseo no tenían límite. Berta tenía los labios apretados, su mirada era calcinante y peligrosa, era una tormenta disfrazada de calma. Cogió a Marta por el cuello de su camisa ocasionando pequeñas arrugas y se inclinó apenas rozando sus labios, la besaba con una lentitud inquietante. Sus besos eran húmedos, besos calientes, necesitados y apasionados, que acercaban a Marta al borde de la locura, siendo besos arrebatados, dominantes, sexuales y llenos de amor y morbo. Después del impacto, llegaba la emoción, los ojos de Marta eran dos fosas de mar cristalino, brillaban expectantes, sus pupilas se encontraban ligeramente dilatadas. Se inclinó para poder besarla, pero Berta se alejó con gracia y una sonrisa altanera, que la devoró con la mirada. Llena de tantas emociones que no podía explicar, estaba excitada, llena de deseo, como jamás había sentido antes. Se inclinó a besarla sin esperar respuesta alguna, esta vez, los labios de Berta la recibieron calientes y voraces. Sus ojos brillaban y la sonrisa de Berta era sublime, siempre había tenido una forma de mirar a Marta,

venerante y tierna. Estiró su mano para acunar su rostro, suspiró con satisfacción y mientras la volvió a besar, su otra mano, viajó a traición hasta su entrepierna. Marta, provocadora, abrió sus piernas dejando expuesta su ropa interior de encaje. Berta recorrió sus piernas con sutileza y su mirada se quedó fija en el mismo punto y una sonrisa altanera se le escapó. Se lanzó con premura sobre Marta, sus dientes rozaron la sensible piel de su cuello, alterando así su respiración, desequilibrándola al sentir sus manos recorriendo su abdomen. El vientre de Marta se contrajo y, por inercia, se pegó más a su cuerpo, generando un roce placentero, cerró los ojos y, mientras Berta se deshacía en besos, Marta gemía por sus caricias. Malditas caricias que la encendían exigiendo más. Sin tan siquiera levantarse, Berta comenzó a desnudarse, se quitó la camiseta lentamente, exponiendo sus pechos y sintió la mirada traviesa de Marta con descaro. Se inclinó un poco hacia adelante para quitarse los pantalones, movimiento que Marta aprovechó para succionar con devoción uno de sus pechos que quedaban deliberadamente a su alcance. Berta bajó sus pantalones y su ropa interior al mismo tiempo, aumentando el ritmo de la respiración de Marta a un límite que rozaba el caos. Se volvió a acomodar sobre ella y pudo sentir la humedad de su sexo. Marta observó la mirada de Berta completamente oscura y profunda, llena de deseo, descubriendo que era ella quien se escondía detrás de tanto deseo, le gustaba saber que la había deseado desde el principio de la misma forma que ella lo había hecho. Berta gimió al sentir como Marta introdujo sus dedos delicadamente sin permitirle ni tan siquiera aclarar sus propios deseos, mientras la volvió a besar con vehemencia. Con cada penetración, sus gemidos aumentaron y con cada uno de sus gemidos, Marta sonrió con orgullo mientras intentaba hacerla caer por el precipicio. Berta sonrió y retuvo entre sus dientes su labio inferior, que transformaba cada penetración en un roce lento, cuidadoso y desesperante. Berta movió sus caderas aplicando más velocidad y una mayor firmeza en sus embestidas, tomando así las riendas de su propio placer. Se aferró a su nuca con más fuerza y comenzó a besarla de una manera descuidada y desordenada, cuando su orgasmo se apoderó de su ser. El gemido que su garganta retenía, se liberó y sintió como la sonrisa de Marta creció con mayor ímpetu, volvió a penetrarla, intentando llegar a lo más hondo mientras las paredes de su interior secuestraban sus dedos. Sus pieles eran fuego.

—Esto no se queda así — dijo Berta mientras se levantó y sujetó de la mano a Marta para levantarla de su silla y llevarla hasta el borde de la mesa.

Berta empujó con delicadeza a Marta para sentarla sobre la mesa y ella se arrodilló frente a ella, acarició sus muslos suavemente.

—Te advertí que esto no podía quedarse así… — dijo Berta mientras sonrió traviesamente.

—Ya veo… ¿Y qué propones? — respondió Marta con el mismo tono juguetón.

Berta se acercó poco a poco para devorar una vez más su boca, se fundió en un beso lento, pero lleno de pasión, comenzó a moverse con intuición, provocando que la excitación de Marta aumentase. Berta era capaz de sentirlo, así que, sus manos intensificaron sus caricias, aumentando la presión cerca de su sexo y dejó varios besos húmedos en su cuello para viajar de nuevo a su boca. Subió lentamente las manos y comenzó a desabrochar su camisa, Marta suspiró mientras se deshacía de su camisa y se quedaba en ropa interior. Berta no se molestó ni en quitarle la falda, con arrugarla hasta su cintura, conseguía el acceso que necesitaba, así que, no iba a perder más el tiempo en desnudarla. Dejó varios besos repartidos en el espacio que había entre su cuello y su clavícula, para comenzar un camino de descenso hasta llegar a su abdomen. Sus manos, a cada lado de sus muslos, se dirigían con confianza hasta alcanzar sus nalgas para apretarlas con fuerza. Berta se acomodó hasta quedar de rodillas frente a ella, besó sus muslos una vez más y se acercó peligrosamente al sexo necesitado de Marta.

—Te gusta tenerme así, ¿verdad? — preguntó Marta con la lujuria bailando en sus ojos.

—¿Cómo? — sonrió sobre su piel — ¿sometida a mis deseos? — dejó un beso húmedo en la vulva de Marta — no me gusta… me encanta… — y con esas palabras, comenzó a devorar su sexo.

Marta comenzó a estremecerse por el tacto intenso de la diestra lengua de Berta, arqueó la espalada y se aferró con ambas manos al borde de la mesa. Sentía como cada roce la empujaba al borde del precipicio, avecinándose una caída libre.

—Ma… más… — Marta sujetó la cabeza de Berta entre sus manos y la levantó hasta quedar sobre ella — fóllame… — la besó saboreando su propio sabor en sus labios — me vas a matar…

Berta deslizó su mano entre sus cuerpos hasta llegar a su sexo y paseó sus dedos alrededor de cada pliegue para que, en un momento dado y sin previo aviso, entrar en su sexo con poca delicadeza. Los gemidos de Marta se liberaron entre jadeos de su respiración alterada. Los movimientos de Berta eran precisos, Marta continuaba gritando de placer, indicándole que iba por el camino correcto. Las paredes de su interior comenzaron a contraerse alrededor de sus dedos, un glorioso orgasmo se avecinaba y Berta aumentó el ritmo de sus embestidas, llevándola al clímax.

—Ha sido increíble… — confesó Marta mientras su cuerpo se estremecía.

—Sí, lo ha sido… — respondió Berta antes de volver a besarla — espera… ¿No has cerrado la puerta cuando has entrado?

—No — dijo Marta traviesa y rompió a reír a carcajadas.

—Corre, vístete… — Berta se levantó del suelo como si le hubiese dado un calambre — mi ayudante entrará en cualquier momento, es su hora de irse y siempre se despide primero.

Berta daba pasos rápidos por todo su despacho, recogiendo cada prenda de ropa que se hallaba esparcida por el suelo y la tiraba sobre la mesa, las que pertenecían a Marta, mientras ella se reía al ver la cara de pánico que lucía. Dos golpes en la puerta, hicieron que Berta se girase rápidamente y miró a Marta para comprobar que estaba vestida, ella continuaba abrochándose la camisa.

—Pasa Jorge… — dijo al abrochar el último botón de su camisa.

—Emm… mejor no… — dijo el chico desde el otro lado de la puerta — no quiero ser testigo de lo que te ha hecho gritar de esa forma… — el rubor subió por el rostro de Berta mientras Marta rompía a reír a carcajadas — solo quería decirte que ya me voy a casa…

—De acuerdo, nos vemos mañana… — consiguió articular Berta completamente avergonzada — te voy a matar… — musitó mirando como Marta continuaba retorciéndose sobre la mesa entre carcajadas.

Marta se levantó de la mesa y fue directa a abrazar a Berta. Sentir su calidez, le hacía sentirse más relajada.

—Sé que ahora mismo quieres matarme… — Berta se separó del abrazo y la miró a los ojos fijamente — pero tu sonrisa me dice todo lo contrario — Marta sonrió con sarcasmo y la besó de nuevo.

—Se me va a salir el corazón del pecho de felicidad… — musitó Berta dentro de su abrazo.

—¡¡¡Eso es!!! — Marta se separó y la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué se me salga el corazón del pecho? — preguntó Berta completamente confundida.

—¡No! — Marta corrió hacia la estantería donde Berta tenía las carpetas archivadas — si ahora mismo te hiciesen una analítica, ¿qué encontrarían?

—No te estoy entendiendo… — Berta se acercó a ella — y no estoy segura si te quiero entender cuando hablas de sacarme sangre…

—¡Escucha esto! — esparció varios documentos sobre la mesa — aquí… — señaló uno en concreto — serotonina, la hormona de la felicidad, ¿no?

—Sí.

—Hormona de la felicidad y del orgasmo — Berta ladeó la cabeza y continuó escuchándola — las asesinaron mientras estaban teniendo un orgasmo…

—Pero no se han encontrado marcas de relaciones sexuales… yo misma he hecho las autopsias…

—Relaciones con hombres… — Marta volvió a buscar varias fotos — pero ¿y con mujeres?

—Marta explícate.

—Mi hipótesis es que esas mujeres conocieron a una mujer, ¿recuerdas a la mujer del parque? — Berta asintió — se fue del local de ambiente acompañada por una mujer, es posible que la excitase hasta llevarla al orgasmo y en ese punto, asestarle la puñalada…

—Es algo rebuscado… — Berta observó varios de esos documentos y las fotos de los cadáveres — y sin pistas concretas… no sé cómo se podría encauzar la investigación por ahí…

—Yo sí… — Marta se acercó y la estrechó entre sus brazos — la clave es el local de copas.

Se fundieron en un beso cargado de intenciones. Marta invitó a cenar a Berta para celebrar sus últimas hipótesis, quizá había dado con el camino correcto para continuar con la investigación. Berta aceptó la invitación de celebración, pero le propuso ir a su casa, no le apetecía estar rodeada de gente. Su plan sería pedir algo para llevar a casa, con la excusa de continuar hablando de las conclusiones a las que había llegado sobre la investigación y su casa era el lugar perfecto para tener la privacidad que iban a necesitar.

—Huelo fatal… — dijo Marta cuando entraron en su baño — tú tampoco te quedas atrás… — dijo riendo cuando se acercó a Berta para olerla de cerca.

—Siempre podemos ser ecológicas y ducharnos juntas, ahorrar agua…

Marta miró a Berta a través del agua caliente que caía entre ellas.

—Vas a provocarme un infarto… — susurró Marta mientras sus ojos divagaban recorriendo su cuerpo desnudo — pero habrá valido la pena.

Se abrazaron, disfrutando de la sensación de sentir los cuerpos desnudos, era realmente extraordinaria. Berta sintió como Marta tembló levemente.

—¿Qué pasa cariño? ¿Estás bien?

—Abrázame — Berta la estrechó más entre sus brazos — quiero estar así… no me sueltes…

Berta le acariciaba la espalada con delicadeza, vigilante de cualquier reacción que tuviese. Marta nunca se había mostrado asustadiza, le pareció un comportamiento extraño, pero tampoco quería presionarla con preguntas.

—No te pienso soltar… te lo prometo.

Después del baño, se sintieron libres para sincerarse y hablar de todo lo que estaba sucediendo a su alrededor. Marta se atrevió a confesarle a Berta que Celia se había comportado de forma extraña los últimos días. Había intentado aclarar las cosas con ella, pero Celia no hacía más que insistir en continuar con la relación.

—¿Y se atrevió a besarte después de todo? — preguntó Berta.

—Sí, imagino que cada uno gestiona las rupturas a su manera — Marta se encogió de hombros.

—¿Qué pasó después de ese beso? — Berta se acomodó en su lado del sofá.

—Tú — respondió Marta y Berta la miró desconcertada — fue cuando Celia apareció en mi despacho…

—¿Crees qué sería capaz de hacer algo contra nosotras?

—Si es capaz… haré todo lo posible para que eso no suceda.

—Sé que lo harás… — Berta sonrió y se inclinó para besar a Marta, pero ella no se movió, confundiendo así a la joven forense.

—Pero hay algo… — Marta se removió, pensó durante un segundo si era buena verbalizar el pensamiento que había invadido su mente — siento algo raro en Celia… — Berta frunció el ceño.

—Solo es una loca… — intentó quitarle hierro al asunto — se ha obsesionado contigo… ya se le pasará.

Marta se quedó pensativa ante el comentario de Berta.

—Pienso averiguar qué esconde… — Marta le devolvió un beso similar al suyo — ¿Sabes qué más pienso hacer? — musitó acercándose lo suficiente para perturbar la respiración de Berta.

—Sorpréndeme…

—Quiero decir que estamos juntas…

Berta abrió los ojos al máximo, completamente sorprendida ante la propuesta de Marta.

—Sí que me has sorprendido…

—Quiero hacerlo, Berta — por fin se inclinó para juntar sus labios y fundirse en un tierno y sincero beso — no quiero esconderme… — Marta se movió hasta sentarse a horcajadas sobre Berta, completamente feliz.

—¿Estás segura? — preguntó dudosa Berta — nos puede traer consecuencias que compliquen nuestro trabajo…

Marta retrocedió unos centímetros y miró fijamente a Berta, en su mirada bailaba el brillo de la confusión.

—Entiendo tus miedos… — musitó, Berta resopló y ella la sujetó con firmeza por la cintura y la atrajo hacia ella — puede que haya algunas condiciones…

—Me gusta mi trabajo — sentenció Berta — y me gusta trabajar contigo.

—Te prometo que eso no cambiará… — Marta se acercó un poco más — soy mujer de palabra… y seremos profesionales.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad? — Berta lució una sonrisa genuina que derritió a Marta — ya te imaginaras la clase de comentarios… la inspectora con la forense…

Marta levantó la vista y descubrió por primera vez a Berta sonriendo con melancolía. Por el ventanal que había al fondo del salón, se observaba al sol escondiéndose tras los edificios. La vista panorámica que ofrecía desde su ventana, no hacía más que contribuir al deseo, pero sus miradas estaban concentradas en admirarse una a la otra. El atardecer estaba creando un ambiente romántico en medio de tantas confesiones sinceras. Berta relataba varias posibilidades después de confesar su relación, pero había felicidad en sus ojos, desprendía un brillo de ilusión que lo iluminaba todo. Marta hizo el amago de levantarse, pero Berta se lo impidió.

—Me gusta verte sometida bajo mi cuerpo… — la boca de Berta viajó hasta el cuello de Marta y comenzó a dejar besos húmedos — eres tan interesante… eres preciosa…

Marta se rindió ante su tacto y Berta se sintió poderosa para hacer con total libertad lo que su cuerpo gritaba. Su pulso se aceleró por reflejo al enfrentarse a su mirada, Marta sentía que, si no entraba en contacto con su piel, moriría allí mismo. Deseaba besarla de mil formas diferentes, perderse en el mapa de su cuerpo, explorar cada rincón de su piel y, por fin, calmar las ansias que quemaban en su pecho. Escuchó la voz de Berta en un susurro y se le hinchó un poquito más el corazón dentro de su pecho, sintió una necesidad urgente de devorar a besos la distancia que la separaba de su piel, perderse en aquellos labios apetecibles. El brillo que revoloteaba en sus ojos, reflejaba sus propias ganas de que todo aquello sucediese, Marta la miraba de una forma tan

expresiva, que no hizo falta decirlo en voz alta. Berta le sonreía con tanta picardía, que el ritmo de su corazón variaba. Las ganas de sentirla y de hacerla suya una vez más, eran tan demoledoras que dejaban espacio para nada más. Marta comenzó a volverse loca cuando sintió como Berta le arañaba la espalda por debajo de la camiseta, no sabía cuánto tiempo aguantaría sin colapsar, pero sospechaba que era cuestión de minutos. En su mente solo se proyectaba una acción, estrellarse contra sus labios sin pensar en las posibles consecuencias. Berta se incorporó para quedar frente a frente, todo en un único y sutil movimiento que le obligó a Marta a tragar con fuerza a pesar de tener la garganta seca. Sus pulsaciones estaban rebasando su límite fisiológico, Berta continuó acercándose lentamente, como si no tuviese ninguna intención de parar. Sentir su respiración entrecortada sobre sus labios, había terminado de fundir hasta el último ápice de sentido común, casi le fallaron las piernas cuando sintió los labios de Marta, tuvo que recolocarse para no caer sobre ella. Simplemente, se dejaban llevar, se movían por impulsos. Su interior al completo, vibró al sentir la suavidad de sus labios, Berta tenía ese poder sobre ella. Esperaba que fuese capaz de descubrir todo lo que guardaba en su pecho. Sus sentimientos libraban una batalla interna bastante intensa, la tenía a unos pocos centímetros de la cama y la echaba de menos hasta extremos insospechados. Era adictiva. Se separaron del beso por falta de aire y Berta se quedó enganchada a su mirada y sin ganas de parar. Esa mirada estaba matando a Marta, estaba muy excitada y no aguantaba más, así que, con un movimiento brusco, intercambió las posturas, quedando de rodillas frente a Berta. Descendió con la punta de su lengua dibujando un camino con una dirección clara, se enterró en su sexo y Berta le sujetó la cabeza enterrándola todavía más. Parecía una especia de protesta por su lentitud a propósito, la estaba llevando al delirio. Marta rio con tranquilidad y selló su sexo entre sus labios, gimió sobre su temblorosa carne y provocó unas vibraciones que le condujeron al placer. Berta extendió sus brazos y le arañó suavemente la espalda, notando como sus músculos se tensaban bajo sus dedos. Cuando Marta notó las primeras convulsiones, aspiró su aroma y con delicadeza pasó su lengua por cada pliegue con la conciencia de lo que hacía. Berta, esta vez, acarició con ternura su espalda, escribiendo su nombre con la punta de su dedo, disfrutando del momento tan íntimo que existía entre ellas. Cuando sintió que sus procesos cognitivos estaban significativamente enlentecidos y su respiración se volvía pesada, sujetó a Marta con fuerza hasta llevarla frente a ella, se inclinó para poder besarla, fue un beso devastador, castigador, un beso que sabía a venganza. Un beso que ella dominaba con gracia como su naturaleza lo dictaba, y en medio del beso, le mordió el labio inferior, Marta se aferró a su nuca con más fuerza, liberándose un gemido lleno de placer que erizó toda su piel. Se detuvo al instante y la observó con dudas en los ojos, calculando sus posibilidades y riesgos. Se apretó contra sus caderas de una forma casi brusca, sus dedos se deslizaban con maestría inspeccionando cada rincón de su sexo. Marta escondió su cabeza entre su cuello y su hombro, sintiendo la necesidad de morder cada centímetro de piel que recaía bajo su boca. Seguía sujetando su nuca con demasiada fuerza, pensando que iba a morir si la intensidad continuaba así. Su boca hizo el camino desde su hombro hasta su oreja, mordió el lóbulo y luego pasó su lengua para calmar el dolor. No cesaba en la estimulación de su sexo, sus dedos resbalaban con facilidad precipitándose en la misma entrada. Mientras Berta entraba dentro de Marta, penetrándola con delicadeza, ella recibió el beso fervor, era un beso lento y tierno, pudo sentir como Berta sonreía sobre sus labios y su infinita ternura, la desbordaba. Marta mantenía los ojos cerrados, intentando controlar su respiración, aspiraba el olor que Berta desprendía, intentando calmar su alma. Su mano continuaba aferrándose en su interior con movimientos cada vez más calientes, Berta continuaba sonriendo con suavidad y cierto alivio al ver como respondía el cuerpo de Marta ante sus caricias. Marta también sonrió ante la confianza

y descaro de Berta, se inclinó para recibir sus exquisitos labios húmedos una vez más, pero esta vez, la besó con arrebato y pasión, sintiendo la necesidad de aferrarse a su cintura pegándose a ella, mientras su boca dominó la suya. Un beso lento y profundo, que suscitó gemidos ahogados de puro placer. La vista de Marta comienzó a estar borrosa, los dedos de Berta, aumentaron su velocidad, sus respiraciones se aceleraron, desquebrajando todo su control y quedando rendida a su merced. Los movimientos de sus caderas se hicieron más bruscos, ambas estaban sincronizadas a la perfección, Berta profundizó sus embestidas hasta provocar gemidos roncos que anunciaban la explosión de placer. Marta en pleno éxtasis era una maravilla de la naturaleza, sus gemidos, sus miradas, su cara en el momento preciso, casi era suficiente para que Berta la acompañase al precipicio. Hasta que llegó el momento y sintió como su cuerpo se tensó, con los ojos cerrados, detuvo todos sus movimientos. Su mano se aferró a la suya como el ancla que necesitaba para atarse a la tierra. Un destello iluminó la habitación y el perfil de Berta resplandecía como una escultura, Marta acarició su rostro y besó sus labios. Su corazón palpitó con fuerza y sintió un nudo en su pecho, sintió como las lágrimas invaden sus ojos, con la respiración agitada, pegó la frente a la suya.

—Te quiero… — susurró Marta.

Y con las frentes unidas, permanecieron durante varios minutos, no hacía falta más palabras, todo se lo habían dicho con el alma. Fue como detener el tiempo y vivir en él tan solo por un momento. Berta pudo haber muerto de la felicidad, dos simples palabras lograron hacer que su corazón casi se escapó de su pecho. Se sentía orgullosa, poderosa y sus labios dibujaron una sonrisa enorme. En ese momento, su conciencia se rompió, sintiendo esa libertad mental que le retenía en un estado de querer disfrutar lo que estaba viviendo.

—Te quiero… — respondió Berta entre jadeos.

PUES SÍ, ES ELLA

Marta le abrió la puerta del restaurante con mucha amabilidad, habían pasado cuarenta y ocho horas juntas desde que tuvieron sexo en el despacho de Marta, y ese tiempo había generado entre ellas una complicidad casi perfecta. Berta sonreía feliz por haber decidido ser valiente y contar su relación en la comisaría, así que decidió invitar a Marta a un restaurante exótico para celebrar la inminente salida del armario de su relación.

Un amable camarero las acompañó hasta una mesa, la música estaba más alta de lo que les hubiese gustado, pero creaba el ambiente adecuado. Era un restaurante latino, de comida original y los olores invadieron sus fosas nasales mientras caminaban entre las mesas. Berta observaba con disimulo algunas de las mesas disfrutando de los platos que estaban sirviendo.

—Debí tomarme un protector para el estómago… — murmuró Marta cuando se sentaron en su mesa.

—¿Qué tienes setenta años? — rio Berta por su comentario.

—Si los condimentos saben igual de fuerte que huelen… voy a tener una digestión pesada.

—Hagamos una cosa… — Berta le sujetó la mano por encima de la mesa — somos un equipo, yo probaré antes la comida y te avisaré de su nivel de picante.

—¡Hecho!

Comenzaron la noche con las sugerencias del camarero, unas quesadillas al más estilo mexicano con una salsa de guacamole, sirvieron para abrirles el apetito. Después continuaron con unos mini tacos al estilo pastor, luego y, por primera vez, Berta se atrevió a probar el ceviche de camarón, en cada cucharada cerraba los ojos disfrutando de la mezcla salada y ácida. Definitivamente, pasaría a ser uno de sus platos favoritos. Risas y confidencias, amenizaron cada plato que les sirvieron. Estaban relajadas y divertidas, el ambiente que se había generado a su alrededor, les propiciaba una velada para el recuerdo. Cuando terminaron, el camarero les ofreció un chupito de mezcal, asegurándoles que era el auténtico y original mezcal de México, el que se obtiene de la destilación del azúcar obtenido con la cocción de las cabezas del agave. Tanto Marta como Berta, quedaron fascinadas por la explicación tan completa que les ofreció el camarero, así que no pudieron negarse.

Antes de salir del restaurante, prefirieron ir al baño, ya que habían llegado hasta allí andando y no confiaban en que sus vejigas fuesen capaces de aguantar varias manzanas hasta llegar a casa. Cuando entraron en el baño, Berta se lanzó hacia Marta con vehemencia, su aliento cosquilleó su cuello, sus labios apenas rozaron los labios de Marta y ella sintió como su corazón se descontroló en cuestión de unas décimas de segundo.

—Berta… cariño… estamos en un sitio público — musitó Marta en medio del beso.

Berta se limitó a besarla, devorando sus palabras y acallando su voz. Descubrir la expresión de placer en su cuerpo, despertaba sensaciones en el cuerpo de Berta que la dejaban sin aire, obligándola a buscar más, sintiendo una satisfacción enorme al ser consciente de que era capaz

de lograr eso y mucho más. Las ligeras súplicas en los ojos cristalinos por el mezcal que lucía Marta, no detuvieron los gritos silenciosos de Berta, que se encontraba desesperada por buscar más placer y perdiendo así el control de sus actos. En mitad de toda aquella necesidad puramente física, sus corazones continuaban saltándose un latido cuando sus miradas se cruzaban ardiendo de deseo. Los besos cada vez eran más persistentes, arrebatadores, cada una buscaba dominar el beso. Marta llegó a reconocer que se encontraba completamente perdida entre el cuerpo de Berta y su deseo. Berta la acorraló contra la pared, mientras se perdió en el mejor beso de la historia, intensificó su forma de besar, cosa que no ayudó a reducir sus pulsaciones. Marta se dejó vencer por ese beso y sintió como la oleada de deseo más devastadora de toda su existencia, la recorría de arriba abajo y en medio de todo aquel calor sofocante, sus aceleradas respiraciones era la banda sonora que les envolvía. Berta sintió como se desintegró su control cuando sintió como sonreía en medio del beso, el incremento de la respiración y el descontrol de sus emociones, desmontaron completamente su posición. Sus labios húmedos y su sabor a mezcal, la estaban conduciendo a la locura. Su lengua diestra se arrastraba sobre la suya y de vez en cuando, la succionaba con delicadeza, provocando gemidos cargados de deseo. Marta tiró suavemente de su pelo al sentir como ahogaba sus gemidos en su boca, sus manos se deslizaban con poca delicadeza por sus piernas hasta controlar la situación invirtiendo las posiciones y empotrando el cuerpo de Berta contra la pared del baño. Berta sonrió al sentirse atrapada entre la pared y su cuerpo, apenas una caricia provocadora sobre los suyos, fue la invitación perfecta para fundirse en un beso con mucho fervor, pegando su cuerpo todavía más al de ella. Sus manos descaradas recorrían su cuerpo sin temor a ser descubiertas, Berta volvió a gemir en su boca y la lengua de Marta tomó posesión de sus labios. Sus pulmones comenzaron a exigir oxígeno, ardía cada exhalación de aire, se separaron por unos segundos antes de volver a besarse. Sus cuerpos pedían más, las manos de Marta encontraron el valor para tirar de su ropa buscando el contacto directo de piel con piel. Una necesidad llena de urgencia.

—Espera… espera… — se detuvo Marta y se separó lo justo para mirarla a los ojos — puede entrar alguien…

—Cariño… — Berta lucía una sonrisa ardiendo en picardía y sus ojos estaban completamente oscurecidos por el deseo — no podemos parar aquí… lo digo de verdad… además — se inclinó y la besó — esto es casi un fetiche… — Marta frunció el ceño, confundida — cena exótica y follar en un sitio público…

—¿En serio?

—Sí… — las manos de Berta viajaron por debajo de la blusa de Marta hasta encontrar sus pechos y estrujarlos entre sus manos — solo lo hago por cumplir alguna de tus fantasías… esto ni me apetece…

—Qué gran sacrificio por tu parte…

Ambas rompieron a reír a carcajadas que cortaron con un beso lleno de necesidad, deseoso de placer. Las manos de Berta se deslizaron entre sus cuerpos hasta llegar al borde de la falda de Marta, con destreza fueron subiendo hasta encontrar su ropa interior y no tardó más de unos segundos en precipitarse sobre el suelo la fina tela de encaje. Berta sujetó con firmeza las caderas de Marta y la ayudó a sentarse sobre el lavabo del baño, acto seguido se arrodilló frente a ella e introdujo su cara entre sus piernas. No demoró en presionar cada punto clave de su sexo y con rapidez encontró el ritmo adecuado para llevar a Marta al clímax. Los gemidos ahogados de Marta, empujaban a Berta a continuar saboreando la predisposición de cada movimiento que acompañaba con sus caderas, disfrutando de la sensación de excitación que provocaba en ella. Marta enredó los dedos en su pelo, asegurándose que continuase en la misma posición, estaba

llegando al límite.

—No… — advirtió Marta cuando sintió como su boca perdía contacto con su sexo.

—Puede entrar alguien… — musitó Berta y su aliento chocaba contra su sexo produciendo un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

—Me da igual… fóllame…

Y esas palabras solo produjeron en Berta más necesidad de su piel, de sentirla suya, de besarla y recorrer cada centímetro de su cuerpo. Entre murmullos calientes, se descifró una súplica ferviente que aceleró su pulso y el vientre de Marta se contrajo dando paso a una oleada de impulsos que anunciaban el esperado orgasmo. Berta aumentó su fricción, los gemidos de Marta se volvieron más agudos, su voluntad y su control se estaba desquebrajando en aquel baño público. Berta era precisa en cada caricia y en cada toque. Marta gemía trémula y sujetaba con fuerza a Berta manteniéndola en su lugar, mientras su nombre se escapa de manera temblorosa entre sus labios. Marta quiso alejarse, era demasiado placer y estaba jodidamente sensible, pero Berta no se lo permitió, con suma fuerza, consiguió mantenerla en su lugar y su lengua no se detuvo hasta dejarla devastada. Berta se colocó de pie junto a ella, se relamía los labios suspirando de satisfacción y con un gemido sonoro cerró el espacio entre sus labios, besándola con devoción, mostrándole todo lo que estaba hirviendo en su interior. Fue dejando suaves besos por su cuello, hasta llegar a la clavícula, mientras sus manos, diestras, desabrochaban su camisa lentamente y sus dedos rozaban cada centímetro de piel que se iba liberando hasta deshacerse por completo de la camisa. Ellas seguían inmersas en su deseo sin apreciar lo más mínimo donde se encontraban. Berta pasó sus suaves manos por los pechos de Marta, liberándolos de la tela que los protegía, se centró en sus pezones con suaves caricias que no hacían más que provocarlos y endurecerlos. Les dedicó el tiempo suficiente para volver a encender el cuerpo de Marta en cuestión de segundos. Marta pasó la mano por la nuca de Berta y tiró suavemente de su pelo obligándola a echar la cabeza hacia atrás, bajó la boca sellando sus labios y fue una guerra de lenguas por ganar la batalla. Marta se deslizó de donde continuaba sentada y empujó a Berta hacia el interior de un cubículo, se sentó en el sanitario y con un tirón, hizo que Berta se sentase sobre su regazo. Tiró con fuerza de la camisa que llevaba y saltaron todos los botones, Berta abrió los ojos sorprendida por aquel arrebato de pasión, pero Marta no se detuvo, su necesidad por sentirla suya, no le permitió ser delicada. Su mirada era oscura por el deseo que la invadía y sus caricias provocaban quemaduras en la piel de Berta.

—Te deseo tanto… — susurró Marta contra su piel.

La cogió por la nuca de nuevo y la besó con fuerza, casi desesperada, pasó la mano por su centro y pudo escuchar como un pequeño, pero sonoro, gemido se escapó de entre sus labios, señal de que iba por el camino correcto. Estaba visiblemente excitada, así que Marta no tardó en deshacerse de su ropa interior y deslizar sus dedos hasta el interior de su cuerpo. Comenzó con movimientos lentos, pero profundos, Berta se sujetaba de su cuello y jadeaba en su oído, provocando que Marta dedicase más empeño en su tarea. Los gemidos iban acompañados por algún que otro pequeño grito, excitando cada vez más a Marta, sus ojos eran infierno, tormenta, furia y destrucción. Por alguna extraña razón, esa mirada solo calentaba más a Berta y sabía que, fuesen los pensamientos que se escondían detrás de su mirada, sabía con completa seguridad que eran terriblemente perversos y excitantes. Los gemidos de Berta anunciaban que era la hora de subir el ritmo, que estaba llegando al orgasmo, así que sus movimientos aumentaron de intensidad. Berta miró a Marta con su respiración agitada y un poco colorada.

—No pares… — dijo mirándola fijamente a los ojos.

Marta siguió aumentando el ritmo y sintió como las paredes de su interior se contraen

atrapando sus dedos. El aire se volvió denso y húmedo, sus jadeos desesperados van acompañados de algunas palabras obscenas. Cualquiera en el exterior, podía hacerse una idea de lo que estaba sucediendo dentro del baño, tampoco hacía falta prestar mucha atención, ya que no fueron nada cuidadosas. Marta retira lentamente la mano de su sexo y Berta la besa con intensidad mientras se recupera de su orgasmo.

Esa misma mañana, Andrea llamó a Marta para preguntar qué tal estaba y la conversación que tuvo con su amiga días anteriores, la había dejado preocupada y temerosa de que Marta, algo confundida, pudiese errar en sus decisiones. La conversación fue navegando de un tema a otro, hasta conseguir que Marta nombrase a la forense, era el único tema que realmente interesaba a Andrea. Marta esquivaba todas las preguntas directas con una destreza admirable, consiguiendo que la conversación llegase hasta el punto de una invitación para comer en su casa, esa había sido desde el principio la estrategia de Andrea para estar cara a cara. Estaba segura de que así no sería capaz de evadir sus preguntas.

Andrea fue puntual, era una de sus cualidades, la que más gustaba a Marta. Nada más abrir la puerta, la sorprendió con una copa de vino blanco, Marta era detallista, una de las cualidades que más gustaba a Andrea. Salieron a la terraza para tener un digno aperitivo de sábado. Marta se sentó en la silla frente al ventanal, mientras que Andrea se sentó en la silla frente a ella, quería descifrar cada uno de sus gestos. Era sábado, Marta llevaba puestos unos pantalones viejos de chándal y una camiseta hecha trizas, era su momento, su remanso de paz, le encantaba ponerse cómoda en casa. Estos eran los momentos donde podía ser ella, donde se mostraba tal y como era y no como el mundo lleno de testosterona por donde se movía, le había enseñado a ser. Andrea no dejaba de observar a Marta, era su mejor amiga y la conocía a la perfección, el brillo que centellaba en sus ojos, ocultaba algo y tenía claro de que se trataba.

—Y bueno… ¿Cómo estás? — Andrea preguntó suspicaz y así podia confirmar sus sospechas.

—Bien… estoy bien — Marta esquivó la mirada inquisidora de su amiga y bebió de su copa.

—Tú has follado — Marta escupió el vino que saboreaba en su paladar y desvió toda su atención hacia su amiga tras aquella confirmación tan contundente — no te hagas la sorprendida…

—He follado — confirmó Marta con una enorme sonrisa — y varias veces.

—¿Berta? — preguntó curiosa y Marta la miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes? — Marta sabía que Andrea la conocía mucho, pero ¿tanto?

—Porque mientras te acostabas con Celia o con cualquiera otra, tiempo atrás… — Andrea bebió tranquilamente de su copa — nunca te han brillado así los ojos…

—Pues sí, es ella… me sorprendió la otra noche… — bebió de su copa lentamente.

—Ya me imagino cómo… — rio con picardía.

—También — volvió a beber de su copa haciéndose la interesante — pero eso te lo podrás imaginar… — Andrea comenzó a reír a carcajadas.

—No sé si quiero, pero por el brillo de tu mirada y a pesar de las ojeras que luces, imagino que no tienes ninguna queja.

—No la tengo — Marta sonrió ampliamente y contagió a Andrea que rompieron a reír a carcajadas.

—No te lo tomes a mal, pero estás irreconocible… — Andrea se apoyó en la mesa frente a su amiga mientras llenaba las dos copas de vino blanco.

—Bueno, si es un piropo, jamás podría tomármelo a mal… — dio un sorbo de su copa y cerró

los ojos, saboreando el sabor afrutado que tanto le gustaba — definitivamente es el mejor vino del mundo.

—Te está sentando bien follar tanto…

—Acabas de romper un momento precioso… — Marta miró a su amiga fijamente con una sonrisa entre sus labios — eres toda una romántica.

—Ahora me dirás que no estás follando como una adolescente… porque en los últimos días no te he visto el pelo… y sé que se ha quedado a dormir varias noches en tu casa… y eso es muy raro en ti… — Andrea se apoyó en el respaldo de la silla y miró fijamente a Marta — Dios sabrá la clase de perversiones que te está enseñando esa joven.

—No es por eso… — Marta señaló a Andrea con la copa — y tu mente está enferma.

—Entonces, dime que habéis estado haciendo.

—¿Recuerdas el caso de los asesinatos?... pues estamos intentando resolverlo.

Andrea la miró confundida esperando una explicación más esclarecedora.

— ¿Y no habéis follado?

—Yo no he dicho eso… — dijo y ambas rompieron a reír a carcajadas — pero tengo que confesarte… que esa chica me fascina.

—Me he dado cuenta de ello… tu mirada es diferente…

—¿Diferente?

—He visto ese brillo en tus ojos en contadas ocasiones…

—Estoy feliz… solo puedo decirte eso.

—Me alegra escucharlo y espero que no lo dejes pasar…

—No pienso hacerlo, además tengo algo en mente…

De pronto, el timbre de la puerta sonó, Marta iba a levantarse, pero Andrea se lo impidió, aclarándole que hoy invitaba ella a las pizzas, así que Marta caminó hacia la cocina para preparar la mesa para poder comer. Andrea abrió la puerta y el asombro se hizo dueño de su cuerpo, su boca se abrió varias veces sin ser capaz de musitar palabra alguna. Berta estaba plantada en la puerta, sujetando las cajas de las pizzas con ambas manos.

—¡Vaya!... ¿También haces pizzas? — Andrea la miraba sorprendida.

—Hola… — Berta saludó con timidez — no… yo… he venido a ver a… — su voz temblaba hasta casi tartamudear — ¿está Marta?

—¡¡Marta!! ¡He cambiado de opinión, paga tú las pizzas! — Andrea sonrió y se volvió a dirigir a Berta — pasa, por favor — la joven forense dio un par de pasos algo tímida, avanzando solo hasta la mitad del pasillo.

—Pero, ¿no me habías dicho que invitabas tú? — Marta caminaba con su mirada fija en su cartera buscando el dinero para saldar la deuda con el repartidor — menuda amiga tengo… — pero se quedó muda al ver a Berta plantada en la entrada de su casa.

Ver a Andrea y Berta juntas era una imagen más que surrealista. Su mente comenzó a trabajar a tres mil revoluciones, elaborando las preguntas que clarificarían todas las dudas que generaba esta situación.

—Disculpa por venir sin avisar… — la voz de Berta era casi un susurro — pero no me cogías el teléfono… necesitaba hablar contigo…

—¡¡Mi teléfono!! — Marta se puso la mano sobre la cabeza — seguro que me lo he dejado en la comisaria…

—Imagino que has estado demasiado ocupada… — dijo Andrea, rompiendo así la intensidad del momento entre ellas.

Marta sonrió ampliamente, no era capaz de disimular la alegría que sentía de volver a ver a

Berta

—Pues ha sido por tu culpa… — Marta señaló a Andrea — tú eres la última persona con la que he hablado.

El comentario de Marta contagio tanto a Andrea como a Berta, que rompieron a reír con fuertes carcajadas, sus miradas se quedaron encalladas, provocando que todo lo que les rodeaba se detuviese, sin que el tiempo transcurriese a su velocidad normal.

—¿Te quedas a comer? — preguntó Marta acercándose un poco más a Berta.

—¡Claro, que se queda a comer! — Andrea interrumpió antes de permitirle a Berta responder — es lo mínimo… — se dirigió hacia Marta con una mirada cómplice — ya que ha sido ella quien ha pagado la pizza — sonreía divertida por ser testigo de tal situación.

—Pasa — Marta sonrió a Berta y se hizo a un lado para dejarle espacio para pasar — pondré otro cubierto.

—No hace falta… no quiero…

—Vamos Berta… ¿No querrás decepcionar a tu jefa? — Andrea posó su mano en la espalda de Berta y le indicó que entrase hasta el salón.

Andrea la acompañó hasta el sofá, mientras Marta desaparecía por la puerta de la cocina para coger todo lo necesario y poner la mesa. Cuando Berta estuvo plantada frente al sofá, lo miró con una sonrisa en sus labios e instintivamente miró a Marta y ambas sonrieron al recordar lo que había sucedido en ese mismo sofá tan solo unas horas antes. Andrea las miraba con el ceño fruncido, hasta que entendió por qué se estaban diciendo tanto entre ellas, sin necesidad de palabras.

—Eres una pervertida — dijo entre risas Andrea sin dejar de mirar a Marta — ¡¡Has dejado que me sentase en el sofá como si nada!! Cochinas…

—¡¡Andrea!! — gritó Marta, se acercó a Berta al ver el leve sonrojo que lucía — ¿estás bien? — susurró con una enorme sonrisa.

—Sí… — respiró profundo al verse reflejada en los ojos de Marta — ahora sí.

Se sentaron alrededor de la mesa de la terraza bajo el resplandeciente sol. Andrea se sentó en la misma silla que había ocupado antes, Marta ocupó la suya y Berta se sentó a su lado. Andrea miró fijamente a Berta y comenzó a reír con más fuerza, provocando que el sonrojo volviese a teñir sus mejillas.

—¡¡Andrea!! — Marta llamó la atención de su amiga — ya vale...

—Verás, no te ofendas, pero Marta parece una adolescente y está perdiendo la cabeza… — Andrea comenzó con la explicación para justificar sus risas, mientras Marta se cruzó de brazos sin estar muy de acuerdo con la explicación de su amiga — y la culpa es tuya — señaló de forma simpática a Berta.

—¡¿En serio, Andrea?! — Marta le clavó su mirada más indignante, pero no dejaba de tener pinceladas divertidas.

—¡¡¿Qué?!! — Andrea se hacía la ofendida y hacía un gran esfuerzo para aguantar la risa.

—Que no eres más tonta porque el día no es más largo… — Marta se daba por vencida ante los ingeniosos comentarios de Andrea.

—Solo hay que miraros… sois dos adolescentes… las dos lucís unas ojeras que dejan claro lo que habéis estado haciendo toda la noche… veréis las arrugas que os salen por tener tantos maratones así… — Andrea rompió a reír contagiándolas a ellas.

—Cuando a un tonto le da por un camino, se acaba el tonto y se acaba el camino — Marta negaba con la cabeza, dándose por vencida.

—¿Puedes dejar de llamarme tonta?

—Es que lo eres — Marta le pasó una porción de pizza a Berta para apaciguar su pudor.

—¿Vino? — le ofreció Andrea a Berta, intentando pedir perdón.

—Sí, por favor — Berta levantó la copa y sonrió tímida a Marta cuando advirtió de su mirada.

El tema de conversación giró en torno a cosas banales y neutras, como cuáles eran sus libros favoritos, las películas que no se cansan de ver una y otra vez, o los viajes soñados que tenían la esperanza de hacer en algún momento de su vida. Andrea observaba las miradas y sonrisas que se dedicaban, sonreía al ver la complicidad que existía entre ellas y que no eran capaces de reconocer. La conversación evolucionó hasta contar anécdotas de su juventud, incluso hablaron de los profesores que marcaron sus vidas. De pronto, Andrea sonrió con picardía ante la curiosidad que ardía en sus labios.

—¿Me vais a contar lo que pasó entre vosotras en el hotel? — esa pregunta se ganó una mirada impetuosa por parte de Marta, mientras las mejillas de Berta se sonrojaban, de nuevo.

—Bueno… creo que debes saberlo… — respondió algo tímida Berta y mirando a Marta.

—Pero me gustaría saber tu versión de la historia.

Después de varias horas de conversación, relatando las historias más divertidas y comprometidas de sus vidas, el ambiente era bastante relajado y no había motivo para detenerse ahora.

—Yo estaba en un viaje de fin de verano, que organizaron unos compañeros de la facultad…

—Fiesta de fin de verano… — Andrea levantó su vaso en forma de brindis — bendita juventud…

—Pues como te iba contando… — Berta miró a Marta que sonreía al recordar sus encuentros en el hotel — un día me topé con ella en la recepción del hotel y a partir de ahí, tuvimos varios encuentros fortuitos, hasta que fui directamente a buscarla a su habitación.

—¿Así que tú fuiste la que dio el primer paso? — preguntó Andrea en tono divertido.

—Alguien tenía que ser la valiente — alardeó Berta con orgullo.

—Insolente… — murmuró Marta entre risas — fui yo quien se lanzó a besarte — dijo esta vez con orgullo.

—Eso te lo voy a reconocer… — respondió Berta antes de beber de su vaso — no todos los días, se reúne el valor suficiente para hacerlo.

—¿Y ahora? — interrumpió Andrea la batalla de poder entre Marta y Berta — ¿qué sucede entre vosotras? — Marta miró a su amiga solo para advertirle que esa pregunta quizá era muy comprometida todavía — ¡¿qué?! — preguntó Andrea en respuesta a la mirada de su amiga.

—Voy al baño… — Marta se levantó y dejó un beso en los labios a Berta, que abrió los ojos sorprendida por el atrevimiento — no quiero más interrogatorios hasta que vuelva — señaló a su amiga en modo de advertencia.

Berta miró de arriba abajo a Marta cuando caminaba hacia el interior de la casa, sorprendida al verla con aquellos pantalones viejos y una desastrada camiseta, lejos quedaba la imagen de mujer empoderada y profesional de éxito que solía lucir el resto de días. Cuando llegó, estaba tan abrumada ante la sonrisa que Marta le dedicó, que no fue capaz de fijarse en su atuendo. Seguía con la mirada puesta en los ventanales, a pesar de que Marta ya había desaparecido de su campo de visión, cuando la voz de Andrea llamó su atención.

—Creo que no hace falta que te diga que, si le haces daño, te cocinaré a fuego lento y te serviré en mi cafetería como menú del día — el tono de la amenaza de Andrea era divertido, su sonrisa la delataba y provocaba una sonrisa idéntica en los labios de Berta.

—Te aseguro que mi intención no es hacerle daño — Berta no vaciló en sus palabras y con valentía, le mantuvo la mirada a Andrea.

—Creo que es hora de servir alcohol para adultos — Marta apareció con una botella de tequila en una mano y en la otra un plato con rodajas de limón y un salero.

—Beberemos… — Andrea miró a Marta para luego desviar su mirada hacia Berta — pero esto será una fiesta de pijamas, así que ya sabéis lo que significa… — Berta la miraba extrañada sin entender a qué se refería mientras Marta rompía a carcajadas — que luego jugaremos al póker y apostaremos dinero… dinero de verdad.

—Que así sea — Marta levantó su vaso de chupito colmado de tequila a modo de brindis.

Andrea y Berta imitaron el gesto y brindaron por una tarde de sábado prometedora. Después del segundo tequila, Berta tuvo el valor suficiente para responder a las comprometedoras preguntas que hacía Andrea sobre todo lo que pasó en el hotel. Las confesiones estaban acompañadas de risas, Marta y Berta se dedicaban miradas intensas, incluso alguna que otra caricia, recordando esa semana intensa de vacaciones en el hotel costero. Reviviendo aquellos tórridos encuentros que compartieron tan apasionadamente, algo revolucionaba su interior, algo que les resultaba imposible no tocarse. Las caricias eran numerosas, estaba claro que se necesitaban y Andrea fue testigo y cómplice de aquella necesidad. Entre risas, tequila y anécdotas divertidas, llegó el turno de hablar de las relaciones que habían mantenido. Andrea se sorprendió al descubrir que Berta nunca había estado con una mujer antes, aunque solo habló de dos novios en relaciones muy cortas, desvió su mirada hacia Marta y ella le respondió con una engreída sonrisa.

—¿Tú has estado con mujeres? — le preguntó inocentemente Berta a Andrea.

Andrea volvió a mirar a Marta y esta pudo descifrar en su mirada lo que pretendía confesar. Intentó evitar que lo hiciese negando con la cabeza enérgicamente, pero fue inútil.

—Sí, con ella — Andrea señaló a Marta con el vaso de chupito lleno de tequila y luego se lo bebió.

Berta miró sorprendida a Marta.

—De eso, hace casi veinte años — se apuró Marta a aclarar, intentando que esa revelación no fuese capaz de confundirla.

—Tampoco se puede decir que tuvimos una relación al uso… — aclaró Andrea antes de meterse una rodaja de limón en la boca — era para desestresarnos… solo era sexo salvaje y esporádico.

Berta miró a Marta con una sonrisa divertida, descubriendo un intento fallido de parecer desinteresada por la conversación que comenzó Andrea, pero por más que lamiese los restos de sal que quedaban en el dorso de su mano, no le estaba funcionando.

—Andrea, cariño, tú te acostabas con media facultad — dijo Marta entre risas.

—Marta, cariño… — dijo imitando el mismo tono de su amiga — porque tú te tirabas a la otra mitad — ambas rompieron a reír a carcajadas y brindaron con otro chupito por los viejos tiempos. Que lejos quedaban.

—A vuestro lado, debo parecer una niñata… — musitó Berta dejando la corteza de limón sobre la mesa con un gesto casi triste.

—Cariño… — Marta se sentó junto a ella y cogió sus manos entre las suyas — te aseguro que estás muy lejos de ser una niñata.

El tono dulce de Marta y el alcohol corriendo por su torrente la empujaron a devorar esos labios tan apetecibles. Cuando Marta sintió el roce de su lengua sobre sus labios, profundizó el beso.

—Es de mala educación comer delante del hambriento — musitó Andrea mientras volvía a beberse otro chupito.

—No te quejes tanto — contestó Marta al separarse del beso — y cuéntale a Berta porque madrugas todos los días para abrir la cafetería… siendo tú la dueña — Berta se giró hacia Andrea esperando la explicación.

—Para recibir a los proveedores cuando traen los pedidos… — Andrea se encogió de hombros, dejando ver que la razón no tenía mayor explicación. Berta frunció el ceño sin entender que había de curioso en eso.

—Si eres la dueña… ¿No deberías de tener el privilegio de no madrugar y dejar que reciban los pedidos alguno de tus trabajadores? — preguntó inocentemente y Marta rompió a reír a carcajadas contagiando a Andrea, que se volvió a servir otro chupito para aclararle las dudas a Berta.

—Pues verás… prefiero ir yo porque me follo a alguno de los proveedores de vez en cuando… — contestó sin darle importancia.

Las tres rompieron a reír a carcajadas descontroladamente.

—Pero el único que no le hace caso… es el que más loca la tiene — informó Marta a Berta para ponerla en antecedentes — el representante que le lleva los vinos, se le resiste… — musitó Marta entre risas.

—Mira que está bueno, el cabrón — confesó Andrea — bueno… mis niñas, este cuerpo no da para más, necesito parar de beber… — Marta asintió con su sonrisa encantadora — me voy a buscar algo de comer al súper de abajo, hay que hacer pared a tanto alcohol… me llevo el tequila porque sé que os lo acabaréis si lo dejo aquí…

Marta y Berta reían mientras veían como desaparecía por las puertas correderas de la terraza, contoneando exageradamente las caderas. Cuando Andrea desapareció por la puerta, Marta pasó sus manos por la espalda de Berta, ella echó la cabeza hacia atrás al sentir su tacto. Las caricias cada vez eran un poco más intensas, Marta acarició el cuello firmemente y acercó sus labios para dejar suaves besos desordenados, cuando llegó cerca de su oreja, mordió el lóbulo dulcemente y Berta soltó un ahogado gemido.

—No estamos solas… — susurró Berta alejándose un poco.

—Mmmm… qué pena… — Marta besó sus labios y a ambas les costó un enorme sobre esfuerzo separarse para no dejar llevarse.

Seguían con las manos entrelazadas y mirándose fijamente a los ojos cuando una voz las interrumpió, provocando un sobre salto en Marta cuando fue consciente de a quién pertenecía la voz.

—Hola… — la voz de Celia se apagó cuando vio a Berta, la forense que últimamente siempre estaba revoloteando alrededor de Marta, y ahora estaba sentada en su terraza, tan juntas que era difícil diferenciar si existía algún espacio entre sus cuerpos — ¿Berta?

—Celia… — musitó Berta algo tímida.

Marta intentaba gesticular alguna palabra, pero se quedó muda de repente, demasiadas emociones concentradas en el mismo lugar y momento.

—He comprado croissants… ¡¡Celia!! — gritó Andrea sorprendida al verla plantada en la puerta de la terraza — ¿Marta?… Celia está aquí — dijo con un tono jocoso que terminó en carcajada descontrolada.

—¿Qué significa esto? — interrumpió Celia de forma abrupta y con un tono exigente.

—Pues… — Marta se sentía incapaz de tener que darle explicaciones, nunca le habían gustado las encerronas y ahora mismo se sentía presa de una.

—Yo mejor me voy… — musitó Berta levantándose de la silla con la mirada fija en el suelo.

—Sí, será lo mejor — sentenció Celia mientras se hacía hacia un lado para dejarla pasar.

—¡¡No!! — por fin Marta fue capaz de reaccionar — no hace falta que te vayas… — susurró dulcemente hacia Berta y luego se giró clavando su mirada enfurecida en los ojos de Celia — quién se tiene que ir eres tú y no puedes venir a mi casa cuando te dé la gana…

—Pero cariño, después del beso… — musitó Celia rebajando el tono y luciendo una mirada dulce.

—¿Beso?... — susurró Berta mirando a Marta.

—¡¡No me vuelvas llamar así!! — Marta levantó la voz visiblemente molesta — ¡¡Además!! ¿Cómo coño has entrado?

La situación, le hacía estar incómoda y generaba un ambiente desagradable entre ellas. No sabía si era por el alcohol que corría por su torrente sanguíneo o descubrir el lado más vulnerable de Berta, pero Marta se sentía con la valentía de enfrentar la situación y poner a Celia en el lugar que le correspondía.

—Tenemos que hablar de nosotras y lo sabes — espetó Celia con la intención de incomodar todavía más a Berta.

—No tenemos nada de que hablar entre nosotras — respondió Marta de una manera muy firme y segura.

—Mira, yo me voy… — dijo Berta cuando por fin levantó la vista — hablar lo que tengáis que hablar — se acercó a Marta y dejó un tierno beso en su mejilla — cuando lo aclares, me buscas.

Le dedicó una encantadora sonrisa que Marta respondió curvando sus labios de igual manera y dejó salir una sonrisa cargada de agradecimiento. Pero cuando Berta dio el primer paso para comenzar su huida de todo aquel malentendido, Marta la detuvo y dejó un beso justo en la comisura de sus labios, transmitiendo tranquilidad ante todo lo que las unía.

—Esto no va a quedar así — susurró Celia cuando Berta pasó por su lado.

—¡¡Espera Berta!! — Andrea detuvo su intención de salir por la puerta, su intención era seguirla, pero antes miró a Marta para recibir su aprobación — me bajo contigo.

Marta asintió ante el ofrecimiento de su amiga para dejarlas a solas y le indicó a Celia que se sentase en la mesa de la terraza para tener la conversación que era necesaria desde hacía varios días.

—No tienes ningún derecho para aparecer así en mi casa y pedirme explicaciones… — empezó a hablar Marta — ¡¡¿Y cómo has entrado?!!

—Tu puerta estaba abierta… he visto salir a tu amiga y pensaba que estabas a solas… — Celia intentó cogerle la mano, pero Marta la quitó rápidamente — Marta… yo venía a aclarar lo nuestro… después de todo lo que ha pasado entre nosotras…

—Solo han sido dos noches… Celia por favor… — su tono de voz sonaba casi desesperado — solo fue un rollo y punto.

—Habla por ti — respondió Celia con un tono más alto — para mí significó mucho, significó la posibilidad de estar juntas…

—¿Juntas? — Marta preguntó con su voz cargada de ironía.

—Voy a perdonarte que te hayas acostado con la forense esa… podemos volver a lo que teníamos…

—Mira, esto no funciona así — suspiró desesperada — entre tú y yo, nunca ha habido nada.

—¿Y cuánto crees que te va a durar el caprichito de la forense? — Marta negaba con la cabeza, conocía bien una situación así, y sabía que el tono que Celia estaba utilizando era la antesala de una discusión sin sentido — es mucho más joven que tú, estáis en momentos diferentes de la vida… es conmigo con quién debes estar…

—¿Contigo? — Marta rio irónicamente — lo poco que hubo… terminó, supéralo ya…

—¿Qué lo supere?... — Celia ya comenzaba a estar fuera de sus límites — ¡¡No te quiero ver con ella!!

—Todo esto está fuera de lugar… — Marta se levantó y comenzó a caminar completamente nerviosa — te agradecería que te fueses de mi casa…

—No puedes revolcarte con una cría — musitó cada palabra cargada de ira.

—No te quiero cerca de ella… — Marta la señaló con un tono amenazante — aléjate de ella…

—Voy a acercarme tanto… — Celia se acercó y tensó la mandíbula — que cuando se dé cuenta de mi presencia, será demasiando tarde para ella…

—Celia, te agradecería que te fueses de mi casa, yo no te tengo que dar explicaciones de mi vida, perdiste ese derecho — Marta musitó cada palabra con la mandíbula en tensión, estaba a una milésima de segundo de perder los papeles — y la próxima vez que pretendas presentarte en mi casa, llama al timbre.

Celia salió de allí murmurando un millón de maldiciones. Marta miró fijamente el vaso que había frente a ella y que todavía contenía tequila, lo cogió con mucho ímpetu y se lo bebió de un trago. El ardor que sintió en su garganta mientras el líquido descendía lentamente, ayudó a calmar sus nervios y a apaciguar la fiera que luchaba en su interior.

¿QUÉ HAS HECHO?

—Inspectora… — Ferreira llamó la atención de Marta desde la puerta de su despacho — acabo de descubrir una cosa… interesante… muy interesante.

—Cuéntame… — Marta no levantó la mirada de los documentos sobre su mesa.

—Marta… — Ferreira volvió a llamar su atención, esta vez con un tono neutral — necesito toda tu atención… lo que he descubierto es delicado…

Marta se levantó de su mesa y caminó hacia la mesa de su compañero. Ferreira fue un caballero y le cedió la silla para que se sentase y le dio a una tecla de su ordenador, activando el video que se reproducía en la pantalla.

—Necesito que estés muy atenta…

Marta miró a su compañero con algo de incredulidad, fuese lo que fuese, era importante. No apartó la mirada de la pantalla, confiaba en su compañero ciegamente, así que estaba segura de que era algo importante. Marta se tapó la boca cuando vio una imagen en la pantalla.

—No me lo puedo creer… — musitó con la boca tapada.

—Lo he reproducido cien veces… — comentó Ferreira — quería estar seguro antes de mostrártelo…

—¡Es ella! — exclamó Marta completamente sorprendida — con la segunda víctima…

—Sí… lo sé.

—Ferreira… — Marta se dio media vuelta sobre la silla — esto significa que me he estado acostando con una sospechosa de asesinato…

—Bueno, jefa… — Ferreira colocó la mano sobre su hombro — antes de sacar conclusiones, investiguemos a ver dónde nos lleva esta pista.

—Tengo que hablar con Berta…

Marta se levantó y caminó por el pasillo hasta llegar al laboratorio forense. Notaba como las manos le temblaban llena de frustración, su pecho comenzaba a subir y a bajar a un ritmo frenético. La presión en su interior se adueñaba de todo su cuerpo.

—Menos mal que has venido… — Berta se quitó los guantes y caminó alrededor de la mesa de autopsias — he conseguido un rastro de ADN de la última víctima… — miró a Marta que continuaba parada bajo el umbral de la puerta — es poco, pero suficiente para empezar… ¿Marta? — no reaccionó a ninguna de sus palabras — ¿Qué sucede? — se acercó a ella con cautela.

—Fue ella… — musitó con la voz temblando — ¡Fue Celia!

—¿Qué ha hecho ahora?

—Mató a esas mujeres…

—¿Qué dices?

—Hay un video donde se le ve saliendo del local de copas con la segunda víctima… —

Explícate… — Berta se quedó estática frente a ella — ¿sabes lo que estás diciendo?

—Todo concuerda… la camarera me dijo que vio salir a las mujeres asesinadas irse con la misma mujer… las fechas coinciden… — Marta se llevó las manos a la cabeza — no me lo puedo creer… es ella…

Marta caminaba confundida hacia la comisaría, a media mañana recibió una llamada de Ferreira contándole que habían citado a Celia para una declaración. De camino, le envió un par de mensajes a Berta para averiguar sobre lo que estaba sucediendo, pero no obtuvo respuesta. Subió los tres escalones de la entrada y se frotó las palmas de las manos contra sus mulsos, tenía la sensación de que le sudaban como nunca antes. Cuando cruzó el pasillo, se sorprendió al ver a Celia visiblemente nerviosa, sentada en una de las mesas, una de sus compañeras le estaba dando un vaso de agua. Sus pasos se aligeraron instintivamente, pero Berta le impidió llegar hasta su objetivo.

—¿Qué ha pasado? — le preguntó casi en un susurro a Berta.

—Será mejor que no mantengáis ningún tipo de conversación aquí — le aconsejó.

—Pero que… — Marta oyó abrirse la puerta que daba a la sala de interrogatorios y vio salir a Ferreira, que invitó educadamente a Celia a pasar — ¿qué has hecho? — le preguntó acercándose a Berta.

—Después de tus conclusiones… — respondió Berta — decidí investigar por ese camino… e hice una comprobación del ADN… tiene un ochenta por cien de coincidencia…

—Eso no es suficiente para acusarla… — musitó Marta.

—Lo sé, pero es suficiente para pedir una orden de registro de su vivienda… — Berta se acercó un poco más a ella — encontraron varios punzones de hielo en el congelador… Marta, los tenía listos para usarlos…

—Debiste decírmelo.

—Siento mucho no habértelo dicho… pero no podía comprometerte.

En ese momento, Berta caminó hasta la puerta de la sala de interrogatorios, ella también formaba parte de la investigación, así que debía estar presente. Celia ignoró las indicaciones de Ferreira y miró fijamente a Berta con una sonrisa victoriosa en sus labios.

—Todo esto es para separarme de ella… — musitó Celia sin quitarle los ojos a Berta — pero haré todo lo que está en mi mano para que te odie, jamás podrás demostrar que fui yo — el susurro era tan leve que solo Berta lo oyó.

—Eres una miserable — musitó Berta con los dientes apretados.

Celia sonrió con arrogancia y se sentó donde le indicó Ferreira. Berta entró con una carpeta entre sus brazos y antes de cerrar la puerta miró fijamente a Marta que continuaba plantada sin entender que era lo que estaba sucediendo.

—Señorita Conde… — Ferreira comenzó el interrogatorio — ¿sabe por qué la hemos citado?

—Sí — Celia respondió y luego suspiró — y debo confesarle que no entiendo todo este circo…

—¿Circo? — preguntó Ferreira mientras Berta continuaba en silencio.

—¿No considera una acusación como esta, un circo? — Ferreira no entendía la tranquilidad de la mujer frente a él, siendo la posible culpable de varios asesinatos — No sé de qué acusación me habla… — Celia se recostó sobre el respaldo de la silla y miró fijamente a Berta.

—¿Necesitamos saber la relación que mantenía con estas mujeres? — Ferreira señaló varias fotos.

—No las conozco de nada… — Celia respondió sin mirar las fotos, miró fijamente a Berta — ¿tan insoportable te resulta que Marta siga enamorada de mí, que me acusas de asesinato? —

Ferreira miró fijamente a Berta ante esa acusación — una táctica un poco exagerada para quitarme del camino…

—¡¡¿Cómo?!! — pregunto Ferreira sorprendido — Berta, tendrás que salir del interrogatorio.

Berta miró a Ferreira en silencio, luego desvió su atención a Celia, se levantó de su silla y con el gesto lleno de resignación, salió de la sala de interrogatorios.

—¿Por qué has salido? — preguntó Marta cuando Berta se colocó a su lado en la sala continua a la sala de interrogatorios.

—Porque intenta desviar el tema… — se cruzó de brazos y se apoyó en su mesa quedando enfrente de Marta — me acusa de montar todo este circo para separarte de ella.

—¡¡¿Cómo?!! — se puso de pie — ¿se ha atrevido a acusarte? — abrió la boca como un pez sin ser capaz de gesticular palabra alguna — Pero si están los videos donde se le ve con una de las víctimas…

—Lo sé… — cambió de postura a una un poco más relajada — sacarme del interrogatorio, solo ha sido una táctica de Ferreira para ganarse su confianza.

—Estaba todo planeado — Marta se puso de pie al escuchar la voz del comisario Castro — pero tranquila inspectora Alcalá, con toda la información que me dio la señorita Garín, entiendo por donde va este caso… — aclaró el comisario con un tono neutro en su voz.

—Comisario… — Marta desvió su mirada, encontrando el suelo más interesante — creo que deberíamos hablar sobre… — levantó la mirada y observó a Berta, que ladeó su cabeza y sonrió al verla tan vulnerable, sabiendo cuál iba a ser su confesión — ¿si usted quiere saber si mantengo una relación con la señorita Garín? Sí la tengo, pero debo informarle que nos conocimos antes de que ella entrase como forense en esta unidad, fue una sorpresa para las dos volver a encontrarnos y desde ahí retomamos la relación, que ha ido a más y es completamente sana… — Marta miró fijamente al comisario desde su posición — la relación que no es sana, es la obsesión que tiene la sospechosa conmigo… como se habrá dado cuenta, se está convirtiendo en algo muy tóxico…

—Tiene toda la razón inspectora Alcalá — miró a Berta — por mi parte, tengo muy claro cuál es la actuación de nuestra principal sospechosa… — Marta fue a decir algo, pero el comisario la detuvo — respecto a la relación que mantengan ustedes dos — desvió su mirada hacia Marta y luego a Berta — creo que es un asunto personal y privado, así que espero que no interfiera en vuestro trabajo.

—Gracias comisario Castro — Marta lucia una sonrisa victoriosa — puede confiar en que así será.

—Señorita Garín… — el comisario se giró para mirar a Berta de frente — espero resultado sobre su investigación, creo que tiene este caso bien atado.

—Gracias por la confianza…

El ruido de la puerta abriéndose interrumpió su conversación, Berta dio varios pasos inconscientemente hacia Ferreira, quedando más cerca de Celia que Marta y el comisario Castro.

—Sabes que te has metido en medio de una relación… — susurró Celia hacia Berta recriminando su presencia en la vida de Marta.

—Ella no se ha metido en medio de nada — interrumpió Marta logrando que Celia se separase de Berta — te recuerdo que Berta apareció en mi vida mucho antes que tú.

—Pero por su culpa hemos perdido nuestra oportunidad…

—Desde hoy, te informo que estás en libertad vigilada… — dijo Ferreira.

—No te quiero ver cerca de Berta, te lo advierto — amenazó Marta con su dedo acusador y con tanta rabia que no le importó donde se encontraban, su intención era que tuviese claro que su advertencia iba en serio.

—Tengo derecho a mi libertad… — Celia respondió con el mismo tono que lo había hecho Marta.

—Celia, esto no puede ser… — Marta se recogió el pelo en una coleta alta, completamente nerviosa por la actitud de Celia — no voy a permitir que hagas algo en su contra, te lo advierto — dio media vuelta y sujetó la mano de Berta con fuerza — ¿tienes que quedarte o puedes irte?

—Ya he terminado por hoy — respondió Berta mirando únicamente a Marta — solo tengo que recoger mis cosas.

—Vamos.

Berta asintió y Marta tiró de ella caminando juntas por la comisaría, dejando atrás a una enfadada Celia por no haber conseguido su objetivo. Estaba claro que su artimaña solo había conseguido unirlas más, así que salió de allí hecha una furia. Tendría que pasar al plan b.

Al día siguiente, Marta llamó a Berta para cancelar su cita de esa noche, su excusa había sido un día muy duro de trabajo. Berta remugó un poco, pero no quería presionar tampoco, durante las semanas anteriores, Marta había puesto todo de su parte para cerrar los casos de las muertes y descubrir alguna pista que le permitiese tirar del hilo que le condujese hasta Celia. Berta entendía la carga emocional que eso conllevaba, sabía que debía darle espacio y tiempo. Se puso música y comenzó a recoger cosas por su casa, tarareaba todas y cada una de las canciones que iban sonando. Las caderas se movían a un ritmo perfecto en cada compás, el timbre sonó y ella se detuvo en medio del salón. Miró, fijamente la puerta como si pudiese ver a través de ella, se acercó lentamente y preguntó con algo de desconcierto.

—¿Quién es?

—¿Señorita Garín? — dijo una voz de hombre al otro lado — tenemos una entrega para usted.

Berta abrió la puerta, su sonrisa se ensanchó y sus ojos brillaron de sorpresa al descubrir un ramo de flores enorme entre las manos del joven plantado en su puerta.

—Pero… — Berta intentaba gesticular palabra ante aquel excesivo ramo — ¿Qué significa esto?

—Para usted — el chico le entregó las flores — espero que le gusten — y se marchó de allí.

Berta se quedó unos segundos observando el gran ramo entre sus manos y sonrió al ver una nota en medio de las flores. Giró levemente su cuerpo y con la punta de su pie, empujó la puerta, sacó la nota y comenzó a leer ilusionada por descubrir las palabras con las que Marta compensaría el hecho de haber cancelado su cita de esa misma noche.

Voy a terminar con este circo

Berta leyó dos veces la nota sin entender que significaban esas palabras. Por un momento cayó en la cuenta de que no había oído el ruido de la puerta al cerrarse y cuando levantó la mirada, se sobresaltó al descubrir a Celia plantada a su lado.

—¡¡¿Qué coño haces aquí?!! — exclamó con un poco de temor apoderándose de su cuerpo.

—Te dije que esto no iba a acabar así… — Celia dio varios pasos hacia Berta, obligándola a retroceder — flores, un clásico… las mujeres tan simples sois muy predecibles…

—¡¡Vete de mi casa!!

—No sin antes hacer lo que he venido a hacer…

Celia sacó la mano que escondía en su espalda y Berta pudo distinguir el pincho de hielo. Era de las mismas dimensiones que el que había dejado las heridas en cada una de las víctimas que

habían pasado por la mesa de su laboratorio forense. Berta descubrió una oscuridad en sus ojos que provocó que su cuerpo temblase levemente, fue capaz de distinguir sus intenciones entre tanta oscuridad. Tropezó con el mueble de la entrada a su salón y en un gesto rápido, cogió su móvil antes de que cayese al suelo, no le hacía falta mirar a la pantalla para marcar el número, se lo sabía de memoria. Se metió el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y detuvo sus pasos.

—Sabes que, aunque me quites del medio… — Berta alzó la voz — has quemado todos los puentes con Marta…

—Para amar hay que perder el control… — Celia dio dos grandes zancadas y se quedó más cerca de Berta — cuándo acabe contigo… iré a por ella… lo nuestro será un amor platónico que todos recordaran como los grandes amores de la história.

—Nunca te ha querido… — Berta continuaba con sus provocaciones intentando que Celia fuese capaz de perder los nervios.

—¡¡Tú qué sabrás!! — Celia empujó a Berta y la obligó a caer sobre el sofá — acabaré con las dos y jamás podrán demostrar que fui yo…

Celia consiguió colocarse sobre Berta con gran habilidad y la inmovilizó con mucha destreza. En sus ojos se podía descubrir toda la ira que habitaba en su interior. Berta intentó zafarse de su agarre, pero el cuerpo de Celia, presionando el suyo, impedía cualquier oportunidad de huida. Con una de sus manos, Berta consiguió cogerle la mano que empuñaba el punzón de hielo, pero Celia montó en cólera y le dio un cabezazo, rompiéndole la nariz. El dolor tan intenso que sintió, detuvo cualquier intención de defenderse, ese golpe anuló sus fuerzas por unos segundos. Tiempo que Celia aprovechó para buscar la zona exacta donde clavarle el punzón, pero el último impulso de Berta consiguió que no acertase y la punta del punzón chocó contra una costilla. El punzón se partió y el hielo se deslizó entre sus cuerpos, pero Berta sintió como la costilla se fracturó por la fuerza del golpe. Celia volvió a insistir, pero al perder la punta, solo consiguió hacer una herida superficial sobre su pecho. Gritó por la frustración y lanzó lejos el resto del punzón que todavía sujetaba entre sus dedos, se abalanzó con mucho ímpetu sobre ella y rodeó el cuello de Berta con ambas manos hasta conseguir asfixiarla. Celia enarboló una sonrisa maquiavélica al sentir que lograba su propósito. De pronto, sintió una quemazón sobre su brazo derecho, aflojó su agarre sobre el cuello de Berta y desvió su atención hacia su propio cuerpo. Dos manchas de sangre comenzaban a teñir su camiseta, levantó la mirada y descubrió a Marta a unos pocos metros de ella apuntándola con su arma. Celia estaba tan cargada de ira que no se dio cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Ferreira salió de detrás de Marta y empujó a Celia tirándola al suelo para alejarla del cuerpo de Berta, mientras Marta se apresuró a comprobar su estado. Marta se arrodilló y estrechó a Berta entre sus brazos.

—Estoy bien… — susurró Berta — tranquila…

—Casi me muero del susto… — una lágrima se precipitó por la mejilla de Marta — cuando te he visto ahí tirada… pensaba… pensaba lo peor…

—No llores… — Berta limpió la lágrima con su dedo y sonrió — todo va a estar bien… yo me voy a ocupar de que esa loca no nos vuelva hacer daño…

Marta estrechó a Berta con fuerza entre sus brazos y se permitió ser vulnerable, no puso resistencia a sus lágrimas y se permitió llorar en el hombro de Berta. Ella, a pesar de ser la víctima, consoló a Marta mientras descargaba toda la tensión acumulada durante todo este tiempo. Con cuidado, limpió cada lágrima con su dedo pulgar sin dejar de mirarla a los ojos, descubriéndose en el reflejo. Berta, ávida, se lanzó a besarla en un intento por transmitirle algo de la emoción que sentía. Sus labios eran tibios, dóciles, los roces eran suaves, mientras que los brazos de Marta, la sujetaban con firmeza. Berta sentía que su cuerpo se estremecía cada vez que

las yemas de los dedos de Marta recorrían su piel. Sus ojos se oscurecían por el deseo, su cuerpo tembló levemente y ansiosa, su respiración comenzó a agitarse. Marta observó detenidamente a Berta y un hermoso destello en su mirada la sorprendió, dibujando una sonrisa entre sus labios. La promesa que le hizo varias semanas atrás, la ratificó capturando sus labios con los suyos, enredando los dedos en su pelo para profundizar el beso. Sus besos, sus caricias, su sonrisa cómplice en medio de aquel beso, sus tiernas caricias, su perfume tan característico, la invadió llenándola de sensaciones. Berta saboreó los labios de Marta, reconociendo el sabor a café arábico, se dejó fundir entre sus brazos que la sujetaban con una intensidad que le quitaba el aliento. Todo su aroma la envolvió, le trajo una calma que no sabía que necesitaba y despertó en ella un deseo cargado de anhelo. Se fundieron entre caricias caóticas, anárquicas, imprudentes a veces, el acelerado ritmo de sus pulsaciones, hacía que sus cuerpos vibrasen. Berta se dedicó con paciencia a consentir el deseo de Marta, arrancando en varias ocasiones su nombre de entre sus labios en forma de suspiro casi desesperado.

—Te quiero — susurró Berta temblorosa sobre sus labios.

Sus palabras destilaban certeza, tan reales como el momento que acaban de vivir. Marta se perdió en su mirada como un náufrago en medio de un océano.

—Yo también te quiero… — dijo Marta con una emoción incontenida en sus ojos.

Berta experimentaría una libertad estando a su lado que jamás imaginó, mientras que Marta, conocería la caída al vacío más segura de toda su vida.

—Inspectora… — Ferreira se incorporó y levantó de manera poco delicada a Celia del suelo — me la llevo a comisaría, yo me encargo de todo, se puede quedar con la doctora Garín.

—Voy a acabar contigo… — a Celia le dio igual estar esposada, sus amenazas continuaban — nunca vas a ser feliz… — Marta y Berta observaron en silencio como los ojos de Celia se incendiaban de ira cada vez más — voy a encontrar el modo de matarte y tú — miró a Marta — serás mía o de nadie…

De pronto, un fuerte estruendo se oyó en todo el apartamento, Celia se desplomó al suelo sin que Ferreira fuese capaz de sostener su cuerpo erguido. Marta abrió la boca sorprendida por lo que acaba de ocurrir y al girar su rostro, fue testigo de cómo Berta sujetaba su arma. La misma arma que acaba de arrebatarle la vida a Celia.

—¡¡¿Qué has hecho?!! — gritó Marta completamente descompuesta.

—Acabar con esta pesadilla…

—Pero ya la teníamos… — dijo Marta mientras sus ojos se anegaban de lágrimas.

—No podía permitir que hubiese una posibilidad de que se librase…

—Berta… — Marta se levantó incrédula por lo que acababa de suceder — ¿por qué lo has hecho?

—Porque la próxima víctima ibas a ser tú.

FIN.